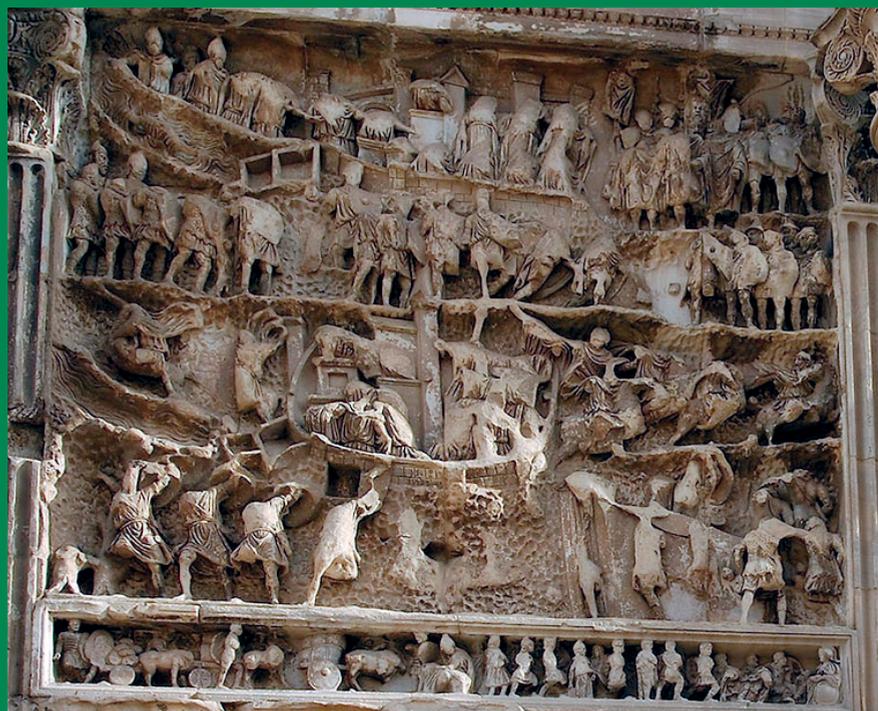


# EL EJÉRCITO ROMANO EN CAMPAÑA

DE SEPTIMIO SEVERO A DIOCLECIANO  
(193-305 D. C.)



Índice

ADOLFO RAÚL MENÉNDEZ ARGÜÍN

UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
Secretariado de Publicaciones



**EL EJÉRCITO ROMANO  
EN CAMPAÑA**

DE SEPTIMIO SEVERO A DIOCLECIANO  
(193-305 D. C.)



ADOLFO RAÚL MENÉNDEZ ARGÜÍN

**EL EJÉRCITO ROMANO  
EN CAMPAÑA**

DE SEPTIMIO SEVERO A DIOCLECIANO  
(193-305 D. C.)



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2011

Serie: Historia y Geografía  
Núm.: 176

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

#### COMITÉ EDITORIAL

Antonio Caballos Rufino  
(Director del Secretariado de Publicaciones)

Carmen Barroso Castro  
Jaime Domínguez Abascal  
José Luis Escacena Carrasco  
Enrique Figueroa Clemente  
M<sup>a</sup> Pilar Malet Maenner  
Inés M<sup>a</sup> Martín Lacave  
Antonio Merchán Álvarez  
Carmen de Mora Valcárcel  
M<sup>a</sup> del Carmen Osuna Fernández  
Juan José Sendra Salas

Motivo de cubierta: Relieve del arco de Septimio Severo, Roma  
Contracubierta: Casco de Niedermörmter

© UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES 2011  
Porvenir, 27 - Tlf. 95 448 74 47 - 51 - Fax 95 448 74 43  
Correo electrónico: secpub4@us.es  
Web: <http://www.publius.us.es>

© ADOLFO RAÚL MENÉNDEZ ARGÜÍN 2011

ISBN: 978-84-472-1295-8  
DEPÓSITO LEGAL: S. 581-2011

Impreso en papel ecológico

IMPRIME: IMPRENTA KADMOS - SALAMANCA  
Impreso en España

## ÍNDICE

Introducción .....	9
I. Fuentes .....	17
II. Contexto Histórico .....	27
III. El ejército romano del Alto Imperio (ss. I-III d.C.) .....	59
IV. Las legiones del s. III d.C. ....	87
V. Equipamiento del legionario .....	159
VI. Los enemigos del Imperio .....	239
VII. Las legiones en campaña .....	265
Conclusiones .....	347
Índice de imágenes .....	353
Abreviaturas .....	357
Apéndice de fuentes .....	359
Bibliografía .....	377



## INTRODUCCIÓN

El mundo clásico, a pesar de los grandes avances que protagonizó a todos los niveles en un buen número de aspectos de la existencia humana y que, en mayor o menor medida, siguen formando parte del acervo cultural de Occidente, fue un mundo extremadamente violento. De hecho, invirtiendo el conocido silogismo de Karl Von Clausewitz de que la guerra consiste en la continuación de la política por otros medios, podemos afirmar que, en la Antigüedad clásica, el estado natural es el de guerra, ya sea a nivel local, regional o internacional. La política no es sino la continuación del conflicto por otros medios menos traumáticos y en ella se sigue poniendo de manifiesto el arraigado ideal de autarquía e independencia propio de la mentalidad antigua. Únicamente, a partir de los primeros decenios del Imperio Romano, la política toma realmente carta de naturaleza (*Pax Romana*), empleándose la guerra de forma selectiva contra unos enemigos que ya no amenazaban la existencia de la propia estructura imperial. Sin embargo, desde finales del s. II d.C. y comienzos del s. III la creciente presión de los bárbaros del Norte por un lado, los persas sasánidas en Oriente por el otro y, no menos importante, las propias contradicciones internas del Imperio, provocaron que la guerra volviese a despuntar como el elemento más importante en la existencia y desarrollo del Estado Romano. Esta mentalidad guerrera no había desaparecido en absoluto, pero había permanecido algo apartada durante el largo período de paz que finalizó a comienzos del reinado de Marco Aurelio (161-180).

Durante la Antigüedad clásica, la guerra era un fenómeno tan universalizado que el hombre no supo tratarla como una materia en sí misma; con todo, esta disciplina, conocida hoy como Polemología, no deja de tener unos orígenes relativamente recientes. La ausencia de reflexión sobre la guerra como tal pudo deberse, precisamente, a que esa extensión y universalidad la colocaban más allá de las iniciativas humanas y caía en los dominios de la naturaleza o, incluso, del reino de los dioses. Podía, de este modo, concebirse como principio de organización cósmica, pero no analizarse como ley reguladora de la sociedad humana [GARLAN 1975: 16-41]. El pacifismo, en el sentido moderno del término, era desconocido en las sociedades premodernas; de hecho, todos los pensadores de la Antigüedad pueden considerarse, si no como “militaristas”, sí al menos como “belicistas”, pues asumían la guerra como una característica natural y propia del mundo en el que se desenvolvían [DAWSON 1996: 3].

Las formas de conflicto que se desarrollaron a lo largo de la Antigüedad fueron múltiples: invasiones –movimientos de pueblos–, razzias –incursiones–, raids –que implican ya la participación de elementos a caballo y, por tanto, una mayor facilidad para el agresor de entrar y salir del territorio atacado–, conflictos de vecindad, guerras de conquista,

etc. hasta el punto que, como mencionábamos al comienzo de esta introducción, puede considerarse a la paz como una interrupción momentánea de las actividades guerreras [HARMAND 1976: 9-14]. Todas estas categorías irán apareciendo a lo largo del presente volumen, sobre todo en relación con las incursiones y asaltos de los pueblos bárbaros contra el Imperio durante el período objeto de estudio; no obstante, el ejército romano también era capaz de rápidos golpes de mano o de acometer incursiones limitadas en los territorios de más allá de la frontera adyacentes a sus bases.

No podemos olvidar tampoco que, a lo largo de la Antigüedad, las guerras se vieron condicionadas por las estructuras militares de los pueblos implicados en las mismas. De este modo, los ejércitos antiguos fueron muy diferentes entre sí según se trataran del reflejo de unas estructuras tribales, prepolíticas o políticas. A cada una de ellas correspondía un tipo de combatiente diferente, por lo que hay que evitar confusiones entre términos como soldado o guerrero.

En primer lugar, el guerrero es el elemento de combate propio de las estructuras tribales. Posee una individualidad muy acusada, elevándose por encima del resto de la sociedad en virtud de sus especiales habilidades con las armas. Así, de los guerreros se espera que luchen por el lugar que ocupan en el orden social, no por obligación o remuneración alguna. En el guerrero, ser para la muerte, destaca sobre todo su ímpetu y espíritu de lucha, pues el combate es el que le proporciona la razón de su existencia y utilidad para el grupo. Es un combatiente característico de fases arcaicas en la historia de los pueblos, siendo su ejemplo más preclaro la mítica figura de Aquiles. Sin embargo, esas cualidades se veían contrarrestadas por su falta de disciplina y, generalmente, su incapacidad para desarrollar complejas evoluciones tácticas. Por ello, el ataque preferido por los guerreros era el choque frontal previa aproximación a la carrera para incrementar su impulso. No obstante, ser guerrero no significaba estar falto de entrenamiento individual, todo lo contrario; el guerrero como especialista que era debía dominar perfectamente sus armas; lo que falla es su integración con otros guerreros para mantener una formación más o menos compleja. El guerrero, sin embargo, aunque perfectamente consciente de su propia individualidad, se da cuenta que no está solo, que hay más especialistas de la guerra en su comunidad. Surgen así las confraternidades, asociaciones de guerreros que les permitían tanto mejorar sus capacidades en la lucha como el mantenimiento de su status respecto al resto de la población.

Este tipo de combatientes era el que iba a encontrar Roma a lo largo de toda su frontera Norte, bien en la forma de tribus o pueblos individuales o bien en coaliciones más o menos amplias; esta última sería la tendencia, cada vez más acusada, conforme avanzaban los primeros siglos de nuestra era, hasta llegar así a las grandes confederaciones de los siglos III y IV d.C., que supusieron un enorme desafío para las armas romanas. Además, el contacto continuado con una estructura estatal y un ejército de carácter permanente y profesional, como eral el caso del mundo romano, también influyó en los propios sistemas militares de estos pueblos germanos, que acabaron evolucionando hasta poner en serios aprietos la estabilidad del Imperio durante la segunda mitad del s. III d.C. En Britania, las sociedades celtas no sometidas del Norte de la isla (caledonios, *masagetae*) también presentaban un sistema similar, con los guerreros como elemento clave de la sociedad

agrupados en bandas más o menos amplias y dirigidas por individuos especialmente carismáticos que destacaban por sus habilidades con las armas.

En esas sociedades “primitivas”, a pesar de que, tal como hemos mencionado, la guerra era concebida como parte del mundo natural, al mismo tiempo eran conscientes de que dicha actividad implicaba una modificación de las pautas de conducta de la comunidad; los períodos de conflicto eran tratados, por tanto, como una interrupción de la vida cotidiana. Los guerreros debían vestirse y pintarse para cambiar de personalidad. Ceremonias especiales señalaban su partida desde la vida normal y otras su regreso a ella. Pero, además, la guerra requería justificación: los constantes esfuerzos para asegurarse el favor del mundo de los espíritus implicaban que luchar y matar para vengar males eran elementos necesarios para el mantenimiento del orden en el mundo.

El siguiente nivel lo tenemos en el soldado-ciudadano, figura típica de los ejércitos de la Grecia arcaica y clásica y de los primeros tiempos de la República romana. Con el establecimiento de la *polis* (ciudad-Estado) en el ámbito griego, la ética militar que se había desarrollado en el seno de las confraternidades de guerreros se trasladó a todo el cuerpo cívico. En la *polis* arcaica un ciudadano era, por definición, un soldado, y el grado de cualificación política era determinado por su grado de participación en el ejército (la posesión de un mayor volumen de bienes implicaba mayores obligaciones militares, lo que se veía compensado por mayores y más importantes privilegios a nivel político). Ese soldado ciudadano era un infante pesado (*hoplita*) que tenía que proporcionarse su propio equipo y se integraba en una formación cerrada, la falange, con un carácter ofensivo. En la falange, su relación con otros *hoplitai* hacía inevitable el surgimiento de sentimientos de camaradería y de pertenencia a un grupo especial dentro de la población de la *polis*, el de sus defensores. En el sistema hoplítico de las ciudades de la Grecia arcaica sólo se consideraba ciudadano a aquél que poseía una renta basada en una pequeña propiedad, que le permitía costearse las armas con las que era convocado en caso de peligro para la comunidad. Además, los valores militares eran cultivados entre los ciudadanos no sólo porque se necesitaban para defender la ciudad, sino porque también eran altamente valorados en sí mismos como una fuente primordial de virtud y lealtad cívica [DAWSON 1996: 4]. En este sentido, el *hoplita* griego luchaba por su ciudad y su tierra, mostrando un patriotismo incipiente hasta el punto que algunos autores lo consideran como la principal motivación en la guerra hoplítica [MITCHELL 1996]. También se pone de manifiesto, en este sentido, el predominio de la comunidad como un todo sobre el individuo. Esa clara mentalidad patriótica puede rastrearse, por ejemplo, en poetas como Tirteo de Esparta, en uno de cuyos fragmentos se proclama: “Es bello morir, caer en la primera fila, valientemente combatiendo por la patria... Luchemos con todo el corazón por nuestro país, muramos por nuestros hijos, no ahorremos en absoluto nuestras vidas para su defensa” (Fragmentos 6 y 7D). El buen combatiente, según esta mentalidad espartana, era, por tanto, aquel ciudadano cabeza de familia que cultivaba su propia tierra, pues tenía algo tangible por lo que luchar. Llama la atención, en este sentido, el contraste con algunos ejércitos modernos, como el británico de época colonial o el Cuerpo Expedicionario (*BEF*) de esa misma nacionalidad enviado a Francia a comienzos de la Primera Guerra Mundial, caracterizados por el desarraigo de sus integrantes. Este tipo de ejércitos prefería a los solteros sin hijos, intentando en la medida de lo posible no dejar huérfanos y viudas; además, se pensaba que estos individuos, al no tener familia que les esperase, arriesgarían con más facilidad

su integridad en situaciones comprometidas [SIMKINS 1994]. Esa ausencia de lealtades alternativas podemos también observarla en el ejército romano de los dos primeros siglos del Imperio (ya, sin embargo, completamente profesionalizado), período en el que a los militares les estaba vedado el matrimonio legal (*conubium*).

Los combatientes de las *poleis* griegas, sin embargo, no pueden ser calificados como soldados, sino como integrantes de una “milicia”, por su carácter no profesional y no permanente, aunque con toda seguridad estaban sujetos a cierto programa de entrenamiento y mantenimiento de sus capacidades combativas para no perder facultades y conservar su operatividad. La concepción de estos ciudadanos soldados puede compararse, en cierta medida, con las milicias nacionales de los ejércitos de los siglos XVIII y XIX, formadas por individuos no profesionales, pero con cierto nivel de entrenamiento, que eran llamados a las armas en caso de guerra o de grave peligro para el país. Este tipo de milicias o guardias nacionales han sobrevivido hasta nuestros días, pudiendo traerse a colación, como ejemplos, tanto la *National Guard* estadounidense, como el *Territorial Army* británico, o nuestra propia Reserva Voluntaria (de la que me enorgullezco de formar parte con el empleo de alférez), de reciente creación tras la desaparición del servicio militar obligatorio.

Otra de las características definitorias de la guerra en el mundo griego arcaico era su acusado gusto por la batalla violenta y decisiva. En una llanura dos formaciones compactas de lanceros con corazas se disponían una frente a la otra, estrechamente colocados y con los grandes escudos redondos entrelazándose. Colisionaban entre nubes de polvo y, a continuación, seguían unos minutos de aparente carnicería, con las lanzas de las filas frontales golpeando cascos y escudos, mientras las filas traseras gritaban y empujaban; luego, en uno u otro bando, de repente, la muralla de escudos se rompía, el pequeño ejército se disgregaba y la batalla se perdía. Tras la derrota no solía existir persecución, pues la falange griega no estaba preparada para este tipo de movimientos rápidos tras un enemigo derrotado.

Aun así, no todo era tan simple como pudiera parecer. Para algunos autores, con buen criterio, la clave en el sistema de combate griego residía en que los hoplitas, minoría privilegiada dentro de la *polis*, constituían en esencia una clase de propietarios y adoptaban este tipo de guerra ofensiva, a pesar de los costes para ellos mismos, porque su status dependía de su habilidad demostrada para defender el territorio. Sólo soldados ciudadanos de alta moral podían haberse sometido a la disciplina de la falange. Estaban celosos de su papel como defensores del suelo y eran reticentes a hacer demasiado uso de arqueros y honderos, pues no querían incrementar el valor militar de sus vecinos pobres. Aceptaron, así, todas las limitaciones tácticas y estratégicas inherentes a este tipo de formación sin el apoyo de tropas ligeras en aras de preservar su liderazgo. El intenso territorialismo de la guerra en la Grecia arcaica era, por tanto, más simbólico que material. La batalla hoplítica toma, de esta forma, sentido; para ambos bandos era la manera más barata y rápida de solucionar el asunto, pues aseguraba que el enfrentamiento, y normalmente la guerra, terminaría por medio de un solo choque corto y salvaje después del cual los soldados-granjeros podían retornar a sus campos. Y este método ahorra vidas, al igual que tiempo [HANSON 1989; DAWSON 1996: 47-64].

En el caso de Roma, parece que la adopción de formaciones de tipo falangítico habría que situarlo, según las fuentes, hacia los siglos VI y V a.C., cuando se establece una organización timocrática de la milicia centuriada, si bien estamos ante un aspecto objeto de discusión entre los especialistas [para un estado de la cuestión, véase ATIENZAR 2010].

Por último, el término “soldado” implica una pertenencia a ejércitos regulares y organizados como tales, así como la existencia de unidades permanentes celosas de sus tradiciones e historia; esto último es algo esencial para fomentar y mantener el espíritu de cuerpo (*esprit de corps*). Un ejército supone disciplina, obediencia al mando, rutina de campamento, entrenamiento y la capacidad de mantener formaciones complejas en el campo de batalla (Onasandro, *Strategikon* 10.2). “Soldado”, por tanto, implica profesionalidad y dedicación a tiempo completo, recibiendo por el desarrollo de ese trabajo un estipendio determinado. Aun así, el soldado profesional, valga la redundancia, es un ciudadano perteneciente a esa comunidad política, por lo que no debe ser confundido con el mercenario (profesional de las armas expatriado que sólo se mueve por la expectativa del beneficio).

Esta evolución hacia la profesionalización del ejército puede seguirse a lo largo de la historia de Roma, desde sus comienzos de carácter tribal, pasando por su etapa de milicia durante la república, hasta concluir prácticamente en el s. I a.C., durante el turbulento período de guerras civiles y las definitivas reformas de Augusto, que dieron lugar al ejército profesional del Alto Imperio<sup>1</sup>.

### **La guerra como motor económico**

Vitales, además, serían también los medios económicos necesarios para mantener estas estructuras militares más o menos organizadas, que demandaban una fiscalidad cada vez más compleja basada, esencialmente, sobre la productividad de la población y el territorio. Como afirmaba ya F. Engels, “la violencia por sí sola es incapaz de crear dinero; a lo sumo puede apoderarse del ya creado (...). En última instancia, siempre será la producción económica la que suministre el dinero; volvemos a encontrarnos, pues, con que la violencia está condicionada por la situación económica, que es la que debe dotarla de los medios necesarios para equiparse con instrumentos y para conservarlos”. No obstante, precisamente esa capacidad del vencedor de apoderarse de las riquezas generadas por el vencido se erigió en un elemento esencial de la guerra antigua. De hecho, podemos afirmar que la consecución de botín constituyó el método de enriquecimiento más importante a lo largo de toda la Antigüedad. Los medios que estructuras estatales, como la romana durante el período republicano, invertían en el mantenimiento de fuerzas militares eran ampliamente compensados (al menos en el Oriente mediterráneo) por los ricos botines que podían obtenerse.

El prestigio asignado al botín de guerra es propio de una sociedad guerrera, arcaizante y conservadora. Sigamos con el caso de Roma. Durante el período republicano, este prestigio estaba más arraigado entre las elites senatoriales que entre los propios soldados

---

1. Un buen análisis de conjunto del soldado romano puede consultarse en CARRIÉ 1989.

(que pensaban esencialmente en el valor de mercado de las ganancias así obtenidas). Para ver cómo se fue perdiendo progresivamente este aspecto prestigioso del botín podemos hacer referencia a la progresiva caída en desuso de los denominados *spolia opima*. Eran éstos los despojos (armas esencialmente) arrancados al general enemigo vencido en combate singular por el propio general romano durante la batalla. El botín así obtenido estaba cargado de un contenido moral que prácticamente le vedaba el camino a su inclusión en el mercado; de hecho, solían ser consagrados en un templo con el que el general vencedor tuviera especiales lazos. Sin embargo, esta mentalidad, reflejo esencialmente de una aristocracia guerrera que pretende justificar su supremacía en el conjunto de la comunidad, fue quedando progresivamente obsoleta (algo a lo que contribuyeron las nuevas formas de mando, que otorgaban al general un papel director de las operaciones que no siempre le permitía involucrarse en el combate). Así, si bien algunas piezas pasaban a engrosar colecciones privadas o *cellae* de templos (aquí el elemento de prestigio todavía conservaba su importancia), el grueso de los botines se amonedaba, pasando a convertirse en una de las grandes “industrias” de sustentación de la economía romana. Se desarrolló incluso durante los siglos III-II a.C. toda una dinámica en la que se pretendía que la guerra se alimentase a sí misma, descargando al conjunto del Estado de los gastos ocasionados por las operaciones militares a lo largo y ancho del Mediterráneo.

De este modo, vemos cómo el botín de guerra, cuya consideración inicial se inclinaba claramente hacia el valor de prestigio, acabó integrándose como valor de mercado en el sistema económico del mundo romano. Hasta tal punto la obtención de botines se convirtió en un elemento económico clave para el Estado romano que se produjeron, incluso, modificaciones en el concepto de “guerra justa”. Esta teoría fue quedando progresivamente superada por la obtención de beneficios; de esta forma, el pillaje (*direptio*) y la búsqueda de botín (*praeda*) se perseguían de una manera cada vez más clara, pasando el derecho de gentes a un segundo plano. El pillaje y el botín podían, además, considerarse como la consecuencia de un *bellum iustum*, siendo tratados como indemnización de guerra y empleados para la reconstrucción de edificios o infraestructuras dañadas por el conflicto; sin embargo, durante la República media el botín terminó por convertirse en el principal objetivo de la guerra, como ponen de manifiesto los pillajes protagonizados por los generales romanos del período.

Tal era su importancia para el Imperio que el declive de esta “industria”, unido a otros factores como la decadencia de la minería, provocó el hundimiento progresivo de la economía romana a partir del s. II d.C., que culminaría con el colapso de la parte Occidental del Imperio durante la segunda mitad del s. V. Las últimas conquistas rentables, obra de Trajano, dieron paso a una progresiva depresión. El desastre económico de las guerras marcománicas de Marco Aurelio colocó un punto de no retorno para la economía del Imperio. A este marasmo económico contribuyó también el incremento exponencial de los gastos militares, al aprobarse cuantiosas subidas de la paga por parte de Septimio Severo, Caracalla y Maximino el Tracio. Durante el s. III, no obstante, volvieron a obtenerse sustanciosos botines; el problema es que no pocas veces los ejércitos vencedores triunfaban en detrimento de otras tropas romanas, en una espiral de guerras civiles que estuvo a punto de acabar con la propia estructura estatal.

El botín, no hay que olvidarlo nunca, siempre constituyó un elemento clave en la motivación del soldado para el combate [cf. LE BOHEC 2009: 183-4]. Esto se observa claramente en la escasa predisposición de los legionarios-ciudadanos de la República media a batirse en guerras poco rentables como las desarrolladas en Hispania y su ansia, por el contrario, cuando se proyectaban operaciones de gran envergadura contra los ricos reinos helenísticos del Oriente mediterráneo. Durante los siglos I y II d.C. la menor proporción de guerras ofensivas (en comparación con las grandes operaciones de conquista del último período de la República y el reinado de Augusto) era contrarrestada, sin embargo, mediante ofrecimientos de dinero por parte del emperador (*donativa*), por lo que los beneficios del botín comenzaron a separarse del comportamiento en combate. Sin embargo, durante el s. III d.C. se volvieron a incrementar de forma desproporcionada las posibilidades de botín, pues los ejércitos estaban inmersos en la lucha contra pueblos bárbaros en movimiento, a veces procedentes de territorio romano cargados con el fruto de sus depredaciones, que generalmente se desplazaban con todas sus pertenencias, y contra otros ejércitos romanos dentro del propio Imperio. De esta forma, vemos cómo el botín siempre constituyó un elemento esencial (tanto por su abundancia como por su ausencia) de la economía del Imperio; la diferencia estribaba en que si procedía del exterior incrementaba los índices económicos del Estado romano, en tanto que si procedía de saqueos internos contribuía al hundimiento de las estructuras productivas de determinadas zonas; este último caso, no obstante, también coadyuvaba a un nuevo reparto de la riqueza, pues el botín adquirido por los soldados era de nuevo puesto en circulación (normalmente en zonas relativamente alejadas del lugar donde se había obtenido).

Elementos clave en la gestión del botín por parte de los ejércitos romanos eran los vivanderos (*lixae, caupones*, etc.) que acompañaban a las tropas y que se beneficiaban de su proximidad al soldado en el momento en el que éste pretendía convertir su botín en moneda. De este modo, esos emprendedores acababan convirtiéndose en un importante factor económico, pues eran los que solían acabar introduciendo el botín en el mercado.

Si importante era el botín para una sociedad tan burocratizada y avanzada como la romana, cuánto más no lo sería para todas aquellas formaciones prepolíticas que se desarrollaron a lo largo de la Antigüedad. De hecho, pueblos enteros como los francos, alamanes y godos (en un primer momento), o bien los hunos (a lo largo de toda su existencia) y otros pueblos de las estepas, se movían más por las expectativas de botín que por la consecución de tierras, pues su forma de vida era prácticamente inviable fuera de las vastas estepas del Este de Europa. Hoy en día sería impensable que el botín de guerra constituyera un elemento siquiera a tener en cuenta para el mantenimiento de unas fuerzas armadas. Sin embargo, durante la Antigüedad, y hasta períodos relativamente recientes (tanto como la II Guerra Mundial), las estructuras económicas de los Estados se apoyaron, en la medida de lo posible, en las ganancias obtenidas por sus propios ejércitos del enemigo vencido para el mantenimiento y operatividad de los mismos.

Volviendo al mundo romano, el Imperio había pasado por un largo período de paz relativa desde la guerra civil de 69 d.C., restringiéndose los conflictos a guerras de conquista u operaciones de mantenimiento de la paz en zonas problemáticas de algunas provincias muy localizadas. Todo ello iba a cambiar a partir del reinado de Marco Aurelio (161-180), cuando tanto los partos en Oriente como cuados y marcomanos en el Danubio

pusieron al Imperio en serios aprietos militares y financieros (el emperador se vio obligado, incluso, a vender su vajilla de oro para hacer frente a los gastos ocasionados por las operaciones contra los germanos), poniendo fin a ese período de bonanza conocido como época Antonina y que se extendió desde Nerva (96-98) hasta la muerte del mencionado emperador filósofo. La guerra, a partir de 193, volvería a tomar de nuevo carta de naturaleza, convirtiéndose el ejército, junto al emperador en su calidad de comandante en jefe, en la institución sobre la que iba a recaer el peso del mantenimiento del Estado frente a usurpaciones y ataques exteriores, en un contexto de crisis económica que, si bien menos profunda de lo que tradicionalmente se ha pensado y, sobre todo, muy desigual en cuanto a las zonas afectadas, no hacía sino contribuir al desasosiego generalizado que se observa a mediados del s. III d.C. en un Imperio desgarrado por las guerras civiles, los ataques persas en Oriente y los continuos asaltos a las fronteras del Rin y el Danubio.

A pesar de tan desastrosas perspectivas, el ejército romano, si nos atenemos a los resultados, cumplió con creces su cometido, permitió al Estado su supervivencia y acabó venciendo a todas aquellas amenazas que se cernían sobre el Imperio. Con Diocleciano (284-305) se observa, incluso, una clara recuperación, favorecida también por la estabilidad proporcionada por su larga permanencia en el poder. No obstante, en el transcurso de ese siglo de guerras casi continuas, las estructuras militares romanas sufrieron una clara evolución (que no involución, como dejan entrever algunos investigadores) que alejaron la imagen del ejército romano del Imperio tardío de la de aquél de los siglos I y II d.C., pero que no mermaron su operatividad ni sus capacidades, más bien todo lo contrario, para hacer frente a las amenazas a las que tendría que combatir el Imperio a lo largo del siglo IV.

## V. EQUIPAMIENTO DEL LEGIONARIO

Nos disponemos a entrar, a partir de este momento, en la sección quizás más técnica del libro, pues en el presente capítulo y en el siguiente analizaremos tanto las armas y equipamiento empleados por el ejército romano en campaña desde época severiana hasta las reformas de la Tetrarquía, como las tácticas y los diversos sistemas de combate empleados por las legiones para hacer frente a enemigos interiores y exteriores.

Como ya afirmó Carl von Clausewitz (*De la Guerra*, prg. 85), los combates son los que dictan cuanto está relacionado con las armas y equipo, pero a su vez son estos últimos los que modifican la forma de combatir, por lo que existe una clara simbiosis entre los dos. Por esta razón, nos parece muy necesario conocer debidamente el armamento empleado por el legionario romano durante el s. III, con sus reformas y modificaciones, pues dicho conocimiento es el que va a permitirnos extraer toda una serie de conclusiones sobre los métodos de combate, unos métodos que, por desgracia, las fuentes no dejan nada claros.

Precisamente, la parquedad de fuentes en esta área es un escollo difícil de salvar; a pesar de los grandes avances en el ámbito arqueológico, las fuentes literarias son las que son, y los grandes relieves oficiales son bastante problemáticos de utilizar sin una adecuada labor de crítica sobre los mismos. Este problema, extensible también a períodos anteriores de la historia de Roma, alcanza en el s. III nuevas cotas, pues a la escasez de fuentes escritas se suma, además, la significativa reducción del registro iconográfico y monumental, algo que ha llevado a no pocos errores de apreciación. Disponemos, no obstante, de los hallazgos de Dura Europos, fortaleza del Oriente romano destruida por los persas a mediados del s. III<sup>1</sup>, que se erige en una de las fuentes más importantes para conocer el equipamiento de los soldados romanos del período en esta zona del Imperio<sup>2</sup>. La dificultad que plantea es que dicha fortaleza se encontraba guarnecida por una unidad auxiliar de infantería, la *Cohors XX Palmyrenorum*, junto a una *vexillatio* legionaria desde, al menos, comienzos del s. III<sup>3</sup>,

---

1. Dura Europos fue conquistada por primera vez durante la campaña parta de Trajano, permaneciendo en manos romanas de 115 a 117. La ciudadela fue reconquistada en 165, durante la expedición de Lucio Vero, manteniéndola el Imperio en su poder hasta la destrucción de la misma por los persas sasánidas en torno a 256 [JAMES 1985: 111-124].

2. Para un análisis detallado remitimos a las memorias de intervención en este yacimiento: ROSTOVZEFF 1939-1956; BELLINGER 1956; CUMONT 1926; ROSTOVZEFF 1938; KRAELING 1936.

3. La *vexillatio* legionaria presente durante el asedio de la ciudad (c. 255-7) pertenecía a la IV *Scythica* con base en Zeugma, tal y como parece mostrar un papiro hallado en las excavaciones y fechado en 254 (*P. Dura*, 32), en el que un legionario de esta unidad se divorcia de una mujer local, actuando como testigo otro soldado.

por lo que resulta bastante complicado asignar las piezas de equipo halladas a un cuerpo de tropas o a otro<sup>4</sup>.

Pasaremos ahora, para dejar constancia de lo manifestado en líneas precedentes, a mostrar las evidencias iconográficas de las que podemos surtirnos para hacernos una idea de la imagen del ejército romano durante este turbulento período de su existencia. Éstas pueden dividirse en tres grandes grupos<sup>5</sup>: escultura de carácter propagandístico imperial, monumentos funerarios y obras menores. El primero de estos grupos, cuyas principales obras se encuentran, por supuesto, en Roma, presenta una serie de limitaciones, pues se trata en buena medida del trabajo de escultores poco familiarizados con los ambientes militares y muy influenciados por las corrientes estilísticas del helenismo. La representación exacta del equipo militar empleado por los legionarios romanos no sería, con seguridad, uno de los objetivos principales del escultor, más preocupado por hacer llegar a la población de la forma más sugerente posible ese mensaje de carácter imperial que había inspirado su obra. En este sentido, hay que ser muy prudentes en cuanto a su empleo para el análisis del equipo utilizado por el ejército romano<sup>6</sup>. Como ya mencionamos en el capítulo de fuentes, estos relieves serían esculpidos en talleres itálicos bastante alejados de las fronteras. Los únicos cuerpos de tropas presentes en Roma y sus alrededores durante esta época eran las unidades de la Guardia Imperial y, en menor medida, la legión II *Parthica*, por lo que en cierto modo puede que las representaciones mencionadas, en caso de mostrarnos piezas de equipo identificables claramente, haya que relacionarlas más con las tropas de guarnición en la capital que con las legiones fronterizas a las que pretenderían representar.

Antes de comenzar con los monumentos propios del s. III, consideramos necesario mencionar aquéllos construidos a lo largo del s. II, de entre los que los más importantes son, sin duda, las Columnas Trajana y Aureliana. La Columna Trajana fue erigida en 113 d.C. y presenta un friso corrido en espiral ascendente de 200 metros de longitud; en ella se nos narran las guerras dacias de Trajano (101-3 y 105-6), que culminaron con la muerte del rey Decébalos y la anexión de la nueva provincia<sup>7</sup>. De época trajanea son también cuatro paneles reutilizados en el Arco de Constantino en Roma con representaciones, probablemente, de tropas pretorianas. Asimismo, puede adscribirse a comienzos del s. II el monumento conmemorativo erigido en Adamklissi (*Tropaeum Traiani*) [FLORESCU 1965; BIANCHI 1988, FLORESCU 1998], para el que la evidencia epigráfica sugiere una fecha de 108/9. Este trofeo de planta circular está decorado con una serie de paneles en relieve que nos muestran a soldados romanos (casi con toda seguridad legionarios) luchando contra los dacios. Estas representaciones destacan porque la tradición del escultor estaba mucho más cercana a los ambientes militares y porque aparecen legionarios en cota de malla y escamas, a diferencia de la estandarización operada en la columna de Trajano, donde las tropas ciudadanas son invariablemente representadas con *lorica segmentata* (coraza de placas).

---

4. No obstante, en este período el equipamiento de los auxiliares, sobre todo las unidades de infantería pesada, había ido acercándose cada vez más al de sus colegas de las legiones, por lo que parece que estamos ante una dificultad no demasiado ardua de superar.

5. Adoptamos aquí, en parte, la división propuesta por Bishop y Coulston, pero los cuatro grupos presentados por ambos autores los hemos reducido a tres [BISHOP 1989: 10-13; 1993: 19-32].

6. ROBINSON 1975: 7-10; COULSTON 1989 y 1989<sup>2</sup>; WAURICK 1979, 1989; LIBERATI 1998.

7. La obra de edición de C. Cichorius [1900] en siete volúmenes es, aún hoy, una referencia obligada para los investigadores.

La Columna Trajana iba a influir en todas las obras conmemorativas posteriores erigidas en la capital, entre ellas la base de la Columna de Antonino Pío y la Columna Aureliana. Sería ésta última, cuya datación varía entre el reinado de Cómodo (180-192) y el de Caracalla (211-217), la que actuaría como punto de partida cronológico inmediatamente vinculado al período analizado [PETERSEN 1896; ZWIKKER 1941]. En este caso, los relieves en espiral narran las guerras marcománicas de Marco Aurelio; el equipo representado es muy similar al de la Columna Trajana (los escudos son ya, no obstante, de tipo oval), si bien se ha producido una mayor estilización y simplificación de los detalles. Otro monumento conmemorativo, el Arco de Septimio Severo, data de 203 y en él aparecen cuatro paneles en relieve que narran operaciones de las dos guerras párticas de este soberano [BRILLIANT 1967]. De la misma época es también el Arco de Severo en *Leptis Magna* (ciudad de origen del emperador), en el que se observan algunos detalles relacionados con el equipamiento militar, sobre todo vinculado con la oficialidad. En dichos monumentos la imagen del ejército romano es muy similar a la que conocemos a partir de las obras conmemorativas del s. II, pues siguen apareciendo corazas segmentadas, cotas de malla, corazas de escamas, escudos ovales más o menos cóncavos, así como jabalinas (*pila*), si bien de un tipo novedoso, al incluir un lastre en forma de bolas de plomo de dos, a veces más, elementos de este tipo. No será hasta Diocleciano y Constantino cuando reaparezcan en la capital esas grandes construcciones conmemorativas, por lo que este registro iconográfico queda muy limitado para el período comprendido entre los reinados de Caracalla y la Tetrarquía.

De fines del s. II data el sarcófago de batalla procedente de Portonaccio (*via Tiburtina*), actualmente en el Museo de las Termas (Roma), en el que se observa un combate entre romanos y bárbaros; estilísticamente parece que está muy vinculado a otro sarcófago de este tipo conservado en la villa Doria-Pamphili (Roma) y con una cronología similar. Hacia 250 puede fecharse, no obstante, el famoso Sarcófago Ludovisi (Roma), que representa también un combate entre romanos y germanos, y que viene a compensar, en parte, la ausencia de ese gran arte relivario público para este período.

Por lo que respecta a los relieves funerarios, éstos serían instrumentos mucho más fiables a la hora de sacar conclusiones respecto al equipo militar representado. La tradición de erigir estelas funerarias durante el Alto Imperio se extendió sobre todo entre los ejércitos del Rin y de Britania (como consecuencia del empleo de tropas procedentes de Germania en la conquista de la isla), estando mucho menos representadas en el Danubio y otras zonas del Imperio. Los relieves funerarios de las zonas fronterizas los elaboraban para sus patrones militares unos escultores que eran, quizás, veteranos ellos mismos; de este modo, pequeños detalles del equipo pueden compararse con artículos conservados en el registro arqueológico, si bien hay que tener en cuenta la utilización de convenciones y elementos estilizados, precisamente por ser el tema tan familiar tanto para el escultor como para el cliente. Para el s. III d.C. estos monumentos presentan una serie de problemas: por una parte, la proporción de hallazgos de estelas funerarias de soldados sufre una reducción con respecto a los dos siglos anteriores y, por otra, éstos aparecen generalmente en atuendo civil o de faena, es decir, sin su equipo de combate (sólo la espada y el cinto denotarían su carácter militar). No obstante, la extensión geográfica de estas estelas es mucho mayor que en épocas precedentes, apareciendo relieves funerarios de carácter militar a lo largo del Danubio, Rin, Hispania, Norte de África, Siria y la propia Roma (sin duda como consecuencia de la reforma de la Guardia por Severo y el servicio en la capital de tropas procedentes de la región danubiana).



18. Legionarios de la primera mitad del s. IV d.C.

El último grupo incluiría todas aquellas representaciones no directamente relacionadas con monumentos de propaganda imperial o de carácter funerario, entre las que destacarían los relieves del pretorio del campamento de Mainz (época flavia), las esculturas de deidades de carácter militar, el soldado de Alba Iulia (Rumanía, fechado en el siglo III), las representaciones pictóricas de Dura Europos (mediados del siglo III), monedas, pequeñas estatuillas tanto metálicas como en otros materiales, etc. [GALINIER 2000].

Por todo lo anterior, el registro arqueológico se convierte en nuestro más firme aliado, a pesar de sus limitaciones y aleatoriedad, cobrando especial protagonismo, como ya adelantamos, el yacimiento de Dura Europos. Los restos de equipo militar se encuentran, normalmente, en la excavación de bases militares romanas y algunos lugares, como la fortaleza legionaria de *Vindonissa* (Windisch), han proporcionado grandes cantidades. Virtualmente, todo el equipo recogido del registro arqueológico está, de una forma u otra, dañado si bien es fácil distinguir el daño producido antes de que un elemento quedase enterrado del ocurrido en períodos posteriores o durante el proceso de excavación. Episodios conocidos de la historia de la frontera romana ayudan a datar los hallazgos. En este sentido, la invasión de Britania es un criterio muy útil, así como la sucesión de legiones en *Vindonissa*, pues el equipo dañado de cada legión se tiraba en una parte diferente del mismo basurero de este campamento. No obstante, hay que tener en cuenta que la distribución de equipo militar hallado en el antiguo solar del Imperio Romano refleja, en cierta medida, el volumen y la calidad de la investigación arqueológica. Así, la mayor parte del material actualmente conocido proviene de las provincias de Britania y las dos Germanias. Se conoce menos de la región del Danubio y el Norte de África y, con la notable excepción de Dura Europos, muy poco de Oriente. Los hallazgos individuales de equipo en asentamientos militares romanos se concentran, normalmente, alrededor de los barracones y raramente ocurren en las proximidades de los edificios administrativos. Las circunstancias



19. Legionarios en posición de combate (s. I d.C.)

excepcionales pueden ser muy informativas; así, como consecuencia de la erupción del Vesubio, se ha hallado en Herculano a un marino de la flota de Miseno tal como se encontraba equipado en el momento de la catástrofe. En Dura Europos se ha excavado una torre colapsada que contenía un almacén de equipo, así como una mina hundida, donde se desarrolló una batalla entre persas y romanos, que quedó sellada tras su destrucción. Una alta proporción de cascos de los siglos I a III han sido hallados en importantes ríos

europesos, particularmente el Rin y el Danubio, al igual que muchas dagas decoradas y vainas de espadas. Estos elementos suelen interpretarse como ofrendas votivas. A veces, el equipo militar se enterraba con su poseedor; si bien ésta no era una práctica habitual entre los legionarios ni entre la mayoría de los auxiliares, en ocasiones ocurría.

Por último, en cuanto a las fuentes literarias sobre el equipo militar, pueden considerarse básicamente dos tipos: directas e indirectas. La descripción directa de elementos de equipo militar se encuentra, normalmente, en manuales técnicos, aunque también se pueden hallar en obras más literarias, en las que el autor intenta describir un aspecto del ejército romano a una audiencia que no está familiarizada con él. La descripción es indirecta cuando un pequeño detalle se incluye en la obra de un escritor. Polieno, Josefo, Arriano y Vegecio pueden considerarse como fuentes directas, e incluso algunos textos legales tardíos pueden servir de ayuda. La evidencia subliteraria sería la preservada en papiros (por ejemplo, un papiro procedente de Egipto recoge la organización de la producción de equipo en un taller legionario) y en tablillas de madera inscritas, entre las que destacan las extraídas del fuerte de *Vindolanda* (Chesterholm, en el Muro de Adriano) que, si bien las más importantes, no son, afortunadamente, las únicas (otros ejemplos se han extraído en Carlisle y *Vindonissa*). En cuanto a la epigrafía, su empleo es muy limitado en este contexto del equipo militar.

### El “uniforme” legionario y su distribución

Entrando ya en materia, lo primero que queremos resaltar es que el concepto de uniformidad, tal como hoy lo entendemos, parece que era algo ajeno al sistema militar romano. Para un general romano, uniformidad habría significado que todos sus legionarios contaran, aparte de con túnica, abrigo y calzado, con escudo, casco, coraza, espada (*gladius* o *spatha*) y arma de asta (*pilum* o *lancea*), con la única preocupación de que estuvieran en buen estado y plenamente operativos. Esto daba también una amplia libertad al soldado para expresar su individualidad en la forma, decoración y calidad del equipo del que era poseedor (como muestran los nombres que aparecen grabados en numerosas piezas de equipo militar romano conservadas)<sup>8</sup>. Por otra parte, hay que recordar que el concepto moderno de uniformidad, así como los uniformes perfectamente reglamentados, surgen sólo a partir del s. XVIII en el ámbito de los ejércitos profesionales de las monarquías europeas del período; por sus actuaciones en éste y otros muchos aspectos de su ejército, habría que destacar la figura de Federico II de Prusia (1740-1786). Con anterioridad, sólo podemos hablar de cierto grado de uniformización, como el caso de los emblemas empleados en los escudos por los hoplitas griegos a partir de finales del V a.C. [SEKUNDA 2009: 32-3], con el fin de identificar claramente respecto a las demás su polis o bien la federación (liga de ciudades) a la que pertenecían<sup>9</sup>. Durante la Plena Edad Media (ss. XI-XIII) se extendió el empleo de la librea, vestida sobre las protecciones corporales por determinadas tropas, para reflejar su pertenencia a los contingentes de tal

8. Para los gustos individuales del soldado romano, véase BISHOP 1993: 202.

9. El más conocido, sin duda, de estos emblemas es la “lambda” (Λ) que los espartanos y laconios en general pintaban sobre sus escudos, que empezó a usarse, seguramente, durante la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) y que durante el s. III a.C. aún se mantenía (Pausanias 4.28.5).

o cual señor feudal (dando muestra, al mismo tiempo, de su poder); en caso de ser tropas pertenecientes al ejército del rey llevaban la denominada “librea real”.

Otra característica propia de los ejércitos, independientemente de la época a la que nos remitamos, es la continuidad de uso del armamento y material [FOXTON 1994: 46], y a este respecto el ejército romano no era una excepción. A causa de los elevados costes de fabricación, las armas y equipo se intentaban mantener en servicio el mayor tiempo posible. Por otra parte, el soldado sufría deducciones destinadas al pago y mantenimiento de dicho armamento y equipo. Parece que el sistema funcionaba de la siguiente forma: el soldado compraba sus armas al alistarse mediante el *viaticum*<sup>10</sup>, las empleaba durante su tiempo de servicio o hasta que las armas se perdieran o retiraran, caso en el cual debía hacerse con armamento nuevo como reemplazo de las piezas no disponibles, y a su retiro o fallecimiento la unidad se las recompraría<sup>11</sup>. Las legiones contaban, además, con personal especializado encargado de supervisar el estado de las armas y enviarlas a los talleres en caso de que necesitaran reparación, se trataba de los *custodes armorum*.

En este sentido, hay que decir que el Imperio no contaba durante el s. III (al igual que en períodos precedentes) con grandes fábricas estatales para la elaboración de equipo militar; este tipo de factorías sólo surgieron a lo largo de la centuria siguiente, modificando todo el sistema productivo que abastecía al ejército. Las fuentes de suministro de armamento y material de una legión descansaban bien en sus propios talleres<sup>12</sup>, o bien en pequeños artesanos locales que trabajaban para los militares acantonados en su zona<sup>13</sup>. La producción de armamento y equipo en talleres legionarios propios se apoya en toda una serie de evidencias, tanto literarias como papirológicas, epigráficas y arqueológicas<sup>14</sup>; pero lo que esas evidencias no nos dicen es hasta qué punto la legión se autoabastecía y qué porcentaje de la producción de equipo se dejaba en manos de particulares<sup>15</sup>. El gran impulsor de las *fabricae* de armas estatales fue Diocleciano, algo a lo que se vería abocado debido al incremento de los efectivos militares del ejército imperial (al menos diecisiete legiones, como vimos en el capítulo anterior) en un período de tiempo relativamente reducido, que haría inviable el mantenimiento del sistema precedente. A partir de esta reforma primaba más la rapidez de ejecución que la calidad de las piezas (siempre que cumplieran, claro está, unos estándares mínimos), y esta característica se mantendría ya durante todo el s. IV. No obstante, los pequeños artesanos independientes no desaparecieron del todo, fabricando armas y equipo para aquellos militares con mayor capacidad de gasto (sobre todo, mandos).

---

10. Pago inicial que se le daba a todo recluta para hacer frente a los gastos de traslado a su unidad y para la compra del equipamiento básico.

11. Esto podría explicar la aparición de más de un nombre en la misma pieza de equipo militar [cf. BREEZE 1976<sup>2</sup>; BISHOP 1993: 198-201].

12. Vegecio 2.11.3; BISHOP 1985; MACMULLEN 1969.

13. MENÉNDEZ 2002<sup>3</sup>; MENÉNDEZ 2004: 250.

14. Para un análisis detallado véase MENÉNDEZ 2004: 243-256.

15. En este apartado existen dos tendencias totalmente opuestas, aquella que considera que el ejército manufacturaba la mayor parte del equipo que necesitaba, representada por Bishop [1985] y Oldenstein (con matices) [1976; 1977; 1985], y la que defiende una producción básicamente civil para abastecer de armas a los soldados, defendida por L. Wierchowski [1982; 1984].

Además, los armeros seguían las tendencias propias de su zona (a veces relacionadas con aspectos propios del combate) a la hora de elaborar el equipo, fundamentalmente en el caso de los cascos, por lo que otorgar una excesiva uniformidad a las tropas romanas durante el s. I y hasta el primer cuarto del s. II es una visión que puede resultar errónea, debido a los cambios de ubicación de unidades completas. Sólo a partir de Adriano (117-138) comenzamos a observar una tendencia al aumento de la uniformidad dentro de las mismas unidades, proceso relacionado con la menor movilidad de las legiones (a excepción de las *vexillationes*) [ROBINSON 1975: 9]. Esto significaría que cada unidad establecida en una zona determinada contaría con su propia red de abastecimiento en armamento y equipo, sin verse afectada por incorporaciones de soldados de otras unidades o por traslados a otros teatros de operaciones (salvo excepciones). Por todo ello, la continuidad de las unidades en bases permanentes permitiría un aumento de la uniformidad de equipo a nivel local. Otros autores, como Bishop [1987: 109-139], abogan, sin embargo, por la extensión de características similares en el equipo también a nivel de cuerpo de ejército provincial y no sólo de legión.

Con todo, este sistema sufriría una fractura progresiva a partir del principado de Galieno (253-268), debido al incremento de los problemas interiores y exteriores, que tuvieron como consecuencia la creciente dislocación de los canales de distribución de equipo militar. Los artesanos y pequeñas compañías privadas que se encargaban de abastecer en cierta medida las necesidades del ejército (bien mediante grandes pedidos oficiales o encargos de los propios soldados) habrían sido pagados en moneda, que utilizarían para proporcionarse materia prima, pagar los impuestos y mantener a su familia; sin embargo, el colapso de la moneda en el s. III d.C. habría paralizado este sistema de abastecimiento, pues el ejército no se podría permitir la compra de armas, mientras que los armeros no podían vender su producto ni comprar materia prima. De este modo, el desarrollo de una crisis de producción de armas sería la causa directa del establecimiento de las fábricas estatales de este tipo que, como hemos adelantado, comienzan a aparecer durante la Tetrarquía<sup>16</sup>. No obstante, parece que desde la década de 260, el Estado se vio forzado a proporcionar raciones y seguridad a los armeros como pago a su producción, conduciendo así a la absorción gradual de aquéllos en el servicio imperial. Diocleciano regularizó este sistema y dio el siguiente paso lógico, construir nuevas fábricas y concentrarlos en puntos estratégicos del Imperio<sup>17</sup>.

Por último, hay que mencionar que las innovaciones armamentísticas no se introducen en ningún ejército de una sola vez, sino mediante un proceso gradual de sustitución del armamento antiguo por el más moderno, lo que hace que los diferentes tipos coexistan durante un período más o menos largo de tiempo. Además, las tropas que primero reciben el nuevo material suelen ser las consideradas como de mejor calidad y más operativas; así, es posible que en el ejército romano fueran las legiones las que primero se beneficiasen de los adelantos tecnológicos y armamentísticos, teniendo en cuenta, además, que el elemento innovador, los ingenieros, se encontraba incluido en la plantilla de la propia legión. Tampoco hay que olvidar que los avances en cuestiones de armamento y equipo no siempre están relacionados con órdenes derivadas del mando supremo, sino

---

16. Lactancio, *De Mortibus Persecutorum* 7; Malalas 13; *Notitia Dignitatum* 9.2.16-39 y 43 - fábricas establecidas en la mitad occidental del Imperio.

17. JAMES 1986; JAMES 1988; OLDENSTEIN 1976: 83-4.

que las propias unidades pueden desarrollar sobre el terreno (como, sin duda, ocurrió en el ejército romano) mejoras que otorguen ciertas ventajas a sus integrantes sobre los enemigos a los que tienen que hacer frente; en este sentido, podrían traerse a colación las *manicae* (ver *infra*), protecciones de placas para el brazo derecho que los legionarios emplearon en las guerras dacias del reinado de Trajano, según se desprende del monumento de Adamklissi, si bien es muy probable que este tipo de protecciones fueran ya conocidas y empleadas por las tropas imperiales con anterioridad [AURRECOECHEA 2008]. De esta forma, en época severiana el ejército romano se caracterizaría por mostrar una fisonomía muy similar a la que tenía durante la segunda mitad del s. II d.C., mientras que a lo largo del s. III se desarrollaron innovaciones armamentísticas, como la *plumbata* (dardo lastrado para ser arrojado con la mano), que conocerían su mayor auge durante el s. IV.

Pasaremos, a continuación, al análisis pormenorizado de las diferentes armas, indumentaria y piezas de equipo empleadas por el ejército romano, centrándonos sobre todo en las legiones, aunque incluyendo en ocasiones referencias a las unidades auxiliares. No obstante, creemos conveniente tratar antes una cuestión que ha suscitado no pocos errores de interpretación, como es la del supuesto abandono de las protecciones corporales durante el siglo III.

### El “abandono” de las protecciones corporales

Hasta hace unos años se defendía, sobre todo en ambientes poco familiarizados con los últimos hallazgos arqueológicos, que el ejército romano aligeró su equipamiento desde comienzos del s. III d.C., procediendo al abandono de corazas y cascos. Se hablaba, asimismo, de su reintroducción para las tropas montadas durante la Tetrarquía y como resultado de la influencia persa y sármata. Esta impresión se obtuvo, sobre todo, a partir del análisis de las estelas funerarias de soldados fechadas en el s. III. Sin embargo, como mencionamos más arriba, era habitual en esta época representar al soldado en atuendo de faena, un tipo de vestimenta muy cercano al de los civiles (túnica de mangas largas y *sagum* o capote); a veces, a la figura se le incorporaba un escudo oval y venablos. Con pocas excepciones estas representaciones no muestran ni corazas ni cascos, pero esta ausencia de protecciones corporales no se debería sino a convenciones artísticas<sup>18</sup>. De hecho, esta moda puede rastrearse ya durante el s. I d.C., cuando también aparecen representaciones de soldados sin armadura [COULSTON 1990]. Además, se ha sugerido que los legionarios gustarían de representarse en atuendo prácticamente civil para sentirse más cercanos e integrados con el resto de la sociedad [FEUGÈRE 1993: 134-6], precisamente en unos momentos en los que los civiles tenían una opinión bastante negativa del ejército (Aur. Víctor, *De Caes.* 26.6). Con todo, también contamos con excepciones a esta regla, con representaciones en las que aparecen tanto el casco como, a veces, la armadura corporal del difunto [FEUGÈRE 1993: 135].

Además de estas representaciones funerarias con equipamiento defensivo hay que mencionar, también, las pinturas de la sinagoga de Dura Europos. Si bien éstas hacen referencia a pasajes bíblicos, los soldados plasmados en ellas habrían tenido como modelos a la propia guarnición de la fortaleza, por lo que constituyen un testimonio de

---

18. COULSTON 1987; MENÉNDEZ 1999; MENÉNDEZ 2000: 111-5; MENÉNDEZ 2001.

primera mano para observar el equipamiento de los soldados romanos en esta frontera del Imperio. En este sentido, los militares aquí representados aparecen con cotas de malla y escamas, escudo oval y espada; en ocasiones aparecen con la cabeza protegida por una cofia también de malla, que puede que se revistiera en lugar del casco.

Una nueva referencia a las corazas en el s. III la proporciona la inscripción funeraria fechada en el s. III en la que se menciona a un centurión de la IV *Flavia* al frente de un taller de armaduras situado en el territorio de los eduos (Galia Lugdunense)<sup>19</sup>. A partir de época de Diocleciano, según la *Notitia Dignitatum*, una *fabrica loritaria* se encontraba ubicada en *Augustodunum* (Autun), capital de dicho territorio de los eduos, por lo que parece que esta zona disfrutaba de cierta tradición en la fabricación de equipo defensivo para el ejército romano, que se mantendría a lo largo del s. IV.

En cuanto a las fuentes arqueológicas, se ha considerado hasta hace relativamente poco tiempo la existencia de un supuesto vacío tipológico en los cascos de la infantería entre comienzos y finales del s. III d.C., es decir, entre los últimos modelos del tipo “Itálico Imperial” (“H” de R. Robinson [1975: 72-5]) y los primeros tipos de construcción por segmentos del denominado tipo “Intercissa” manufacturados a comienzos del s. IV. Sin embargo, este vacío puede obviarse fácilmente si admitimos el hecho de que tanto la infantería como la caballería habrían empleado durante este período tipos de casco muy similares en cuanto a su forma. De hecho, ya Connolly [1981: 259-60] resaltó la similitud del casco Itálico Imperial “H” con los cascos de la caballería propios del s. II, abogando por la equiparación de formas (lo que facilitaría también su estandarización y la reducción de costes y tiempo de producción) a partir de finales del s. II; la razón esencial para este acercamiento tipológico se debería a la modificación de las técnicas de combate individual por parte de los legionarios [CONNOLLY 1991]. Además, se han producido hallazgos de cascos del s. III asignados a la caballería en fuertes guarnecidos por unidades de infantería [COULSTON 1990: 146].

Por otra parte, son numerosos los hallazgos de restos de coraza en contextos del s. III. Los más llamativos son los de Dura Europos, que ha proporcionado ejemplos de cotas de malla y de escamas, pero también se han encontrado restos de corazas en el *limes* europeo; en la frontera renano-danubiana han aparecido bastantes fragmentos de *lorica segmentata*, lo que nos daría un indicio claro de la continuidad de su empleo a lo largo de toda la primera mitad del s. III en esta área [MENÉNDEZ 2004: 214].

Podemos mencionar, asimismo, algunas referencias al uso de corazas en las fuentes contemporáneas; en este sentido, Herodiano (8.4.10) refiere cómo los soldados del emperador Maximino recibieron durante el asedio de Aquileya (238) ataques con pez hirviente, lo que provocó que “arrojaran sus corazas y las restantes armas, porque el metal abrasaba, y las partes de cuero y de madera quemaban y se consumían”. La *Historia Augusta*, por su parte, nos informa que Maximino, durante el desempeño de su tribuno en una legión IV (reinado de Severo Alejandro), examinaba a diario las espadas, lanzas, corazas, cascos y escudos de los soldados a sus órdenes (*Duo Max.* 6.2). Por último, Vegetio (1.20) afirma

---

19. *CIL* 13.2828; este centurión desempeñaría una función de supervisión sobre los *opifices loritarii* (artesanos encargados de la fabricación de armaduras), controlando, probablemente, los estándares y las especificaciones de las piezas de equipo producidas [cf. BRUNT 1975: 257].

que no fue hasta el reinado de Graciano (375-383) cuando se comenzó a desatender todo lo relativo a las protecciones defensivas de la infantería.

El sistema militar romano se basó en la infantería en orden cerrado como la principal fuerza de batalla hasta el siglo V. Una formación de este tipo era un objetivo perfecto para los proyectiles debido a su densidad y lentitud de movimientos, por lo que la armadura corporal era especialmente deseable a la hora de hacer frente a enemigos con unidades de arqueros especializados. Por otra parte, las evidencias sugieren que las protecciones corporales, lejos de aligerarse, se reforzaron en el caso de la infantería pesada en formación cerrada, pues el casco pasó a encerrar entonces todo el cráneo, cara y cuello, protegiéndolos de una forma más efectiva que en el período precedente, añadiendo, además, protecciones adicionales para los hombros. Las cotas de malla y de escamas también se hicieron más largas, con mangas extendidas hasta el codo y, a veces, hasta la muñeca; por debajo, la coraza se extendía hasta las rodillas, proporcionando protección adicional a la cadera y muslos del soldado.

Además, parece que una formación en la línea de la mencionada por Vegecio con filas armadas de manera distinta se estaba desarrollando ya en la primera mitad del s. III, si no antes (recordemos el precedente de la formación de Arriano, s. II d.C., para enfrentarse a los alanos, ver capítulo VII). En este sentido, tenemos atestiguados a comienzos del s. III a una serie de especialistas encuadrados en la legión II *Parthica*, concretamente un arquero (*sagittarius*, con categoría de *inmunis*) y varios *lanciararii* [BALTY 1988]. Por otra parte, según Speidel [1992], parece que el hecho de que durante el s. III los soldados describieran en las inscripciones (por ejemplo, *CIL* 9.1613) la centuria a la que pertenecían a partir de la funcionalidad orgánica del centurión<sup>20</sup> y no por el nombre de éste, como era tradicional en el período precedente, podría sugerir que las antiguas líneas de batalla de *pili* (*triarrii*), *principes* y *hastati* habrían retomado cierta funcionalidad, muy probablemente debido a la creciente especialización táctica atestiguada entre los legionarios (*phalangarii*, *sagittarii*, *lanciararii*...), que necesitarían una ubicación muy concreta en las líneas de batalla para poder desarrollar todo su potencial y sacar el mayor rendimiento posible de esa combinación de armas. Sobre esta cuestión volveremos más detenidamente en un capítulo posterior.

Por último, cabe traer a colación un par de pasajes de nuestras fuentes literarias: en el primero, de Tácito (*Annales* 13.35), se nos informa de la situación de las legiones de Oriente a la llegada de Domicio Corbulón; según este autor, los soldados no disponían de cascos ni armaduras, debido al amplio período de paz del que habían gozado<sup>21</sup>; el segundo, de Frontón, incide en esta misma imagen de mala calidad y falta de entrenamiento de las legiones orientales a mediados del s. II; también este autor menciona el abandono progresivo de la armadura por parte de los legionarios, hasta terminar equipándose como infantería ligera (*Principia Historiae* 12); en este caso también parece que nos encontra-

---

20. Recordemos que éstos se dividían, en orden ascendente, en *hastatus posterior*, *hastatus prior*, *principes posterior*, *principes prior*, *pilus posterior* y *pilus prior*.

21. Puede que las labores cotidianas de patrulla y de entrenamiento a las que tendrían que hacer frente las desarrollaran portando un tipo de equipamiento ligero (como refiere Frontón para el s. II d.C.), sobre todo teniendo en cuenta el clima de la zona, permaneciendo las piezas más pesadas en los arsenales de la unidad; no creemos que esas piezas de equipo simplemente se hubieran perdido por dejadez de los soldados, entre otras cosas porque les habría supuesto un desembolso importante el reemplazo de las mismas.

mos ante una exageración evidente con la que el autor pretende ensalzar la actuación de Lucio Vero en la zona, cuando como coemperador junto a Marco Aurelio se encargó de la campaña contra los partos (162-166). Si bien la desmesura en ambos pasajes parece clara<sup>22</sup>, aplicando el razonamiento inverso, la situación de guerra continua a la que se tuvo que enfrentar el ejército romano desde el último cuarto del s. II (tanto a nivel externo como interno) supondría que el abandono de las protecciones corporales por parte de los soldados habría constituido un hecho poco probable para el s. III.

## Indumentaria del legionario

Iniciaremos el análisis del equipamiento empleado por los legionarios con las prendas básicas de vestir, de abrigo y calzado, para continuar con el armamento defensivo, ofensivo, armas de apoyo, artillería y elementos empleados por otros especialistas tácticos en combate, como los instrumentos de música militar y los estandartes.

La túnica constituyó la prenda de vestir básica del soldado a lo largo de todo el período romano; ésta, además, no se diferenciaba demasiado de la de tipo civil, lo que sin duda habría facilitado su fabricación y distribución a partir de contratistas privados. Durante los siglos I y II d.C. la túnica del soldado romano se caracterizó por su sencillez; se trataba de una pieza sin mangas con una amplia abertura para el cuello, suficiente como para permitir el paso a través de ella de un brazo, dejando un hombro al descubierto cuando era necesario (los soldados aparecen así en algunas escenas de la columna Trajana que los muestra trabajando)<sup>23</sup>. La longitud variaba según las características del portador, si bien lo más probable es que existiera un módulo estándar adaptable a las necesidades. N. Fuentes estima las dimensiones de la prenda en un metro de largo por 90 cm de ancho, aproximadamente [FUENTES 1987]; en la reconstrucción propuesta por Junkelmann, la túnica presenta una longitud de 112 cm por 68 cm de anchura [JUNKELMANN 1986: 154-6]; G. Sumner, por el contrario, a partir de evidencias halladas en Israel y Egipto defiende túnicas militares más anchas [SUMNER 2002: 4-5]. Los únicos datos seguros que poseemos son los proporcionados por el papiro *BGU 7*, 1564 (c. 138 d.C.), procedente de Egipto, en el que se especifican las medidas de las túnicas militares que la aldea de *Philadelphia* tenía que proporcionar al ejército de Capadocia: éstas son de 1'55 m de longitud por 1'40 m de anchura, con un peso de 1'6 kg y un coste de 24 dracmas (seis denarios); el material empleado era la lana blanca y sin teñir<sup>24</sup>.

22. Aunque la afirmación no sería totalmente infundada, pues como afirma Dabrowa [1993: 107], a la legión *X Fretensis*, acantonada en el conflictivo Jerusalén desde 70 d.C. hasta el s. III, parece que se le aplicó una política conscientemente encaminada a cubrir los cuadros de mando con oficiales procedentes de Italia y la parte occidental del Imperio. Con ello se pretendía que estos individuos, que contaban con una amplia experiencia militar, mantuvieran un alto nivel de entrenamiento entre los soldados y los tuvieran siempre dispuestos para la acción.

23. Este tipo de túnica era especialmente apreciada por la tropa (aunque parece que también era empleada por los civiles encargados de trabajos más o menos duros) y el modelo para dejar un brazo al descubierto puede retrotraerse incluso al período clásico griego, cuando a partir del s. V a.C. los espartanos pusieron de moda la *exomis* carmesí, que permitía que la manga de la parte derecha de la túnica pudiera dejarse caída para facilitar el manejo de las armas durante el combate (Plutarco, *Cleómenes* 37.2).

24. Túnicas con estas mismas dimensiones han sido halladas en Nahal Hever (Israel) y en Nubia [cf. SUMNER 2002: 5], pero las especificaciones mencionadas superan, en general, las prendas halladas en los diferentes yacimientos o las medidas recomendadas por Catón (*De Agricultura* 59) para los esclavos agrícolas (1'07 m de longitud).

Por contra, las estelas funerarias datadas en el s. III nos muestran un progresivo cambio en las prendas de vestir de los soldados<sup>25</sup>; durante esta época la túnica, que llega a la altura de las rodillas, presenta mangas largas hasta la muñeca y aparece decorada con unos parches redondos en las partes superior e inferior de la misma [SOUTHERN 1996: 121], denominados *orbiculi* (estos elementos decorativos pueden observarse a partir, fundamentalmente, de los mosaicos de la época) [SUMNER 2003: 4-9]. En el s. III las túnicas de los soldados también presentaban *clavi*, pequeñas bandas longitudinales de color púrpura que caían desde los hombros<sup>26</sup>.

En cuanto al color, según las evidencias recopiladas por N. Fuentes, los legionarios vestirían de blanco (al menos en tareas castrenses relacionadas con los servicios de campamento), aunque se trataría de un blanco más bien apagado, probablemente el característico de la lana sin teñir<sup>27</sup>. Hay evidencias también del empleo del color rojo, que Fuentes sugiere que podía haber quedado reservado para centuriones y decuriones, en un intento de diferenciarse del resto de la tropa. No obstante, contamos con referencias, más o menos claras, que abogan en favor de que el color rojo hubiera estado reservado exclusivamente para el combate y que ésta fuera la típica “túnica militar” (SHA, *Claud.* 14.2-10; SHA, *Aurel.* 13.3). La uniformidad entendida como tal, como hemos visto más arriba, era ajena a los usos del ejército romano, por lo que este color rojo oscuro (*russea*) o rojo podría haber ayudado a los legionarios a distinguirse en la batalla y sentirse miembros de un mismo cuerpo. Por su parte, Marcial afirma que el color rojo gustaba tanto a niños como a soldados<sup>28</sup>. Además, se han hallado restos de túnicas en *Vindolanda* de los que una decena (sobre 50) presentan pigmentos rojos<sup>29</sup>. Para apoyar esta hipótesis de que el color rojo era el que llevaban los legionarios en combate, puede argüirse el hecho de que el general, para anunciar a la tropa su decisión de trabar batalla, suspendía delante de su tienda un gallardete o una túnica de color rojo<sup>30</sup>, lo que indicaría la orden de revestirse con la túnica de combate<sup>31</sup>. A pesar de ser un tópico muy usado, una de las ventajas obvias e indiscutibles de este color era que ayudaba a enmascarar las heridas y manchas de sangre, lo que podía tener una incidencia beneficiosa para la moral de las tropas. De hecho, las fuentes antiguas coinciden en afirmar que el empleo de prendas de vestir rojas para luchar fue una invención de los espartanos (concretamente del semilegendario legislador Licurgo; Jenofonte, *Lac. Politeia* 11.3), con el fin de ocultar la sangre cuando eran heridos en combate (Plutarco, *Moralia* 238 F; Isidoro de Sevilla, *Orig.* 19.22.10); además, este color

25. Véase COULSTON 1987; BALTU 1988: 100; los soldados de la legión II *Parthica* aparecen representados durante el primer tercio del s. III d.C. con el denominado terno de campamento, compuesto por túnica de mangas largas, capote que caía sobre el hombro izquierdo, cinto militar, espada, lanza y escudo.

26. Cf. SHA, *Claud.* 17.6; véanse, también, las representaciones de soldados de los frescos hallados en Dura Europos. Durante los siglos I y II puede que las túnicas de los soldados presentaran también *clavi*, si bien en este caso en colores como el rojo o el negro, pues el púrpura estaba reservado para senadores y caballeros.

27. Cf. *BGU* 7, 1564; FUENTES 1987: 60; COWAN 2003: 43-4; *contra* PETERSON 1996: 73.

28. *Epigr.* 14, 129. Quintiliano, en un pasaje de “*Pro Milite contra Tribunum*” (*Declamaciones* III), también parece hacer mención al hecho de que los soldados vestían túnicas de color rojo a finales de la República.

29. Otra referencia menos segura es el hallazgo de restos de túnicas rojas en una cueva de Ein Gedi, Israel, pues nada asegura que hayan pertenecido a soldados del ejército romano.

30. Plutarco, *Marc.* 26.1; *Brut.* 40.5; *Pomp.* 68.6; César, *B.G.* 2.21.

31. GILBERT 2004: 40-1; este autor recuerda, también, que en épocas anteriores, cuando una urgencia obligaba a enrollar soldados rápidamente, las autoridades colocaban en el Capitolio dos estandartes, uno rojo para la infantería y otro azul oscuro (*caeruleus*) para la caballería.

patrocinado por los espartanos tuvo tanto éxito que en el s. IV a.C. se había generalizado entre las tropas de los diferentes ejércitos griegos [SEKUNDA 2009: 24-5]. Isidoro de Sevilla, por su parte, también afirma que en época republicana (“bajo los cónsules”), los soldados romanos llevaban para combatir una túnica roja, momento en el que eran denominados “*russati*”, siendo probable que esta tradición se mantuviera durante el Imperio. Así, vemos cómo esta propuesta parece sumamente atractiva, sin embargo, la evidencia no es aún suficientemente sólida como para asegurar nada de forma definitiva.

La túnica podía ir ceñida con una pieza de tela que se colocaba alrededor de la cintura y que en el ambiente militar de *Vindolanda* recibía la denominación de *ventralem*. Además de las tablillas de este campamento, existen representaciones escultóricas que nos muestran claramente este tipo de prenda, sobre la que se abrochaba el cinturón del soldado. Bajo la túnica parece que se llevaba un tipo de ropa interior conocida como *subligaculum* o *subligar*, cuyas representaciones más claras las tenemos en numerosas imágenes de gladiadores. Su empleo por parte del ejército lo tenemos atestiguado en una tablilla de *Vindolanda*, en la que se hace referencia a este tipo de prenda<sup>32</sup>.

Sobre la túnica se llevaba, según el clima y la época del año, una prenda de abrigo. Durante el s. I d.C. y buena parte del s. II esta prenda fue la *paenula*, capa caracterizada por poseer una capucha para proteger de las inclemencias la cabeza del soldado. Su estructura era una especie de semicírculo de tejido; Junkelmann [1986: 157-8] da unas medidas de la misma de 296 cm. en la parte recta y 132 cm. de radio para la parte curva. Esta prenda aparece, además, explícitamente mencionada en las tablillas de *Vindolanda*<sup>33</sup>. Desde fines del s. II d.C. el *sagum* o capote militar, fue sustituyendo a la *paenula*<sup>34</sup>; el *sagum* consistía en una pieza de tejido rectangular sujeta mediante una fíbula sobre el hombro izquierdo. El papiro BGU 7, 1564 menciona el encargo de cuatro capas militares con unas medidas de 2'66 por 1'77 m, un peso de 1'6 kg. y un valor de 24 dracmas (6 denarios). Estas medidas son similares a las de *saga* hallados en Nubia, Nahal Hever (Israel) y Thorsberg (Alemania) [SUMNER 2002: 14]. Este tipo de prenda, no obstante, presentaría variantes más ligeras (y viceversa), según la estación o la benignidad del clima.

El emperador Antonino Caracalla gustaba vestir la capa con capucha típica de los germanos, el *caracallus*<sup>35</sup> (de ahí el sobrenombre), e incluso durante su reinado llegó a imponerla como vestimenta regular para los soldados (Dion Casio 79.3.3). Speidel [1994: 104] incluso hace responsable a este emperador del cambio general en el estilo de vestir de las tropas. Desgraciadamente, no ha llegado hasta nosotros referencia alguna que permita conocer con exactitud el diseño de este tipo de capa<sup>36</sup>. Su origen hay que situarlo en la Galia y, según Wild, la difusión de dicha capa fuera de esta zona era nula antes de comienzos del s. III d.C. Es posible que Caracalla adaptara el *caracallus* a partir de las prendas de abrigo propias de los legionarios en servicio a lo largo de la frontera del Rin [WILD 1964].

32. “*Subligariorum duo*” (*Tab.Vindol.* II.346.i.2-5); GILBERT 2004: 40.

33. Véase *Tab.Vindol.* II.196, líneas 3 y 5.

34. Está atestiguado, no obstante, desde fines del s. I d.C. o comienzos del s. II en *Vindolanda* (vid. *Tab.Vindol.* II.207.2).

35. BÖHME-SCHÖNBERGER 1999: 158.

36. Para un intento de reconstrucción, véase SUMNER 2003: 10-11.

Entre los centuriones y la oficialidad, el tipo de capa empleado habría sido el *paludamentum*, de corte similar al *sagum*, pero quizás con los bordes inferiores redondeados. Se diferenciaba del anterior en la mayor calidad de su manufactura y en el color, pues éste solía ser rojo. El *paludamentum* se fijaba al hombro izquierdo mediante una fíbula.

Otra pieza de ropa empleada eran los pantalones ajustados por encima del tobillo (*feminalia*), si bien el uso de pantalones más amplios (*bracae*) se extendió bastante sobre todo a partir del s. III. El empleo de estas prendas se vio favorecido no menos por la influencia bárbara que por los rigores del clima que los soldados tenían que soportar en sus bases y acuartelamientos de Britania, el Rin y el Danubio. Además, el reclutamiento progresivo de base local para las distintas legiones de la frontera a partir del s. II d.C. también contribuyó a la extensión del empleo de estas prendas en el ejército. La *Historia Augusta* menciona que Severo Alejandro (222-235) puso de moda las *bracae* de color blanco, siendo el tradicional hasta entonces el rojo escarlata<sup>37</sup>.

Los legionarios habrían vestido, además, el denominado *thoracomachus* bajo la coraza; esta prenda tenía como cometido impedir que la armadura deteriorara la túnica o causara dolorosas rozaduras y abrasiones en la piel de su portador. El *thoracomachus* aparece descrito por el anónimo autor de *De Rebus Bellicis* (cap. XV), si bien nos indica que esta prenda era conocida y empleada desde tiempos “antiguos” [MENÉNDEZ 2009]<sup>38</sup>. Una representación del *thoracomachus* parece observarse en el relieve de los pretorianos del Louvre. El *De Rebus Bellicis* también menciona una especie de protección de cuero que se llevaría entre el *thoracomachus* y la coraza; su finalidad sería probablemente evitar que el primero de ellos se deteriorara demasiado o que absorbiera la humedad en caso de ambientes brumosos o lluviosos, para lo cual es muy probable que recibiera un tratamiento impermeabilizante<sup>39</sup>. Cabe la posibilidad, no obstante, que este último elemento se llevara encima de la coraza, y que ésta sólo se dejara al descubierto en caso de combate. Es muy probable que una o ambas prendas mencionadas estuvieran acolchadas de forma similar al *aketon* medieval.

Para evitar el rozamiento de la coraza en la parte del cuello (especialmente en el caso de la *lorica segmentata*, o coraza de placas), los legionarios también revestían una especie de bufanda, denominada *focale*, que se colocaba sobre la túnica. Esta prenda, habría sido bienvenida, además, para protegerse del frío y la humedad en los duros climas (en comparación con los de tipo mediterráneo) de Centroeuropa.

---

37. SHA, *Sev. Ale.* 40.11; SUMNER 2003: 35.

38. Ya en la Grecia arcaica y clásica los hoplitas empleaban una vestimenta acolchada, denominada *spolias*, bajo la coraza para evitar roces y amortiguar los golpes [QUESADA 2008: 36]; incluso en un determinado momento a fines del s. V a.C. se convirtió, a veces, en la única protección del tronco empleada por el hoplita (Jenofonte, *Anáb.* 3.3.20).

39. G. Sumner, a partir de una referencia de la *Historia Augusta*, propone el término de *subarmilis* para designar esta prenda de cuero; dicho pasaje menciona cómo Septimio Severo hizo desfilar a la Guardia Pretoriana con esta única prenda para humillarla (SHA, *Sev.* 6.11; cf. SUMNER 2003: 38-39). Este término también se ha atestiguado en una tablilla de *Vindolanda*, si bien no queda claro si hace referencia a esta prenda de cuero o a un arma arrojada (ver *infra*). Cf. D'AMATO 2009: 144-9.

En cuanto al calzado, durante todo el s. I y parte del s. II, continuó en uso la tradicional *caliga*<sup>40</sup>. Era ésta una especie de sandalia (aunque por su robustez más que como sandalia habría que considerarla como bota militar), cuyo piso estaba compuesto por tres capas de cuero, con una suela tachonada de clavos; este claveteado de la suela se empleaba para incrementar el agarre y prolongar la vida útil de la *caliga*. Por la parte superior la *caliga* se prolongaba en una serie de tiras de cuero que se anudaban a lo largo del tobillo, quedando perfectamente sujeta al pie del soldado. La *caliga* se abandonó desde comienzos del s. II [VAN DRIEL-MURRAY 1985] en favor de un tipo más cerrado denominado *calceus*, ya utilizado por los auxiliares en el siglo I d.C. [CHARLESWORTH 1973]. Puede que la adopción de un calzado más cerrado y sencillo se debiera a la incorporación masiva del mundo civil a la esfera de la producción militar. La *caliga* era compleja de producir y quizás demasiado engorrosa para la industria civil, de ahí que los soldados pasaran a vestir un calzado muy similar en forma al del resto de la población (si bien más reforzado). Tampoco habría que desdeñar la influencia del clima en esta modificación; a pesar de que la *caliga* solía vestirse junto a una especie de calcetines (véanse, por ejemplo, los relieves de pretorianos de la Cancillería de época Flavia), era un calzado muy abierto, lo que podía suponer una clara desventaja para los soldados romanos acantonados en los climas fríos de las fronteras del Norte. Cabe la posibilidad, no obstante, de que la *caliga* sólo se empleara durante el servicio y que el soldado utilizara durante el resto del día un tipo de calzado más abrigado; también es posible que la *caliga* sólo se equipara durante las campañas, que solían coincidir con el buen tiempo. No obstante, esto no son más que hipótesis, de las que, desgraciadamente, no existe confirmación documental alguna. Ese nuevo tipo de calzado, de cuero, también contaba con una suela muy reforzada y tachonada de clavos, cuya misión, al igual que en la *caliga*, era proporcionar un buen agarre y evitar el excesivo desgaste de la pieza. Hay que aclarar, además, que el piso de las calzadas romanas no era de piedra, sino de tierra apisonada o, como mucho, gravilla, a excepción, generalmente, de los tramos cercanos a las ciudades. De este modo, no hay que imaginarse a los soldados pisando con sus suelas de clavos sobre piedra pulida, lo que hubiera propiciado una gran inestabilidad durante la marcha y un desgaste excesivo del calzado. Además, los soldados integrados en las columnas militares solían moverse por los laterales exteriores de la calzada, dejando el uso de la parte interior para el tren de bagajes.

Otro elemento característico del equipo del soldado era el cinturón, *cingulum militare*, cuyas formas, modelos y evolución han sido bastante bien establecidos gracias al importante número de hebillas halladas en los diferentes puntos de acantonamiento de las unidades del ejército romano. Este cinturón comenzó su existencia con la función de distribuir el peso de la cota de malla sobre las caderas de su portador (véase *infra*). Durante el siglo I d.C. se solían llevar dos cinturones cruzados, uno encargado de sujetar la espada y el otro, la daga. Desde la segunda mitad del s. I es característico un solo cinturón, que solía estar muy decorado con apliques metálicos de forma rectangular<sup>41</sup>. A lo largo del s. III, el tipo de hebilla de cinturón más extendido fue el de forma de aro, ampliamente representado tanto en el registro arqueológico como en el iconográfico.

40. Para el empleo de la *caliga* véase, por ejemplo, Tácito, *Annales* 1.41; Suetonio, *Augusto* 25; *Caligula* 9; *Vitelio* 7; Séneca, *De benef.* 5.16; Josefo, *B.J.* 5.11.3; Casio Dión 57.5; *Dig.* 3.2.2; *Dig.* 27.1.10.

41. Véase, por ejemplo, FEUGÉRE 1993: 227-9.

A comienzos del s. I d.C. apareció un tipo de elemento para la ingle en forma de mandil, compuesto de tiras de cuero tachonadas con pequeños discos de metal (*apron*); el origen del mismo parece estar en la práctica celta de cortar el final de un cinturón en cuatro tiras, utilizando sólo una de ellas para la sujeción del mismo; las cuatro tiras estaban acabadas con pequeñas terminaciones decorativas. A partir de los hallazgos arqueológicos se ha conseguido determinar que el *apron* empleado por el ejército romano en las provincias de Germania solía contar con entre tres y ocho tiras de cuero, tachonadas con los mencionados discos metálicos como decoración [VON PETRIKOVITS 1967: 24]. En principio, este adnínculo se interpretó como un elemento más de protección; sin embargo, M.C. Bishop ha puesto de manifiesto la incapacidad del *apron* para actuar como un elemento defensivo<sup>42</sup>. Parece que el *apron* pudo estar más bien relacionado con la diferenciación de unidades o incluso tratarse de un elemento de prestigio<sup>43</sup>, pues el típico tintineo del mismo cuando el legionario se movía en atuendo civil dejaría claramente patente su presencia y exclusividad. A mediados del s. I el *apron* había llegado a convertirse en un elemento separado agregado generalmente al cinturón de la daga, estando algunos de ellos muy elaborados. Este elemento comenzó su decadencia a fines del s. I, desapareciendo del equipo legionario a lo largo del s. II. No tenemos constancia de ningún adnínculo similar que en el s. III viniera a cubrir la ausencia del *apron*.

### Equipamiento para la defensa

Una buena protección defensiva debe cumplir correctamente su cometido, pero además el portador de la misma debe estar convencido que esto será así y que dicha protección es adecuada y suficiente, lo que le dará mayor confianza en la lucha cuerpo a cuerpo. Así, la ventaja de un buen equipamiento defensivo era un elemento claramente considerado por los comandantes romanos; podemos mencionar, en este sentido, la arenga de Tito a sus tropas frente a Tariquea, cuando las exhortó de la siguiente forma: “Considerad que os enfrentáis completamente protegidos contra hombres que casi no tienen armadura alguna” (Josefo, *BJ* 3.9.7)<sup>44</sup>. Las protecciones defensivas, además de reforzar la moral de la tropa, también podían minar la del enemigo, bien haciéndole creer que eran más impenetrables de lo que realmente eran, o bien mediante un buen tratamiento y limpieza de las mismas, pues su brillantez habría sido una visión poco reconfortante para el adversario, que la interpretaría como un signo claro de la calidad y disciplina de las tropas que las revestían<sup>45</sup>.

Pasaremos ahora al análisis de las distintas piezas de equipo defensivo empleadas por los legionarios romanos del período objeto del presente estudio.

---

42. BISHOP 1992; en este artículo el autor pasa revista a la evidencia tanto iconográfica como arqueológica de este elemento del equipo legionario. Véase también FEUGÉRE 1993: 229.

43. *Contra*, PEREA 1996.

44. En varios pasajes más de la obra de Josefo se destaca la superioridad del legionario, perfectamente acorazado, frente a sus enemigos, generalmente armados a la ligera (*BJ* 3.110-114; 2.510-512; 6.81-88; 3.477; 5.311-317; 5.484-485, entre otros); véase también GICHON 1986: 296, y 1993: 10-12.

45. Vegecio 2.14.8; BISHOP 1990. A partir de la propia figura del *custos armorum*, queda clara la preocupación por un correcto entretenimiento de las armas en el ejército romano; el hecho de que éstas se revistaban, además de ser una virtud del buen general, está atestiguado como asunto de rutina en un documento hallado en Carlisle (Britania) relativo a una unidad de caballería de fines del s. I d.C. [TOMLIN 1999].

a) *Escudo (scutum)*

A lo largo del s. III d.C. las tropas legionarias romanas emplearon, esencialmente, dos tipos de escudo, el tradicional *scutum* legionario rectangular curvado hacia el interior característico de los ss. I y II y el escudo oval, más o menos amplio y también con curvatura hacia el interior. Con todo, no debemos perder de vista lo que mencionamos más arriba en cuanto a la uniformidad del equipo; si bien los legionarios son tradicionalmente identificados con el escudo rectangular en forma de teja propio de la Columna de Trajano<sup>46</sup>, en los arsenales de una legión estos escudos convivían con otros de formas subrectangulares, ovales y más o menos planos, incluso desde el s. I d.C.

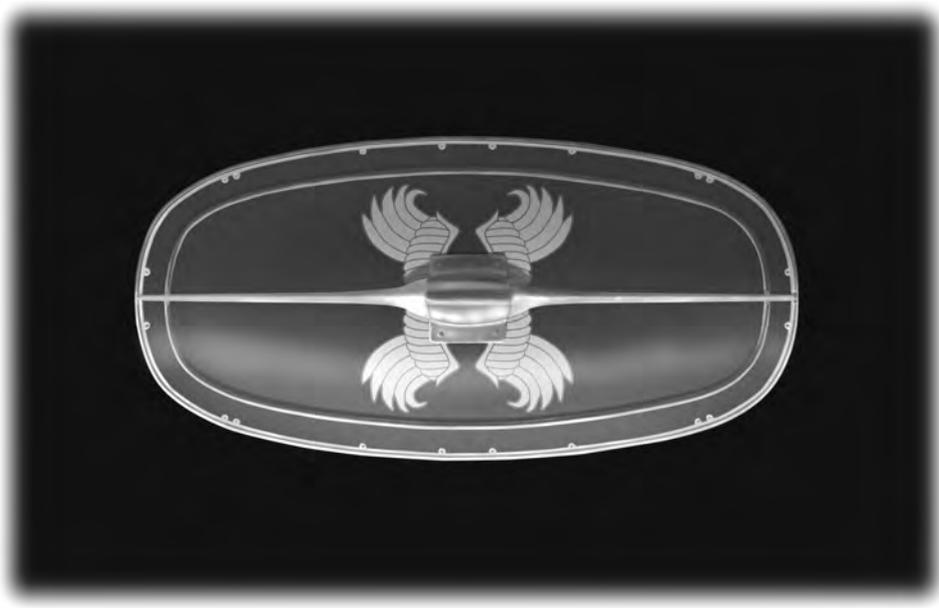
El *scutum* rectangular con forma de teja surgió tras una evolución del tradicional *scutum* itálico alargado, caracterizado por presentar una *spina* que lo recorría verticalmente a lo largo de su eje con un ensanchamiento en el centro, que actuaría además como protección para la mano del portador. La mejor descripción de este tipo de escudo nos la proporciona Polibio (s. II a.C.), descripción que tenemos la suerte de poder cotejar con toda una serie de hallazgos arqueológicos procedentes de Egipto, que la corroboran en gran parte: “El romano dispone, en primer lugar, de un escudo de superficie convexa, de dos pies y medio de anchura y de cuatro de longitud. El espesor de su reborde es, más o menos, de un palmo. Está construido mediante dos planchas circulares encoladas con pez de buey; la superficie exterior está recubierta por una capa de lino y, por debajo de ésta, por otra de cuero de ternera. En los bordes superior e inferior, este escudo tiene una orla de hierro que defiende contra golpes de espada y protege el arma misma para que no se deteriore cuando se deposita sobre el suelo. Tiene ajustada una concha metálica (*umbo*) que lo salvaguarda contra piedras, lanzas y, en general, contra choques violentos de proyectiles” (Polibio 6.23.2-5).

En cuanto a representaciones escultóricas, los mejores ejemplos de *scutum* podemos observarlos en el altar de Domicio Ahenobarbo (fines del s. II a.C.), conservado en el Museo del Louvre, así como en el monumento de Emilio Paulo en Delfos. Un ejemplar prácticamente completo fue hallado en Kasr el-Harit (El Fayûm, Egipto), y encaja perfectamente con la descripción proporcionada por Polibio (128 cm de alto por 63 cm de ancho, 2'5 cm de grosor y un peso aproximado de 10 kg)<sup>47</sup>. La primera modificación significativa de este tipo de escudo se produjo durante el principado de Augusto (27 a.C.-14 d.C.), cuando se recortaron los lados superior e inferior hasta hacerlos rectos. Durante las primeras décadas del s. I d.C. se recortó también la curvatura de los laterales<sup>48</sup>, llegando

46. Representar a los legionarios con un equipamiento estándar compuesto por *lorica segmentata* y *scutum* rectangular no sería sino un recurso del escultor para diferenciar a las tropas ciudadanas de los auxiliares no ciudadanos, que aparecen reproducidos con cotas de malla y escudos ovales planos [COULSTON 1989: 32].

47. FEUGÈRE 1993: 93-94; BISHOP 1993: 58-9; EICHBERG 1987. Una reproducción de este escudo realizada por Peter Connolly mantenía ese peso de 10 kg, al igual que las piezas manufacturadas por Junkelmann [BISHOP 1989: 19-20; JUNKELMANN 1985: 26-38].

48. BISHOP Y COULSTON 1993: 81. Ya durante el gobierno de Calígula (37-41) este modelo de escudo aparece equipando a la Guardia Pretoriana en una serie de acuñaciones conmemorativas de una *adlocutio* imperial a los soldados (*BMC* 33=*RIC*, I<sup>2</sup>, p. 110, n° 32; *RIC*, I<sup>2</sup>, p. 111, n° 40; *BMC* 68=*RIC*, I<sup>2</sup>, p. 111, n° 48) [MENÉNDEZ 2006: 91-2].



20. *Scutum* itálico de época republicana

así al diseño de escudo legionario rectangular semicilíndrico o en forma de teja. Este tipo de escudo se mantuvo en uso en el ejército romano hasta la segunda mitad del s. III, aunque nunca llegaría a gozar de exclusividad en las legiones, conviviendo, como hemos dicho, con otras formas de carácter más oval.

La continuidad de su empleo durante la primera mitad del s. III queda corroborada por el *scutum* hallado casi completo en Dura Europos, que constituye el mejor ejemplo de este tipo de escudo conservado. La pieza está elaborada a partir de tres capas de tiras de madera encoladas, las dos externas colocadas transversalmente, mientras que la central presenta una disposición longitudinal. Las medidas son 102 cm de largo por 83 cm de ancho, si bien debido a su curvatura la distancia entre ambos laterales es de 66 cm. Posee abrazadera central horizontal, aunque no se ha conservado el *umbo* metálico que la protegía<sup>49</sup>. El grosor del escudo es de 5 cm y su peso completo se ha estimado en unos 5'5 kg<sup>50</sup>. Este escudo no contaba con refuerzos metálicos en los bordes, sino de cuero<sup>51</sup>; ya mencionábamos en un trabajo precedente que este hecho, si bien puede parecer una

49. BISHOP 1993: 149-150. Para ver qué tipo de *umbo* podía haber llevado este escudo rectangular consultar KLUMBACH 1966: 176-180.

50. Goldsworthy sostiene que, aunque el escudo rectangular ofrecía más protección, lo más importante era su menor peso durante el combate y, sobre todo, durante la marcha. Así, afirma que es posible que su adopción fuera un resultado directo de la creación de un ejército profesional que insistía en que el soldado cargara con la mayor parte de su equipo personalmente [GOLDSWORTHY 1996: 211; véase también PETERSON 1996: 6].

51. Sobre las ventajas y desventajas de este tipo de refuerzos véanse: BUCKLAND 1978; SOUTHERN 1996: 101.



21. Reconstrucción del *scutum* de Dura Europos

debilidad en su construcción, no deja de ofrecer ciertas ventajas, pues, si se lucha contra un enemigo armado con espada y ésta impacta sobre el borde desprotegido, el arma puede quedar atrapada en la madera, dando así ventaja al legionario con este tipo de escudo para contraatacar antes que el enemigo consiguiera extraer su arma [MENÉNDEZ 2000: 121-2]. Por otra parte, los refuerzos metálicos no otorgaban ninguna ventaja contra proyectiles o enemigos armados de lanzas, si bien propiciaban, como ya mencionaba Polibio, un menor desgaste de la pieza. Una posible desventaja de este borde en cuero es que provocaba que el escudo perdiera eficacia en relación a uno de sus empleos en ataque, como era el de golpear el cuello del enemigo con el borde inferior del mismo (ver *infra*)<sup>52</sup>.

A pesar de este importante hallazgo, las medidas asignadas al *scutum* siguen siendo motivo de discusión. De esta forma, N. Fuentes considera que el escudo de Dura Europos era excesivamente grande y molesto como para ser llevado en las marchas, poniendo como ejemplo el tamaño más reducido de los *scuta* representados en la Columna de

52. Para este tipo de ataque estaba mejor adaptado, sin embargo, el *scutum* republicano alargado. Un golpe de este tipo puede observarse representado en el monumento a la victoria en la batalla de Pidna (168 a.C.) de Emilio Paulo, ubicado en el museo arqueológico de Delfos, donde un legionario aparece alzando su *scutum* para golpear con el borde inferior del mismo a un jinete macedonio.

Trajano<sup>53</sup>. Con todo, a partir de los trabajos de Coulston [1989; 1989<sup>2</sup>] quedó claro que los escultores de la Columna Trajana primaron la figura humana por encima de los demás elementos del relieve, por lo que las magnitudes en relación con determinadas piezas de equipo del legionario no deben tomarse al pie de la letra en estas representaciones.

Si gracias al registro arqueológico sabemos que el *scutum* rectangular permaneció en uso hasta la segunda mitad del s. III, éste desapareció progresivamente de los monumentos conmemorativos a partir de mediados del s. II d.C., siendo sustituido por escudos curvados de forma oval<sup>54</sup>. Los pretorianos, por su parte, aparecen representados en los relieves de la cancillería también con escudos ovales, pero de un tipo muy arcaizante, que recuerdan al *scutum* itálico republicano descrito más arriba [MENÉNDEZ 2006: 92]; tradicionalmente, estas piezas se han interpretado como escudos de parada, debido a su amplia y abigarrada decoración<sup>55</sup>.

Durante el s. III el escudo más empleado fue, al parecer, el de tipo oval, ligeramente curvado<sup>56</sup>. La pervivencia de los *scuta* rectangulares a lo largo de este período puede que se debiera, no obstante, a ciertas necesidades tácticas. Es posible que en esta época los escudos rectangulares sólo fueran empleados por las primeras filas de cada legión<sup>57</sup>, es decir, los denominados “*hastati*”, presentando una pared defensiva de grandes *scuta* al enemigo mientras las filas posteriores arrojaban sus proyectiles con más espacio y se preparaban para la lucha cuerpo a cuerpo<sup>58</sup>. Estas filas traseras podían estar provistas de escudo oval. Otra posibilidad es que el empleo de escudos rectangulares quedara restringido a ciertos grupos de tropas especialmente entrenadas para efectuar maniobras o formaciones particulares (por ejemplo, la *testudo*<sup>59</sup>). Además, los escudos ovales planos se adaptarían mejor a las tácticas de escudos entrelazados (*synaspismos*) que conocieron un importante auge en el ejército romano a partir del s. III<sup>60</sup>.

---

53. FUENTES 1989: 14-5; FUENTES 1991.

54. Este hecho puede constatar, por ejemplo, en la base de la Columna de Antonino Pío o en la Columna Aureliana.

55. Que existía una clara diferencia en el equipamiento de los diferentes cuerpos de tropas queda patente en el siguiente pasaje de Tácito: “[Otón] ordenó abrir el arsenal. Al instante echaron mano de las armas, sin seguir la costumbre y ordenanza militar, de manera que el pretoriano o el legionario se distinguieran por sus insignias. Se mezclan tras proveerse de yelmos y escudos de los auxiliares, sin que ninguno de los tribunos o centuriones se lo ordenara y haciendo cada cual de jefe e instigador de sí mismo” (*Hist.* 1.38.3).

56. Como muestran, entre otras evidencias, la conocida como estela de *Aufidius*, los frescos de la sinagoga de Dura Europos, los fragmentos de escudo de este tipo hallados en la misma fortaleza, etc.

57. Volvemos aquí, de nuevo, a la posibilidad de una recuperación parcial de la división tradicional de la legión republicana en *hastati*, *principes* y *pili* (*triarii*).

58. Esta táctica de proteger a los tiradores tras una pantalla de lanceros con grandes escudos (*sparabara*) puede rastrearse ya en el ejército persa de los ss. VI-V a.C. [SEKUNDA 1992: 22-3], por lo que no se trataría en rigor de una invención romana, sino de una posible adaptación de este tipo de tácticas propias de la infantería oriental de época clásica.

59. *Vid.* Dion Casio 49.30, donde se describe la *testudo* con los legionarios de la primera fila e hileras exteriores equipados de escudo rectangular semicilíndrico, mientras los soldados del interior de la *testudo* estaban provistos de escudos planos.

60. Véase MENÉNDEZ 2000<sup>2</sup>.



22. Escudo oval basado en una pieza procedente de Dura Europos

Los escudos disponían, también, de sus respectivas fundas, generalmente de cuero, empleadas para protegerlos del ataque de los agentes medioambientales [BISHOP 1993: 82]. Durante las marchas los escudos solían ir cubiertos con estos forros, que contaban con correas y anclajes para facilitar su transporte a la espalda del soldado. El hecho de proteger al escudo de la lluvia y la humedad no era un asunto menor, pues su entramado de madera podía doblar su peso si se empapaba. Puesto que, probablemente, la funda estaría untada con aceite (para impermeabilizarla) el color sería marrón oscuro. Restos fragmentarios de cubiertas originales, a veces, muestran apliques de tela, que representarían las designaciones y diseños característicos de las unidades<sup>61</sup>.

Los escudos romanos estaban provistos de *umbo* circular de metal en el centro<sup>62</sup>, por lo que estaban pensados para la lucha individual cuerpo a cuerpo y no eran aptos para acometer una táctica de falange de estilo griego, es decir, no servían para empujar unas filas sobre otras. Además, el escudo no era sólo un elemento defensivo, sino que podía emplearse en ciertas ocasiones como recurso ofensivo; en efecto, el escudo podía usarse

61. PETERSON 1996: 69. Se han hallado incluso restos de la funda de cuero de un escudo redondo propio de los portaestandartes [VAN DRIEL-MURRAY 1989].

62. A veces podían tomar formas más decorativas que la exclusivamente redondeada, como muestra una escultura de legionario hallada en *Apulum* (Alba Iulia) y fechada en el s. III d.C., en la que el *umbo* del *scutum* tiene forma de cabeza de Górgona [COULSTON 1995].

con el fin de empujar al enemigo e intentar derribarlo para, a continuación, rematarlo en tierra; el *umbo* de metal también podía servir como arma contundente, utilizándolo para golpear la cara del contrario y dejarlo conmocionado durante unos instantes vitales en los que se podía decidir a favor del legionario ese combate individual; este último movimiento podía ser altamente efectivo pues, o bien alcanzaba su objetivo, propinando un golpe contundente, o bien obligaba al enemigo a protegerse la cara, levantando a su vez su escudo y permitiendo al legionario acometer el bajo vientre, en parte desprotegido, mediante una estocada que solía ser fatal. Otro movimiento de ataque, ya mencionado más arriba, era emplear el borde inferior del escudo para golpear la garganta del contrario, cargando con el escudo en horizontal como una especie de ariete, para lo que estaría mejor adaptado un escudo oval que uno rectangular. Este tipo de ataque era ya conocido y empleado en época republicana.

Los portaestandartes legionarios, por su parte, ante la dificultad de manejar la enseña con un escudo más grande, portaban un tipo de broquel circular más pequeño (*parma*), si bien éste sólo habría sido empleado en las más graves circunstancias, pues para su defensa dependían en buena medida de sus camaradas, que lo protegían sobremanera para que la enseña no cayera en manos enemigas.

Por último, el escudo era también un importante elemento de identidad en el ejército romano. En ellos se rotulaba el nombre, la centuria y legión de cada soldado y puede que emplearan esquemas de color y diseños particulares para identificar cohortes y legiones [BISHOP 1990]. En este sentido, Tácito cuenta cómo dos legionarios durante la segunda batalla de Cremona (69 d.C.) pasaron desapercibidos ante las fuerzas adversarias simplemente cogiendo un par de escudos enemigos tirados en el campo de batalla (*Hist.* 3.23).

Como conclusión puede decirse que el escudo rectangular con forma semicilíndrica sólo fue empleado por los legionarios, aunque coexistiendo con otras formas más próximas a la oval, que son las que alcanzaron la supremacía durante el s. III. Por su parte, los auxiliares del ejército altoimperial utilizaban escudos planos, de construcción más simple, con formas que variaban de la oval a la hexagonal, sin que pueda limitarse una u otra a la infantería o a la caballería (Tácito, *Hist.* 1.38.3).

#### b) Casco (*galea*)

Para contar con mayor número de elementos de juicio a la hora de analizar las protecciones de cabeza de los legionarios entre finales del s. II y comienzos del s. IV, creemos necesario esbozar la evolución de esta pieza de equipo desde finales del período republicano, pues el casco constituye uno de los elementos esenciales para entender el método de combate de la infantería pesada romana. En efecto, el casco legionario propio del último siglo de la República era el denominado “Montefortino”<sup>63</sup>, que se habría mantenido en servicio hasta bien entrado el s. I d.C. Estaba realizado en bronce y el casquete

---

63. ROBINSON 1975: 13-25. Un ejemplar de este tipo de casco fechado a fines del s. III a.C. ha sido hallado muy cerca de Sevilla, conectándose con las operaciones de Escipión Africano en el Sur de la Península [CABALLOS 1993].

tenía forma de media naranja, con amplias carrilleras y una protuberancia superior para el penacho. Su característica esencial era la sencillez de elaboración y su facilidad para la producción en serie. Este hecho es importante ante el gran incremento que experimentó el ejército romano durante la República media, cuando los enfrenamientos con Cartago y en Oriente supusieron el salto imperial de Roma, con la consiguiente necesidad de equipar rápidamente a un creciente número de tropas. Un problema similar se le plantearía a fines del s. III d.C. a Diocleciano, siendo la solución en este caso la fabricación en serie de los cascos denominados de segmentos, entre los que cabría destacar los tipos “Spangenhelm” e “Intercissa” (ver *infra*). Con todo, el Montefortino era superado en calidad por los yelmos galos, por lo que fue sustituyéndose de forma progresiva a partir de Augusto, si bien la forma de este casco perviviría hasta finales de la dinastía Julio-Claudia [HARMAND 1987].

Desde el reinado de Augusto, tres serían los tipos de casco que se iban a emplear en el ejército romano y que, conociendo períodos de convivencia en los arsenales, se irían sucediendo: el tipo Buggenum, el Hagenau y el modelo Weisenau. El primero de ellos se caracterizaba por un cuerpo de perfil ojival y una protuberancia hueca en la parte superior; presentaba un pequeño cubrenuca en ángulo más pronunciado que los yelmos “Montefortino” precedentes [FEUGÈRE 1994: 49, 79-80]. Los hallazgos de este tipo de casco muestran que se encontraba en uso hacia el cambio de era, antes del desastre de Teutoburgo (9 d.C.) y el abandono del campamento legionario de Haltern (Germania). El tipo “Buggenum” parece que fue creado poco antes de la muerte de César, perpetuando el perfil del casco republicano tradicional (Montefortino); de hecho, recuerda fuertemente a sus predecesores, con los cuales ha sido confundido a veces. La cronología de empleo del tipo Buggenum se limita a los años 50 a.C.-10 d.C.

Por otra parte, a lo largo del s. I d.C. fueron dos las corrientes que más influyeron en la elaboración de cascos para las legiones, la de origen galo y la italiana, que dieron lugar, respectivamente, a los modelos “gálicos imperiales” e “itálicos imperiales” (más conservadores). Los orígenes de la corriente de yelmos denominados por Robinson “Gálicos Imperiales” estarían situados a finales del reinado de Augusto [1975: 45]; no obstante, estos modelos sólo conocen una expansión importante a partir de mediados del s. I d.C. si bien convivieron, como hemos visto, con otros tipos previamente analizados. Lo primero que cabría destacar de estos cascos de influencia celta es su elaboración completamente en hierro y que su diseño derivaría de los yelmos galos del tipo “Agen/Port” con los que el ejército romano entró en contacto por primera vez a partir de época de César [CONNOLLY 1989].

El tipo *Coolus* fue el primer diseño galo adoptado por el ejército romano a comienzos del Imperio [ROBINSON 1975: 26-41]. Este tipo de casco, realizado en bronce o hierro, también se caracterizaba por su sencilla ejecución y, al igual que el Montefortino, poseía una protuberancia superior para la fijación de una cimera. Las representaciones artísticas de este tipo de yelmo se concentran, principalmente, en el período comprendido entre fines del reinado de Augusto y comienzos de la época Flavia, conviviendo así con otros modelos de casco como el mencionado Montefortino o los tipos “gálicos imperiales”. El límite de su empleo se situaría aproximadamente en el reinado de Vespasiano (69-79 d.C.). Pero el ejército romano no tardó en poner en servicio un nuevo modelo de casco

mejor adaptado a sus necesidades de conquista en territorio bárbaro y a técnicas de combate diferentes, el tipo Hagenau. Estaba fabricado en una sola pieza y presentaba un amplio cubrenuca perpendicular, así como un sólido refuerzo frontal fijado en los temporales; las carrilleras de estos cascos en forma de grandes placas redondeadas en la base y proyectadas hacia delante contribuían a una buena protección de la cara del soldado [FEUGÈRE 1994: 81-2]. El casco de tipo Hagenau más antiguo conocido fue hallado en Haltern y fechado hacia 9 d.C. La mayor parte de los hallazgos se datan en época claudio-neroniana (41-68 d.C.) y los ejemplares más recientes no sobrepasan la década de 70 d.C. Sus características evolucionan, como el cubrenuca, que en los últimos modelos es tres veces más grande que en los iniciales [FEUGÈRE 1994: 85].

Por su parte, el tipo Weisenau apareció también a comienzos del principado y era el heredero directo del tipo Agen/Port [CONNOLLY 1989]. Estaba fabricado exclusivamente en hierro (con algunas excepciones, sin duda tardías, en bronce) se distingue por la construcción de casquete y cubrenuca en una sola pieza, así como por la existencia de un hueco para las orejas, generalmente reforzado por una banda ribeteada. En la parte frontal presenta “cejas” y un masivo refuerzo, como en el tipo Hagenau, fijado a los temporales. Algunos ejemplares de esta serie particularmente cuidados llevan elementos decorativos en latón, cobre rojo, plata o esmalte. En ocasiones se ha atestiguado un sistema de fijación de cimera mediante estribo central amovible. Algunas tumbas de Eslovenia permiten situar la aparición de este casco en los primeros años del principado de Augusto. Tanto el tipo Hagenau como el Weisenau debieron aparecer en el mismo período, como consecuencia de una reforma militar [FEUGÈRE 1994: 91]. Pero mientras que el tipo Hagenau entró en desuso a fines del s. I d.C., el modelo Weisenau se mantuvo durante los siglos II y III, viendo probablemente muy extendido su empleo. La Columna Trajana permite datar a comienzos del s. II d.C. una innovación capital en la forma del casco de Weisenau; se trata de dos refuerzos externos que se cruzan en la parte superior del yelmo. La evolución tardía de este tipo de casco y la historia de su abandono son mal conocidas. Los últimos representantes de la serie están provistos de bandas cruzadas sobre el casquete y hacen gala de una amplia decoración de apliques en bronce o en latón.

Estos modelos gálicos, cuya evolución no se detuvo hasta bien entrado el s. II<sup>64</sup>, se caracterizaban, por tanto, por poseer “cejas” decorativas sobre el protector frontal, carrilleras decoradas y amplio cubrenuca para proteger el cuello y los hombros del soldado. La gran mayoría de estas piezas serían fabricadas en hierro por armeros galos, perfectamente conocedores de las técnicas y de las características de manufacturación de estos modelos en hierro ahora suministrados a los legionarios romanos. Por contra, los denominados como “itálicos imperiales” serían, según Robinson, producto de talleres italianos y estarían elaborados principalmente en bronce.

Los cascos elaborados en Italia a lo largo del s. I d.C. tienen una factura muy similar a los del tipo que acabamos de analizar. Amplias carrilleras y cubrenuca protegían perfectamente la cara y cuello del soldado, a lo que habría que añadir el refuerzo frontal, que se convierte en característica de todos los yelmos legionarios desde finales del principado

---

64. Robinson [1975: 51-61] distingue no menos de 11 tipos de este modelo de casco con el último de ellos, el “K”, fechado en el primer cuarto del s. II d.C.

de Augusto. Cabe destacar dentro de este grupo el casco procedente de Hebrón (Israel) [ROBINSON 1975: 71-3], elaborado en hierro y datado en la primera mitad del s. II, que presenta como novedad unos refuerzos cruzados sobre la parte superior similares a los que pueden observarse en la Columna de Trajano.

Sin embargo, ambas tendencias se acabaron fundiendo a comienzos del s. II [CONNOLLY 1981<sup>2</sup>: 49; 1981: 228], cuando comenzó también a apreciarse un mayor grado de estandarización y simplificación (algo claramente visible en las piezas de equipo militar halladas que datan de este período) [ROBINSON 1975: 61]. De hecho, según S. James, los elementos de equipo romano hallados en Dura Europos y fechados como pertenecientes a los siglos II y III en forma y estilo (decoración de vainas o cascos) no sólo son muy parecidos a los de las fronteras europeas, sino que prácticamente son indistinguibles; esto constituye una evidencia impresionante del grado de estandarización que se alcanzó en el equipamiento del ejército desde el s. II de un extremo al otro del Imperio (sin que podamos hablar, no obstante, de absoluta uniformidad) [JAMES 1990].

Los últimos tipos del modelo “imperial” se mantuvieron en dotación en las legiones hasta comienzos del s. III d.C., como muestran algunas piezas conservadas entre las que destaca el casco legionario procedente de Niedermörmter (tipo “H” de R. Robinson), el último de los representantes de la longeva tipología Weisenau que ha dado nombre a una nueva subtipología. Los cascos de tipo Weisenau-Niedermörmter, como todos los modelos altoimperiales enumerados, están realizados en una sola pieza, a la que se añadían cubrenuca, refuerzos frontales y superiores, y protectores auriculares. La función de cada uno de estos añadidos era proporcionar una mayor seguridad al portador del casco, pues el refuerzo frontal protegía contra golpes descendentes de espada, colocándose durante el s. III cada vez más hacia arriba y marcando un punto de ruptura claro con los cascos de períodos precedentes, en los que dicho refuerzo se encontraba justo sobre la frente; de forma parecida actuarían los refuerzos superiores y los protectores auriculares; finalmente, el cubrenuca protegía el cuello, nuca y parte de los hombros.

El casco de Niedermörmter conservado en el museo de Bonn y fechado hacia 200 d.C. está elaborado en bronce<sup>65</sup>, con los ornamentos aplicados en su posición mediante soldadura. Posee una amplia extensión trasera hasta llegar al cubrenuca, de ángulo pronunciado y sección ligeramente convexa; este cubrenuca es el más amplio de todos los cascos legionarios conservados. No se han hallado las carrilleras, pero, por analogía con los cascos contemporáneos de la caballería, éstas serían bastante amplias, dejando al descubierto sólo ojos, nariz y boca. El casco está provisto de un asa situada en la parte externa central del cubrenuca<sup>66</sup>. La *tabula ansata* (cartela) del cubrenuca muestra que pertenecía a un legionario de la XXX *Vlpia Victrix*.

Durante el s. III comenzó a difundirse un modelo de casco que, caracterizado por su pragmatismo, sencillez y bajo coste de producción se mantuvo en uso en Europa durante toda la Antigüedad Tardía: nos estamos refiriendo al tipo “Spangenhelm” [BÖHNER 1994: 472-532].

---

65. El hierro también podía emplearse en este tipo de yelmos, si bien era más difícil y costoso de trabajar.

66. ROBINSON 1975: 73-74; BISHOP 1993: 117-8.



23. Casco tipo Weisenau-Niedermörmter (fines del s. II/comienzos del s. III d.C.)

Este yelmo destaca por su construcción en segmentos, generalmente cuatro (o seis), unidos entre sí, lo que facilitaba su producción en serie. Contaban con carrilleras articuladas y podían o no tener cubrenuca, que no se proyectaba hacia atrás, sino que caía directamente sobre el cogote (a veces, esta función la cubría una pieza de malla añadida a la parte trasera del casco). Los precedentes de este tipo de yelmo podemos observarlos a comienzos del s. II d.C. representados en la columna Trajana, bien como piezas de equipo arrebatadas a dacios y sármatas, o bien portados por los arqueros sirios del ejército romano. Estas evidencias podrían mostrar la existencia de una tradición de construcción de *Spangenhelm* en el Oriente Romano ya hacia el 100 d.C., o bien una producción local del área danubiana (la más probable). Dos de estos yelmos, datados en la segunda mitad del



24. Casco tipo Weisenau-Niedermörmter

s. III proceden de Deir el-Medineh (Egipto)<sup>67</sup>; estos cascos, además, serían de un modelo similar al de los cascos representados en el Arco de Galerio en Tesalónica [LAUBSCHER 1975]; uno de ellos es de un tipo mucho más elaborado que el otro, con amplias carrilleras y cubrenuca articulado que protegen completamente la cara y el cuello del portador; también posee un protector nasal, aditamentos todos ellos de los que carece el segundo de los cascos de Deir el-Medineh, caracterizado por sus dos carrilleras simples.

---

67. Para los orígenes orientales de estos nuevos modelos de cascos así como de los más tardíos de tipo Intercissa (s. IV), véase JAMES 1986; el autor otorga al *Spangenhelm* un origen danubiano (sármata), mientras los propios del s. IV, caracterizados por su cresta longitudinal que unía las dos mitades del casco, habría que relacionarlos con tipos de origen parto-sasánida. Véase, también, BRZEZINSKI 2002: 22-23.



25. Arco de Galerio en Tesalónica (comienzos s. IV)

Por último, durante el s. III la infantería también empleó tipos de casco muy similares a los de la caballería, como quedó mencionado más arriba al hablar del supuesto abandono de las protecciones corporales durante el s. III. En este sentido cabe traer a colación los cascos de tipo “Niederbieber” y “Heddernheim” (ss. II-III), que prolongan en el tiempo la evolución del tipo Weisenau, pero con un casquete que rodea ampliamente el cráneo<sup>68</sup>, descendiendo por delante hasta las cejas y por detrás hasta la raíz del pelo. Los refuerzos, cuando existen, adquieren una eficacia incrementada por su posición en diagonal. Algunos de ellos se fabricaron en bronce, pero la mayor parte asocian un casquete en hierro a elementos añadidos en bronce. La mayoría de estos cascos poseen lazos tipológicos y estilísticos evidentes con los de la caballería.

Para concluir este apartado, hay que decir que los modelos de cascos legionarios de los dos primeros siglos del Imperio se abandonaron paulatinamente hacia mediados del s. III (250-260); de estos modelos en casquete de una sola pieza y cuidadosamente elaborados por artesanos independientes se pasaría a un nuevo sistema que iba a desembocar, eventualmente, en las *fabricae* imperiales a partir de Diocleciano, con las que éste intentó paliar el rápido deterioro de las estructuras tradicionales de producción<sup>69</sup>.

68. De hecho, Julio Africano deja entrever las quejas de los legionarios de mediados del s. III debido a las limitaciones en el movimiento de la cabeza que imponían este tipo de cascos (*Cesti* 1.1.50-52.788-80).

69. Vid *supra*. FEUGÈRE 1993: 123; JAMES 1988.



26. Casco de tipo Heddernheim

El casco no se llevaba directamente sobre la cabeza, sino que éste estaría provisto de algún tipo de forro interno en cuero o fieltro, algo que indica para ciertos modelos (sobre todo tardíos) un ribete de perforaciones<sup>70</sup>. Una solución más bien complementaria en

---

70. Se han atestiguado restos de recubrimiento interior en un ejemplar de casco hallado en *Brigetio*; otros yelmos no directamente relacionados con el ejército romano también presentan forro interno de tela, como el ejemplar galo fechado en el s. I a.C. y conservado en el Schweiz Landesmuseum de Zurich [WILCOX 2009:



27. Casco de tipo Niederbieber

lugar de alternativa sería llevar bajo el casco una especie de gorro ligero, el *pilleus* (= *pilos*), cuyo origen puede rastrearse ya en el empleo del gorro de tipo “pilos” por parte de los hoplitas griegos del período clásico; este tipo de prenda, cuyo significado es simplemente “fieltro”, podía adoptar diversas formas y, al menos en el caso de los lacedemonios, dio lugar a un tipo de casco basado en su forma cónica [SEKUNDA 2009: 35; SEKUNDA 2009<sup>2</sup>: 16]; el empleo del *pilleus* queda atestigüado para el s. IV tanto por Amiano Marcelino (*Historiae* 19.8) como por Vegetio<sup>71</sup>, por lo que es muy probable que éste u otro elemento parecido también se empleara en períodos precedentes.

Es posible, asimismo, que los cascos legionarios también dispusieran de algún tipo de funda en cuero para protegerlos de las inclemencias, de la misma forma que se hacía con los escudos. De hecho, en el Arco de Severo aparecen legionarios (ante-

riormente identificados como prisioneros partos) con el casco cubierto por un gorro frigio, probablemente en cuero. Su utilización obedecería a razones eminentemente prácticas, como la de evitar un excesivo calentamiento del metal del casco en regiones especialmente tórridas como aquéllas en las que se desarrollaron las campañas contra los partos en época de Severo [CHIARUCCI 2006: 85]. Además, en un pasaje de Plutarco referido a la batalla de Tigranocerta (69 a.C.) en Armenia contra Tigranes, un ministro de este último instruye al rey en los usos de guerra romanos afirmando que “cuando estos soldados se encuentran en orden de marcha, no llevan una armadura brillante, ni los escudos ni los cascos bien pulidos y descubiertos, como van ahora que han quitado las fundas de cuero a su armadura. No, este esplendor significa que van a luchar y que están avanzando hacia el enemigo” (*Lúculo* 27.5).

### c) Coraza (*lorica*)

Las protecciones corporales favorecen mucho el cuerpo a cuerpo de la infantería pesada, dando además la posibilidad al soldado de arriesgar algo más en combate. Así, la coraza debe ser lo suficientemente resistente para proporcionar cierta seguridad a su

19]; puede concluirse, de este modo, que dicha práctica habría sido perfectamente conocida entre las tropas romanas desde fines de la República y durante toda la época imperial.

71. “Hasta nuestro tiempo llevaron continuamente los soldados gorras de piel llamadas panónicas, a fin de que en las batallas no sintiesen el peso de los cascos, hechos ya a llegar siempre algún peso en la cabeza”, *Epit.* 1.20.

portador, pero no debe impedirle al infante un movimiento fluido en el combate<sup>72</sup>. De este modo, es necesario mantener una buena proporción en la ecuación movilidad-protección, pues de nada sirve un soldado perfectamente acorazado contra todo tipo de armas si no puede enfrentarse con garantías en la línea de batalla a un enemigo menos protegido que él pero más rápido de movimientos<sup>73</sup>. La coraza constituía un elemento fundamental del equipamiento del legionario romano a lo largo de los dos primeros siglos del Imperio, característica que continuó durante el tercero, pues el legionario seguía siendo, esencialmente, un soldado de infantería pesada, cuya misión básica era enfrentarse a la línea de infantería pesada del enemigo y derrotarla.

Los tres tipos de coraza empleadas por los legionarios romanos desde fines del s. II hasta comienzos del s. IV fueron la cota de mallas (*lorica hamata*), la coraza de escamas (*lorica squamata*) y la armadura de placas (*lorica segmentata*).

La *lorica hamata* (cota de malla) es un tipo de coraza elaborada a partir de pequeños anillos de metal enlazados entre sí que cubre por completo el tronco de su portador y que podía extenderse por debajo de la cintura hasta los muslos. En el s. I d.C. se dividían, según las protecciones de los hombros, en dos tipos, las que seguían el modelo galo (pequeña capa que cubría los hombros sobre el cuerpo principal de la coraza) y aquellas más influidas por modelos helenísticos, con hombreras rectas similares a las corazas de lino de tipo griego [ROBINSON 1975: 164-173] (este modelo es el que aparece representado en el Altar de Domicio Ahenobarbo, finales del s. II a.C., así como en el Arco de Orange, de época de Tiberio 14-37 d.C.). Durante el s. II d.C. las cotas de malla se simplificaron, perdiendo esas hombreras características de comienzos del Imperio. A lo largo del s. III, según se desprende de algunas representaciones, por ejemplo los frescos de la sinagoga de Dura Europos ya mencionados, las cotas de malla alargaron sus mangas, a veces hasta llegar a las muñecas, protegiendo así completamente ambos brazos; también puede observarse la extensión por arriba de la cota hasta la cabeza, llegando a cubrirla como una especie de cofia<sup>74</sup> [COULSTON 1990: 144]. En el registro arqueológico poseemos, dentro de la propia Dura Europos, una cota de malla completa cuyas mangas llegan hasta los codos y cuya parte inferior se extiende justo hasta la cintura [SOUTHERN 1996: 96]. No obstante, carecemos de datos suficientes para conocer el grado de extensión tanto geográfica como temporal de estos avances en las cotas de malla.

Una variante de la cota de malla era la denominada *lorica plumata*. Este tipo de coraza se caracterizaba por incorporar pequeñas escamas de metal al cuerpo principal de la malla. Robinson [1975: 173] sugirió que la denominación de *plumata* se le dio debido a su similitud con las plumas de un pájaro [BISHOP 1989: 32; BISHOP 1993: 85]. El material empleado para ambos tipos de elementos solía ser el bronce, si bien existe evidencia arqueológica de que este tipo de corazas podían estar elaboradas sólo en hierro [PRICE 1989].

---

72. Ese efecto moral de la coraza era especialmente valorado por Vegetio (*Epit.* 1.20), que abogaba por su reintroducción en la infantería romana de fines del s. IV.

73. Nos referimos aquí a la infantería pesada, concebida para el combate cuerpo a cuerpo, y no a la infantería ligera, uno de cuyos requisitos básicos es la movilidad.

74. Este tipo de protección era muy similar a la que se extendió entre los caballeros europeos a lo largo de la Plena Edad Media; estos caballeros, sin embargo, portaban sobre esa cofia de malla un casco completo, por lo que es posible que los soldados representados en la sinagoga de Dura Europos también revistieran un yelmo en combate.

Las cotas de malla solían ser bastante pesadas, oscilando los datos, según diferentes autores, entre ocho y catorce kilogramos. La mayor parte de este peso descansaría sobre los hombros, si bien el cinturón del legionario sujetaba la coraza a la altura de las caderas. Este cinturón tenía una doble finalidad, por una parte, ayudaba, una vez bien apretado, a repartir el peso de la cota de malla entre los hombros y la cintura y, por otra, evitaba que durante el combate la cota estuviera excesivamente suelta y dificultara las evoluciones del soldado. En cuanto a sus características defensivas, la malla ofrecía una aceptable protección contra los golpes de punta y una buena protección contra los de filo. Con todo, el propio impulso de la espada podía hacer que los anillos de la malla atravesaran la vestimenta interior del soldado y se clavasen en su piel, provocando pequeñas heridas. Para evitar este tipo de problemas, así como los derivados del roce de la malla con la ropa y la piel es muy probable que se empleara de forma generalizada una especie de vestimenta protectora bajo la coraza (el ya mencionado *thoracomachus*) (*De Rebus Bellicis* 15.1). La malla también ofrecía una protección muy buena contra las flechas y proyectiles ligeros, dependiendo, no obstante, de la distancia y la capacidad de penetración del arco [BIVAR 1972].

Durante la época romana, el sistema de fabricación de malla más empleado parece haber sido el de troquelado, según el cual la malla se obtenía a partir de anillos abiertos y cerrados elaborados de modo diferente. Los anillos cerrados se fabricaban a partir de troqueles golpeados sobre una plancha metálica del grosor requerido; las dimensiones podían oscilar entre 4 y 7 mm. de diámetro<sup>75</sup>. A continuación, para entrelazarlos, se fabricaban anillos abiertos partiendo de un alambre de hierro, que se doblaba y remachaba una vez engarzado en su posición. Cada anillo remachado engarzaba con otros cuatro anillos cerrados, dos en su parte inferior y otros dos en su parte superior. Ambos tipos de anillos iban sucediéndose y combinándose hasta formar la pieza de malla requerida. Este sistema de fabricación puede dar idea del trabajo que supondría elaborar una coraza completa, así como el tiempo empleado en la misma [SIM 1997], de ahí que pueda decirse que no era precisamente un modelo de protección corporal barata (aunque también dependería de la calidad de los materiales empleados, de la pericia de los armeros y del nivel de acabado requerido).

Otro de los problemas de la malla era la necesidad de artesanos más o menos especializados para atender a su mantenimiento, sobre todo en desperfectos amplios producidos en combate. El propio soldado, dependiendo de su mayor o menor pericia, podía intentar su reparación en campaña como último recurso, si bien éste no podía ser sino un expediente circunstancial hasta la reparación definitiva en el taller. Podemos concluir afirmando que era una protección corporal bastante aceptable, e incluso algunos autores, como Robinson [1972: 24-35], la consideran la mejor de la Antigüedad, si bien su peso, así como la dificultad de fabricación y mantenimiento eran serias desventajas a tener en cuenta.

La *lorica squamata* (coraza de escamas) se caracterizaba por la aplicación de pequeñas piezas de metal con forma de escamas más o menos grandes, engarzadas entre sí, a una pieza inferior (de lino o cuero), que actuaba como base para mantenerlas en posición. Tenía un corte muy similar a la cota de malla, pero no otorgaba a su portador

---

75. Como muestran los anillos de restos de malla conservados procedentes de Housesteads (Muro de Adriano), Saalburg (Germania) o Carnuntum (Panonia).

una movilidad tan amplia como la primera. Por otra parte, sus cualidades defensivas eran bastante inferiores a las de la malla. A pesar de ello, este tipo de protección fue empleada tanto por legionarios como por auxiliares durante el s. II d.C., extendiéndose bastante a lo largo del s. III<sup>76</sup>. La diferencia habría que buscarla en el material utilizado, pues mientras entre las tropas legionarias estaría más extendido el hierro, entre los auxiliares sería el bronce el material de elaboración de este tipo de protecciones. Por otra parte, el empleo de la *squamata*, tanto por auxiliares como por legionarios, puede rastrearse en algunas zonas del Imperio, como la Dacia, ya desde los primeros años del s. II d.C. [DAWSON 1989: 350]. La ventaja que podía ofrecer la cota de escamas respecto a otros tipos de coraza era fundamentalmente su bajo coste y facilidad de fabricación y mantenimiento, que no requería artesanos especializados y que podía ser reparada por los propios soldados. En este sentido, forjar y cortar las planchas de bronce o hierro y montarlas sobre una base textil o de cuero era más una cuestión de paciencia que de pericia técnica. Eso significaba que la cota de escamas podía producirse a un coste mucho más bajo que la malla o la coraza de placas (*lorica segmentata*), que sólo podían ser manufacturadas por artesanos especializados. Esto ha provocado que algunos autores, como Robinson [1972: 30-5; 1975: 153], llegasen a afirmar que la coraza de escamas sería la protección defensiva ideal, en particular cuando miles de soldados tenían que ser equipados eficazmente pero a un coste lo más reducido posible<sup>77</sup>. Una ventaja de índole moral que este tipo de coraza proporcionaba era que podía pulirse hasta hacerla brillar de tal forma que, por una parte, el enemigo pudiera sentirse intimidado y, por otra, el soldado que la revistiera se sintiese orgulloso de su propia apariencia y de la de sus camaradas; de este modo, estaría también deseoso de hacer honor a su imagen y probar su valía en el campo de batalla. Por otra parte, este pulimentado no sería sólo ornamental, sino que favorecería la conservación de la pieza en su conjunto y evitaría la corrosión.

La elaboración de este tipo de corazas podía ser diferente según las necesidades, el coste y la pericia del fabricante. Las escamas podían ir engarzadas en paralelo unas junto a otras y unidas a la base, solapando cada hilera a la que se encontraba por debajo, o bien podían contar con cuatro series de incisiones que las unían tanto a las piezas de los laterales como a las de la parte superior e inferior de la misma, lo que le daba mayor sujeción y seguridad de engarce, si bien le restaban flexibilidad. Por lo que respecta al tamaño, las escamas podían oscilar entre piezas bastante pequeñas de 2'8 cm de largo por 1'4 de ancho hasta otras de 8 cm de largo por 5'4 de ancho. En cuanto a las formas, éstas podían ser muy variadas, terminando la parte inferior en punta, en forma redondeada o en línea recta<sup>78</sup>. A título de ejemplo, puede mencionarse que, para la realización de una cota de escamas completa como la hallada en Carpow (Britania) (escamas de 14'2 mm de largo por 9'9 mm de ancho y 0.5 mm de grosor), serían necesarias 14.000 piezas, lo que daría un peso total de 3'2 kg; por contra, para la elaboración de una coraza de escamas como las halladas en Dura Europos (Siria) (9 mm por 6'5 mm por 0'25 mm) se necesitarían 47.000 escamas [CLEMETSON 1993: 9].

---

76. Llegó incluso a convertirse en la armadura propia de los pretorianos (*vid.* Dion Casio 79.37.4; autor que confirma este hecho para 218 d.C., durante el gobierno de Macrino) [MENÉNDEZ 2006: 103-105].

77. El coste del equipo era un problema tan importante en la Antigüedad como lo es hoy en día, por lo que se trata de una consideración bastante a tener en cuenta.

78. ROBINSON 1975: 154; WILD 1981; COULSTON 1992; CLEMETSON 1993.

Por lo que respecta a la *lorica segmentata* (coraza de placas), hay que destacar, en primer lugar, que el término que empleamos para designar este tipo de coraza y que se ha hecho tan común no proviene de las fuentes antiguas, sino que tiene su origen en el Renacimiento<sup>79</sup>. La *lorica segmentata* es un tipo de coraza formada por placas de metal rígido, unidas entre sí mediante tiras de cuero interiores para mantenerlas en posición, que protegía el tronco del soldado desde la cintura hasta el cuello, con piezas adaptadas también para proteger los hombros. Este tipo de coraza es la que tradicionalmente se ha asociado con las tropas legionarias, tal y como podemos observar en los grandes monumentos conmemorativos de la capital del Imperio (Columna Trajana [CICHORIUS 1900], fragmentos del Gran Friso de Trajano [LEANDER 1987], base de la Columna Antonina<sup>80</sup>, Columna Aureliana [PETERSEN 1896], Arco de Septimio Severo [BRILLIANT 1967] y relieves de época de Marco Aurelio incorporados en el Arco de Constantino). Es cierto que su empleo quedaba restringido a las legiones, sin embargo, su extensión no fue tan universal como pudiera parecer<sup>81</sup> y coexistió con los tipos de coraza analizados más arriba<sup>82</sup>.

Hoy día sabemos que la coraza de placas es varios decenios anterior a las fechas tradicionalmente propuestas para su introducción, que iban desde el segundo tercio del s. I d.C. hasta la conquista de Britania por Claudio<sup>83</sup>. Así, el origen de esta coraza hay que adelantarla al último período del principado de Augusto, como han puesto de manifiesto los hallazgos de Kalkriese. En esta zona de la antigua *Germania Libera* se ha identificado de forma definitiva el desastre de Varo de 9 d.C. en el que fueron aniquiladas las legiones XVII, XVIII y XIX.

Con anterioridad se quiso conectar el desarrollo de esta coraza articulada al equipo gladiatorio, aduciéndose un pasaje de Tácito respecto a los gladiadores de la ciudad de Autún (*Augustodunum*), reclutados durante la revuelta de Floro y Sacrovir para enfrentarse a las legiones<sup>84</sup>. Éstos sólo pudieron ser derribados cuando los legionarios emplearon

79. M. Simkins [1990: 11] propone la denominación de *lorica laminata*, en lugar de *segmentata*, pues etimológicamente esta última parece que tendría poco que ver con las protecciones corporales.

80. La decoración escultórica se limitaba exclusivamente a la base [cf. COARELLI 1980: 303-4; TURCAN 1995: 192; TARPIN 2001: 287].

81. MENÉNDEZ 2006<sup>2</sup>.

82. Véase, por ejemplo, el monumento de Adamklissi, donde los legionarios aparecen representados con cotas de malla y de escamas.

83. Robinson [1974: 5-12] era el gran defensor de esta última datación (c. 43 d.C.). Para Harmand [1987: 197], la inclusión de la *lorica segmentata* en el equipamiento legionario habría que situarla a comienzos de época flavia, afirmando que las pruebas aducidas para una datación más temprana no eran concluyentes. Simkins [1986: 15], por contra, adelantaba su fecha de aparición, conectándola con la necesidad de equipar nuevas unidades creadas para compensar el desastre de Varo en Germania en 9 d.C.; a esta teoría se oponía Peterson [1996: 16], quien recordaba que sólo unas décadas antes Augusto había licenciado unas 30 legiones –bien es cierto que de efectivos reducidos–, lo cual significaría que decenas de miles de cotas de malla se encontrarían almacenadas en las distintas armerías imperiales a lo largo del mundo romano; no obstante, la posibilidad de que fueran refundidas para realizar nuevas protecciones corporales o piezas de equipo tampoco puede desecharse. Todo este debate ha recibido un nuevo vuelco tras los hallazgos de restos de *segmentata* de Kalkriese y otros campamentos augústeos de Germania, lo que nos obliga a adelantar el nacimiento de esta coraza, como muy tarde, a la segunda década antes de nuestra era (ver *infra*).

84. "Se añadieron los esclavos destinados al oficio de gladiadores, que, según una costumbre nacional, llevan una armadura completa de hierro; los llaman crupelarios, y son incapaces de causar heridas, pero impenetrables a la hora de recibirlos" (Tácito, *Ann.* 3.43). Aparecieron, además, restos de *segmentata* en el

sus hachas y zapapicos (Tácito, *Annales* 3.46). Los soldados y sus mandos habrían quedado tan impresionados por las cualidades defensivas de este tipo de armaduras como para comenzar su adaptación a las unidades legionarias<sup>85</sup>. No obstante, las excavaciones en Kalkriese, donde se han identificado de forma clara restos de *lorica segmentata* temprana, obligan a adelantar la fecha de incorporación de esta coraza al equipo legionario al menos en medio siglo, hasta la última etapa del reinado de Augusto<sup>86</sup>. De hecho, ya se habla de un nuevo tipo de *segmentata*, el “tipo Kalkriese”, del que, debido a los escasos restos disponibles, aún no existe una reconstrucción definitiva medianamente fiable<sup>87</sup>. Esta pieza de equipo defensivo habría que conectarla, por tanto, con las reformas militares del último período del gobierno de este emperador, que dispuso la fabricación de nuevos modelos de armas, tanto ofensivas como defensivas<sup>88</sup>, con el fin de mejorar la protección y la eficacia de sus tropas.

Dos fueron los modelos de este tipo de armadura que se desarrollaron a lo largo de los siglos I y II d.C., el denominado “Corbridge”, en sus tres modalidades “A” y “B/C”<sup>89</sup> (aunque la última sería una variante menor del subtipo “B”), caracterizado por sus numerosos enganches, hebillas y apliques metálicos (hasta un total de 50), que suponían el elemento más débil de la armadura; y el tipo “Newstead”, más funcional y con menos enganches susceptibles de romperse (veinticuatro, en concreto), desarrollado a partir de comienzos del s. II [ROBINSON 1975: 180-4]. Los hallazgos de *segmentata* de Newstead han sido de nuevo analizados por M.C. Bishop, poniéndolos en relación con otros precedentes tanto de Gran Bretaña como del continente y que también pertenecerían a este nuevo tipo de coraza de placas; así, a partir de todas estas evidencias, el mencionado autor ha elaborado una nueva reconstrucción que modifica en ciertos aspectos las propuestas por Robinson en 1975 [BISHOP 1999; BISHOP 2002: 46-61]. La conclusión más importante a la que llega este investigador es que, si bien nos encontramos ante un nuevo tipo de *segmentata*, las modificaciones no fueron tan revolucionarias como en un principio pudiera parecer, manteniendo numerosas características en común con el tipo Corbridge e incluso con el tipo inicial de Kalkriese. Este modelo de coraza, en la que parece que se consigue un buen equilibrio entre protección, operatividad y costes de producción y mantenimiento, es el que se mantuvo en uso en las legiones hasta más allá de mediados del s. III d.C.

---

campamento de Aulnay-de-Saintonge, cuya ocupación se fecha entre 20 y 30 d.C. y que fue establecido justo tras la supresión de esta revuelta [cf. FEUGÈRE 1993: 132].

85. No habría sido, por otra parte, la primera vez que las prácticas gladiatorias hubieran influido en el ejército; sólo hemos de recordar, por ejemplo, el entrenamiento que el cónsul P. Rutilio Rufo dio a sus soldados a fines del s. II a.C. para enfrentarse a cimbrios y teutones (Val. Max. 2.3.2), aunque finalmente estas legiones entrenadas según los usos gladiatorios fueron conducidas por Cayo Mario en el campo de batalla. Véase, también, COULSTON 1998.

86. SCHLÜTER 1992; FRANZIUS 1995; WILSON 1999; SCHLÜTER 1999: 136 y figura 5.6; las bases augústeas de Haltern y Dangstetten en Germania también han proporcionado algunos restos de *segmentata* temprana, que habría que fechar, por tanto, hacia 9 a.C. [TRIER 1989: Abb. 105; FINGERLIN 1986: lám.7, nº 285.5, 332.2 y 544.13; COWAN 2004: 31-32].

87. BISHOP 2002: 23-9. Este autor ha identificado incluso dos subtipos, “A” y “B”, si bien la reconstrucción de esta coraza propuesta en la pg. 28 es altamente hipotética. El tipo Kalkriese B se ha identificado también en Chichester y Waddon Hill, por lo que se mantuvo en uso al menos hasta 43 d.C.

88. Recordemos, por ejemplo, la introducción del *scutum* rectangular.

89. BISHOP 2002: 31-45. El tipo Corbridge sería una evolución del tipo Kalkriese “B”, mejorado en toda una serie de aspectos técnicos.



28. *Lorica Segmentata* tipo "Newstead"

Durante la segunda mitad del s. II d.C. en las representaciones escultóricas aparece un tipo de *segmentata* cuyas placas se extienden hasta llegar al cuello, obviando las piezas de pectorales y dorsales propias de los tipos Corbridge y Newstead. Se ha pensado en un nuevo tipo de armadura, si bien, según nuestra opinión, sólo sería una forma estilizada del tipo Newstead en la que el artista se ha tomado la licencia de continuar con las placas hasta el cuello, sin tener en cuenta el diseño real de este modelo de coraza. Por otra parte, no han aparecido fragmentos en el registro arqueológico que sustenten este supuesto nuevo tipo de *segmentata* [BISHOP 2002: 9-12].

Un dato a tener en cuenta respecto a la pretendida universalidad de este modelo de armadura como elemento propio de las legiones es que no se han encontrado restos de *segmentata* en el Oriente Romano. Existe, no obstante, una noticia de un hallazgo de *segmentata*

en Palestina conectado con la guerra judía de 66-73. Concretamente, durante la excavación de la fortaleza judía de Gamala [MAGNESS 1995], sitiada por Vespasiano en 67, se halló un fragmento de *segmentata* muy similar al tipo “Corbridge”. A partir de estas escasas evidencias Peterson [1996: 16 y 19] o Brizzi [1981; 2003] han pretendido ver un empleo masivo de este tipo de coraza también en Oriente. En mi opinión, esto es ir demasiado lejos, pues esta pieza de *lorica* mencionada podía haber llegado allí de muchas formas, entre ellas, por ejemplo, portada por un legionario occidental llegado como refuerzo de las tropas que combatían en Oriente esa revuelta judía. En este sentido, parece que este tipo de protección era empleada sólo por las legiones de las fronteras europeas y, dentro de ellas, especialmente por las tropas legionarias de Britania y ambas Germanias [MENÉNDEZ 2006<sup>2</sup>], donde (junto a la Dacia) se han producido casi todos los hallazgos de restos de este tipo de coraza<sup>90</sup>. Estos restos se reducen, en muchas ocasiones, a los apliques metálicos de las corazas que, debido a su fragilidad, tenían muchas posibilidades de entrar en el registro arqueológico; por esta razón, hay que tener cuidado con las conclusiones precipitadas respecto a la extensión real de este tipo de armadura<sup>91</sup>.

Tradicionalmente, se había pensado que la *lorica segmentata* desapareció del equipo legionario durante la segunda mitad del s. II (la última representación escultórica de la *segmentata* la observamos en el Arco de Septimio Severo y los fragmentos de coraza de este tipo más tardíos databan de época antonina). Sin embargo, descubrimientos recientes de restos de *segmentata* en contextos fechados durante la primera mitad del s. III, sobre todo en Britania [CARUANA 1993] y el *limes* germano [MENÉNDEZ 2004: 214], indicarían la continuidad de su empleo por lo menos hasta la década de 260<sup>92</sup>.

Por lo que concierne a sus cualidades defensivas, éstas eran superiores en algunos aspectos a las de la malla, pues permitía detener golpes más contundentes sin sufrir daños. Otorgaba también una buena protección ante flechas, dardos y jabalinas. Era, sin embargo, vulnerable a los proyectiles lanzados desde máquinas de guerra (balistas y escorpiones, ver *infra*) que, según reconstrucciones recientes, lograban atravesar sus placas y hundirse profundamente en el cuerpo del portador. Otro efecto no menos importante relativo a este tipo de ataques de *scorpio* y *cheiromballistra* era la onda de choque provocada por el proyectil, que, aun sin atravesar la coraza, habría provocado graves roturas en los órganos internos, incapacitando o acabando directamente con la víctima; esta onda de choque es, por tanto,

---

90. Para una relación detallada de estos hallazgos, véase THOMAS 2003 y BISHOP 2002; un resumen en MENÉNDEZ 2006<sup>2</sup>; para Hispania, fundamentalmente vinculados a la VII *Gemina*, AURRECOECHEDA 2007. Todos los hallazgos identificados por estos autores proceden de Europa, a excepción de los atestiguados en el Norte de Marruecos [cf. THOMAS 2003: 2-3]. Estos últimos pueden explicarse, no obstante, por la estrecha relación que la provincia de *Mauretania Tingitana* (que no disponía de unidades legionarias) mantenía con Hispania, por lo que los restos aquí atestiguados podrían haber pertenecido a legionarios de la VII *Gemina*, acantonada en la Tarraconense, destacados para alguna misión en estos territorios.

91. ROBINSON 1975: 181; BISHOP 1989; BISHOP 1991.

92. Véase COULSTON 1990: 147. Una escultura procedente de Alba Iulia (Rumanía), fechada a fines del s. II o primera mitad del s. III, es bastante interesante porque presenta al soldado equipado con *lorica segmentata*, pero con los hombros protegidos por piezas de *lorica squamata*; en el brazo derecho el soldado porta, además, una protección de placas (*manica lamminata*) [COULSTON 1995]. Bishop [2002: 62-5], incluso, considera esta coraza como un nuevo tipo de *segmentata*, si bien al ser ésta la única evidencia no pueden extraerse conclusiones definitivas.

un elemento muy a tener en cuenta, pues recuerda que no es necesaria la penetración física de un proyectil a través de la armadura para incapacitar o matar [WILKINS 2000: 92-4].

La *segmentata* era especialmente efectiva contra los golpes descendentes de espada, pues poseía unas protecciones para los hombros bastante fuertes. En este sentido, funcionaba especialmente bien asociada al yelmo legionario, ya que éste estaba especialmente diseñado para desviar ese tipo de golpes descendentes que, por tanto, acababan impactando sobre los hombros; la *segmentata* actuaba bien deteniendo el golpe en la protección de metal y evitando su excesiva propagación al cuerpo del soldado, o bien haciendo deslizarse la hoja hacia abajo debido a la disposición descendente de las placas de las hombreras; esto era mucho más difícil tanto para la cota de mallas como para la de escamas, que habrían absorbido directamente el golpe, con lo que éste podía provocar un intenso dolor en esa zona, aunque el corte no llegara a producirse. Un arma bastante eficiente para contrarrestar esta característica de la *segmentata* era el *falx* dacio, al que los romanos tuvieron que hacer frente desde fines del s. I d.C. en el Danubio, pues su afilada punta curvada hacia adelante podía perforar cualquier tipo de protección de los hombros y provocar dolorosas heridas.

El combatiente, además, conservaba con esta coraza toda su libertad de movimientos gracias a las articulaciones de las placas entre sí. Otras ventajas respecto a la malla eran su inferior coste de fabricación y su menor peso, que podía oscilar entre los seis y los nueve kilos, dependiendo del grosor de las placas. No obstante, también contaba con serios inconvenientes. En primer lugar, el mantenimiento debía realizarse en talleres especializados y la debilidad de los enganches y hebillas (manufacturados en aleación de cobre<sup>93</sup>) habría obligado a continuas rondas de reparaciones<sup>94</sup>. Este último problema se solucionó, en parte, con el modelo “Newstead”, que, a pesar de su funcionalidad, también exigía un mantenimiento considerable. Hay que mencionar, asimismo, que esta coraza era compleja de endosar, pues el soldado necesitaba ayuda para evitar estropear las correas de sujeción, hebillas y bisagras que, como hemos visto, eran las partes más débiles de la *lorica*. Finalmente, otro inconveniente de la *segmentata* respecto a la malla era la pérdida de protección para los muslos y parte superior de los brazos.

Cuando era necesario, no obstante, se protegía también el brazo derecho mediante una *manica*, protección de placas que se extendía desde más abajo del hombro hasta cubrir el dorso de la mano, como puede observarse en los relieves del monumento de Adamklissi (Rumania), ya mencionados, o en algunas piezas de este tipo conservadas [AURRECOEHEA 2008]. En esos relieves aparecen legionarios con el brazo derecho protegido y el izquierdo desnudo, pues éste último ya contaba con la protección proporcionada por el escudo. Otras evidencias iconográficas de su empleo entre las tropas legionarias (al parecer, las únicas que disponían de esta pieza de equipo defensivo) son

---

93. *Orichalcum*, una aleación al 80-85% de cobre y 20-15% de zinc [BISHOP 2002: 77].

94. Las reacciones químicas entre los enganches de aleación de cobre y las placas de hierro favorecían la corrosión, provocando que muchos de estos enganches se desprendieran demasiado fácilmente. De este modo, cabe la posibilidad que la gran cantidad de restos de *segmentata* hallados pueda tergiversar la imagen de su expansión real, pues estos apliques, como ya hemos adelantado, tenían grandes probabilidades de entrar en el registro arqueológico. Por otra parte, en ningún momento se observa (a partir de las fuentes disponibles) el abandono por parte de los legionarios de los otros dos tipos de coraza conocidos (malla y escamas).

dos tumbas de legionarios de Mainz fechadas a mediados del s. I d.C. Restos de este tipo de protección han sido también identificados en *Carnuntum* (Petronell), *Trimontium* (Newstead) y Corbridge, Richborough, Eining, Carlisle, *Colonia Ulpia Traiana Sarmizegethusa* (Rumanía) y León [AURRECOECHEA 2008]. Por otra parte, a diferencia de las *manicae* de tipo gladiatorio, las *manicae* militares sólo encerrarían el brazo del portador en sus dos tercios; la explicación para esta importante diferencia puede atribuirse al hecho de que encerrarlo por completo produce cierta restricción de movimientos en el codo (esta falta de movimiento del brazo era inaceptable para el ejército, aunque pudiera haber sido pasable en la arena)<sup>95</sup>. M.C. Bishop ha propuesto, por su parte, que la *manica* no cubría la parte trasera del brazo, sino la delantera, al ser la más expuesta, según se desprende de la técnica de combate del legionario romano<sup>96</sup>; además, la articulación de las piezas de la *manica*, que se solapaban hacia arriba (a la inversa que la coraza), permitiría una relativamente amplia libertad de movimiento al brazo derecho así acorazado [BISHOP 1999: 31-3; BISHOP 2002: 68-71]. El material empleado para su elaboración solía ser el hierro y las placas se sujetaban mediante remaches de bronce (o cobre), siguiendo una estructura parecida a la *segmentata*, pues quedaban fijadas a un soporte interior en cuero que las mantenía en posición y evitaba el roce del metal con la piel del soldado. El método de sujeción, mal conocido, parece que era mediante correas y hebillas. Esta protección continuó en uso durante todo del s. II y buena parte del s. III d.C., como muestran, por ejemplo, la ya mencionada en varias ocasiones escultura de Alba Iulia (Rumanía), datada a fines del s. II o primera mitad del s. III, y que representa a un legionario, posiblemente de la XIII *Gemina*, equipado con este tipo de protección defensiva [COULSTON 1995: 13-17]; a esta evidencia habría que unir el hallazgo de una *manica* casi completa en un taller de la base legionaria de León (VII *Gemina*) fechada en el tercer cuarto del s. III d.C. [AURRECOECHEA 2008]. Además, parece que la difusión de esta protección abarcó prácticamente a todas las legiones del Imperio, independientemente de dónde se acantonaran, por lo que no se habría tratado de un expediente circunstancial para enfrentarse a un enemigo concreto, como los dacios y su *falx*, sino de un avance en el equipamiento defensivo del legionario, quizás motivado por las prácticas gladiatorias.

Como conclusión, podemos afirmar que el legionario romano se caracterizaba por ser un infante pesado, perfectamente equipado y adiestrado para la lucha cuerpo a cuerpo con el centro de la línea de batalla del enemigo, contando con el apoyo de cuerpos de tropas más ligeros y móviles para desarrollar otros cometidos tácticos (auxiliares). Por otra parte, como ya quedó claro en páginas precedentes, las protecciones corporales no se abandonaron ni se aligeraron durante el s. III d.C.; lo que se produjo a lo largo de este período fue una evolución auspiciada por nuevas tácticas y condicionantes socioeconómicos que desembocó en el ejército del s. IV, pero en absoluto una disminución del equipo defensivo de los soldados.

---

95. SIMKINS 1990<sup>2</sup>; BISHOP 1993: 87; COULSTON 1998: 5-6.

96. Esta interpretación, sin embargo, no termina de casar con la evidencia que muestra que las placas de esta protección llegaban hasta el dorso de la mano. Por otra parte, si las placas se extendían por el exterior del brazo y antebrazo, la *manica* también podía proteger esa extremidad del portador en caso de que empleara un ataque de filo descendente.

## Armas de ataque

Durante los dos primeros siglos del Imperio el armamento ofensivo del legionario permaneció bastante estable, recibiendo sólo mejoras de detalle hasta mediados del s. II. Es a partir de ese momento cuando la panoplia del legionario comenzó a modificarse con nuevos elementos, como la *lancea* o la *spatha* (para la infantería), que a lo largo del s. III coexistieron con los tradicionales *pila* (jabalinas) y *gladii* (espadas).

### a) *Pilum* (jabalina)

Se trataba de un arma de asta arrojadiza de tipo jabalina con una larga punta de metal (Vegecio 1.20), cuya longitud total no permaneció estable desde su introducción en el ejército romano durante la República media hasta su abandono progresivo a lo largo del s. III d.C. Hacia el s. II d.C. contaba con una punta de forma piramidal maciza prolongada en un astil también metálico que alcanzaba unas dimensiones de entre 60 y 90 cm. Este conjunto de punta y astil iba unido a un asta de madera que podía ser más o menos larga y pesada, según la longitud del metal; el arma podía alcanzar unas dimensiones totales de alrededor de dos metros. El *pilum* se caracterizaba por su capacidad de penetración, pues una vez que la punta de forma piramidal del arma había penetrado un obstáculo, el resto del hierro le seguía prácticamente entero. A veces, tras la fijación del metal a la madera se colocaba una bola de plomo que actuaba como sobrepeso, aumentando el poder de penetración, pero disminuyendo el alcance de la misma. Para un mejor agarre, en el asta solía incorporarse un asidero realizado en cuero o fieltro, que evitaba que la mano resbalase por la misma y perdiera potencia a la hora de ser arrojado. El alcance del *pilum* se ha evaluado en unos 30 metros (e incluso menos), lo que suponía que los legionarios debían actuar con rapidez para arrojar el arma, desenvainar las espadas, reformar filas para cerrar huecos y cargar contra el enemigo (que, a su vez, también se estaría preparando para la acometida), mientras se aproximaban a la carrera. Habría sido en este tipo de situaciones cuando realmente se hubiera apreciado el exigente entrenamiento al que los legionarios debían hacer frente a diario desde el mismo momento de su enganche.

La lluvia de *pila* (plural de *pilum*) sumía al enemigo en un momento de confusión, que los legionarios aprovechaban para desenvainar sus espadas y correr los metros finales a la carga, esgrimiendo sus escudos, que tenían también, como hemos mencionado más arriba, un gran potencial ofensivo. En este sentido, el efecto del *pilum* se ha comparado con las preparaciones de artillería de los modernos conflictos armados, pues su objetivo era quebrantar al enemigo antes del choque. Su eficacia estribaba también en que actuaba mediante descargas concentradas, de gran efecto material si se empleaba por parte de una tropa bien instruida y, sobre todo, de profundo efecto moral<sup>97</sup>. El *pilum* tenía una doble posibilidad de actuación: por una parte, podía herir directamente al enemigo, debido a que la longitud de su punta era capaz de atravesar el escudo y alcanzar al adversario que se protegía tras el mismo, perforando incluso la armadura que éste pudiera llevar (Vegecio 2.15); podía, de hecho, clavar literalmente el escudo al cuerpo del enemigo; por otra parte, el *pilum* podía sólo clavarse en su escudo, pero penetraría lo suficiente como para hacerlo ingobernable; además, su punta piramidal haría su extracción prácticamente imposible en combate.

---

97. MARÍN Y PEÑA 1956: 309; véase también GEYER 1998.



29. *Pila* siglos I (inferior), II (medio) y III d.C. (superior)

Una de las características tradicionalmente asociadas a este proyectil era que su larga punta de hierro, una vez impactaba y se introducía profundamente en el escudo, acababa doblándose debido al contrapeso ejercido por el asta de madera, dificultando tanto su extracción en el fragor del combate, como su posible devolución por parte del enemigo. Sin embargo, según F. Quesada, el *pilum* sólo habría podido actuar de este modo tras la reforma introducida por Mario en 102 a.C., antes de la batalla de *Vercellae* contra los teutones [QUESADA 2003: 176-9; QUESADA 2008: 226-230]; en efecto, Plutarco nos cuenta que en aquel momento la cabeza de hierro del *pilum* estaba asegurada al asta con dos remaches metálicos; Mario ordenó sustituir uno de ellos por una clavija de madera, de modo que, cuando la jabalina golpeaba un escudo enemigo, la clavija se rompía y la punta del *pilum* se doblaba hacia abajo, haciendo colgar el asta de madera del remache de hierro. De esta forma, no sólo conseguía que el escudo quedara inutilizado para su uso, sino que su portador ni siquiera pudiera moverse con él, por lo que se veía obligado a soltarlo para luchar o incluso para huir a fin de salvar la vida (Plutarco, *Mario* 25). Con anterioridad a esta modificación del arma, el *pilum* generalmente no se habría doblado de esta forma; además, Quesada defiende, a partir de los restos de *pila* conservados, que esta innovación no se generalizó. Se pone así en tela de juicio la tradicional y universal visión del *pilum* doblándose tras el impacto contra los escudos de la infantería enemiga.

Con todo, si el *pilum* quedaba enganchado al escudo tras su impacto (aunque el arma no se doblara), el contrapeso ejercido lo habría hecho ingobernable, siendo lo más probable que el enemigo se enfrentara al legionario sin éste, con lo cual quedaba en neta inferioridad (César, *B.G.* 1.25.2; esta posibilidad de empleo del *pilum* también la resalta Arriano, *Ektaxis kat' alannon* 17). Esta actuación del *pilum* era especialmente valorada en el caso de enemigos que no disponían de otro tipo de cobertura, como los germanos, pues sólo las elites contaban con protecciones corporales además del escudo. El *pilum* podía, además, llegar a atravesar dos escudos y dejarlos encajados (César, *B.G.* 1.24), multiplicando así su efectividad para desguarnecer a la infantería enemiga.

Los *pila* de época imperial mejor conservados que han aparecido hasta el momento datan de comienzos del s. I d.C. y proceden de los campamentos militares de Oberaden, Dangstetten (ambos en Alemania), Hod Hill (Britania), etc. [BISHOP 1993: 65-67]; algunos de ellos han sido hallados incluso fijados al asta, que, sin embargo, no se ha conservado completa. El método de fijación consistía en asegurar la base de la punta, que era de forma plana y encajaba en una especie de ranura en la parte superior del asta, mediante remaches. Esa parte superior del asta presentaba una sección cuadrada con un ensanchamiento en la base de la misma; la punta se aseguraba también mediante un casquillo de

hierro al final de la base de madera. Para el s. II d.C. destacan los hallazgos de Newstead, con puntas de 70 cm. y Bar Hill (ambas en el Norte de la provincia de Britania), si bien la reducida longitud de la punta de estos últimos hallazgos (5-5'8 cm) ha planteado dudas sobre su identificación como *pila* [BISHOP 1993: 109].

Esta arma, en contra de lo que se había pensado, continuó empleándose también a lo largo del s. III d.C., como demuestran los hallazgos de puntas de *pilum* datados en este período procedentes de Caerleon y otros asentamientos militares romanos de Britania [SOUTHERN 1996: 112; BISHOP 1993: 123]. Se han hallado restos de *pila* del s. III también en el *limes* germano-recio, datados poco antes de 260. Incluso ha aparecido un *pilum* en una zona de combate cercana al fuerte de Krefeld-Gellep (*Gelduba*) en Germania; es muy probable que este *pilum* fuera empleado para defender *Gelduba* de un ataque protagonizado por los francos hacia 275 [COWAN 2003: 31]. El *pilum* sigue apareciendo, además, en algunos relieves funerarios del s. III, fundamentalmente de pretorianos en Roma. De hecho, la Guardia Pretoriana es durante el s. III uno de los últimos reductos claros del *pilum* [MENÉNDEZ 2006: 105]. La fijación del metal al asta de madera durante este período se realiza mediante casquillo circular, técnica que puede rastrearse ya en época cesariana [FEUGÈRE 1993: 168-9; MENÉNDEZ 2006<sup>3</sup>; QUESADA 2008: 225], destacando especialmente los hallazgos aportados por el yacimiento de Alesia. En los relieves funerarios de este período algunos *pila* aparecen lastrados con dos e incluso tres bolas de plomo. Por su parte, Vegetio (fines s. IV) nos informa que este tipo de arma era conocida en su época con el nombre de *spiculum* (*Epit.* 2.15).

Esta última información es bastante interesante, pues nos revela la evolución del arma hasta llegar a un punto que poco tenía que ver con sus predecesores de los siglos I a III. Según Vegetio, la punta de metal, alargada y de sección triangular, sólo medía nueve uncias (c. 20 cm) y estaba fijada a un asta de cinco pies y medio (c. 163 cm) dando así una longitud total para el arma de casi dos metros. La evolución, por tanto, queda clara, con una punta cada vez más pequeña en beneficio de la longitud del asta de madera, y su causa habría que buscarla en un intento de incrementar el alcance efectivo del *pilum*, manteniendo en la medida de lo posible cierta capacidad de penetración, aunque ya en ningún modo comparable a la que tenía en períodos precedentes. Esos 20 centímetros de punta, si bien ya no podían llegar a herir al enemigo en caso de impactar con el escudo, puede que actuaran como anclaje, quedando el arma fijada al escudo y manteniendo así una de sus posibilidades de empleo antes mencionada. En cuanto a su uso en combate, Vegetio afirma que los soldados arrojaban ese *pilum* de punta reducida tras lanzar las cinco *plumbatae* (flechas emplomadas) de las que disponían, lo que supondría un estrés bastante fuerte para el brazo derecho justo antes de llegar al combate cuerpo a cuerpo. Con todo, se pretendería que, sujeto a esa amplia descarga de proyectiles, el enemigo llegara tan quebrantado al choque que no pudiera hacer frente al ímpetu de la línea de infantería pesada en orden cerrado que se le echaba encima (o que le esperaba a pie firme una vez reformadas las filas y cerrados los posibles huecos).

Otro de los inconvenientes del *pilum*, además de su escaso alcance, aproximadamente 30 m, era su coste de producción. El tiempo de manufacturación de cada *pilum*, según experimentos recientes, se ha evaluado en diez horas y media, con un consumo de combustible (carbón vegetal) de 13'5 kg, lo que muestra que no era, en absoluto, un arma barata de producir [SIM 1992]. Por otra parte, como arma arrojadiza, era de esperar que



30. Punta de *pilum* c. siglo III d.C.

durante una batalla se hubiera perdido completamente un número considerable de los mismos. De aquéllos que se recuperaran, algunos estarían tan dañados que su reparación habría sido imposible, aunque seguramente se reciclaran; otros habrían podido enderezarse fácilmente, siempre que el material no presentara grietas o fisuras. Las puntas también debían reafilarse, al estar seguramente deformadas tras los impactos.

El *pilum* podía blandirse, además, como una lanza en caso de necesidad, y en esta función nos lo presenta Arriano para hacer frente a una posible carga de la caballería alana en Capadocia (Asia Menor) a fines del primer tercio del s. II d.C. (Arriano, *Ektaxis kat' Alannon* 16-17). Un precedente del empleo del *pilum* como arma de falange podemos observarlo ya en Polibio 2.33, donde el autor narra cómo los romanos emplearon sus *pila* contra los insubros blandiéndolos en lugar de arrojarlos, para resistir en formación cerrada la impetuosa carga de estos guerreros celtas. Queda, de este modo, demostrada su posibilidad de empleo también como arma de falange, lo que en un principio puede resultar extraño ante la longitud y posible debilidad (que no parece que fuera tal) de su larga punta de hierro, sobre todo en comparación con otras más cortas con forma de hoja. De esta manera, puede decirse que, si bien no en las proporciones de períodos precedentes o como arma de asta preferente entre los legionarios, el *pilum* continuó en uso en el ejército romano durante el s. III d.C. Desde el s. II, sin embargo, el *pilum* convivió en los arsenales legionarios con la *lancea*, tal y como refleja Arriano (*Ektaxis kat' Alannon* 18).

#### b) *Lancea* (lanza/jabalina)

Se trata, en este caso, de un arma de asta más ligera que el *pilum*, con una punta bastante más reducida y en forma de hoja alargada, con un menor peso, pero también con una capacidad de penetración menor. Solía contar con un propulsor de tiras de cuero, *amentum*, para incrementar su alcance eficaz<sup>98</sup>. Este propulsor también imprimía a la jabalina un movimiento rotatorio que incrementaba su estabilidad y precisión. La *lancea* podía ser empleada tanto para arrojarla como para blandirla, y comenzó a coexistir con el *pilum* desde el s. II d.C.<sup>99</sup> La gran desventaja del *pilum*, como acabamos de mencionar,

98. Isidoro, *Orig.* 18.7, define la *lancea* como una “*hasta amentum habens in medio*”.

99. Arriano, *Ektaxis kat' Alannon* 15-18; parece que este empleo de *lanceae* por parte de las tropas de Arriano no habría sido un expediente circunstancial, sino que ésta se incorporó plenamente a los arsenales legionarios; una referencia en este sentido datada hacia 160 d.C. nos la proporciona Luciano de Samosata, cuando menciona a dos legionarios que le escoltaban, uno armado con *pilum* y el otro con una *lancea* (*Alejandro* 55).

era su escaso alcance, por lo que el legionario quedaba expuesto demasiado pronto al tiro del enemigo, sin poder reaccionar con sus propias armas hasta llegar a la distancia adecuada. Un importante ataque por parte de armas arrojadas sobre las filas de legionarios podía frustrar la descarga de *pila*, al estar los soldados más concentrados en esquivar los proyectiles que recibían que en arrojar sus propias armas; con ello se perdería una de las características más importantes de su ataque, la concentración. La *lancea*, con un alcance aproximado de 80 metros, se adoptaría, por tanto, en un intento de paliar este escaso alcance del *pilum* tradicional. Otra razón puede ser el gran coste de fabricación de este último, como hemos visto más arriba. No obstante, la *lancea* era incapaz de funcionar como el *pilum* y, si quedaba atrapada en el escudo, era fácil de extraer, aunque sometería al enemigo a la descarga de proyectiles desde una mayor distancia. Esta descarga temprana incrementaría también el desorden entre sus filas, pues el enemigo se concentraría en esquivar los proyectiles recibidos mientras los legionarios se preparaban para el choque con más tiempo para reformar sus filas y cubrir huecos.

Al igual que la mayoría de las armas de asta, la *lancea* contaba con un extremo inferior de metal en punta que desarrollaba una doble función: por una parte, protegía la madera de los golpes o del desgaste que podía sufrir al apoyarla sobre el suelo, pero, por otra, durante el combate, en caso de que se llegara a blandir la *lancea* cuerpo a cuerpo, actuaba como punta secundaria si la punta principal se rompía en el transcurso de la acción. También podía ser empleada para rematar a un enemigo caído sin tener que girar el arma en el fragor de la *melée*.

Tenemos referencias datadas a fines del s. I d.C. de un posible tipo de *lancea*, denominada *subarmalis*, en relación con una unidad de caballería acantonada en el Norte de Britania (*Ala Sebosiana Quingenaria*). Parece que este modelo de *lancea* estaba diseñado exclusivamente como arma arrojada. No obstante, cabe la posibilidad que esta *subarmalis* empleada como proyectil y diferente de la *lancea* más pesada fuera también llevada por los legionarios denominados “*lanciarii*” desde comienzos del s. III d.C. Una tumba de un legionario de la II *Parthica* hallada en *Apamea* (Siria) nos muestra al soldado, calificado como “*discens lanciarus*”, portando cuatro o cinco de estos proyectiles<sup>100</sup>. Según Y. Le Bohec, el verbo *disco*, que en latín clásico significa “aprender”, en la terminología militar y en época tardía significa “enseñar”, por lo que este soldado no habría sido un aprendiz, sino un entrenador en este tipo de armas [LE BOHEC 1989: 186].

Vegecio (2.15), por último, menciona un tipo de arma de asta, que más que de jabalina habría que calificar de dardo, bastante más ligera que el *pilum* y, a raíz de las medidas que ofrece, también que la *lancea*, denominado *vericulum*, como propia de la infantería pesada; contaba con una punta de cinco uncias (11.4 cm) e iba engarzada a un asta de tres pies y medio (103 cm).

Es probable que hubiera existido cierta especialización de tropas en relación con las distintas armas de asta mencionadas, pues habría sido muy difícil que un mismo cuerpo de soldados hubiese acudido al combate con todas ellas a la vez, sin olvidarnos tampoco de las *plumbatae* (ver *infra*).

---

100. BALTU 1988; TOMLIN 1998: 59-63; TOMLIN 1999.

c) *Gladius / Spatha (espada)*

El *gladius* o espada parece tener su origen en Hispania<sup>101</sup> y comenzó su servicio entre las tropas romanas a partir del s. III a.C.<sup>102</sup> Este arma no permaneció invariable a lo largo de los siglos, sino que sufrió una evolución hasta llegar al tipo que podríamos calificar como definitivo en la segunda mitad del s. I d.C., el tipo “Pompeya”. Durante el s. I d.C. este modelo coexistió, no obstante, con el que puede calificarse como su predecesor, el conocido como “Mainz”. Los *gladii* de este último tipo se caracterizaban, invariablemente, por poseer una hoja de punta larga y filos no paralelos, sino decrecientes conforme se acercaban a la punta. Las longitudes de hoja de este modelo oscilaban entre 40 y 55 cm, con una anchura entre 5’4-7’5 y 4’8-6 cm y una longitud de punta de entre 9’6 y 20 cm<sup>103</sup>.

La hoja del tipo “Pompeya” se caracterizaba por una longitud de entre 42 y 50 cm. y una anchura entre 4’2 y 5’5 cm.<sup>104</sup>, con filos rectos y una punta corta, bastante robusta y de forma triangular [BISHOP 1993: 71]. La reducción del tamaño de la punta respecto al tipo mucho más aguzado del modelo Mainz podría haberse debido a que, desde la segunda mitad del s. I d.C., los legionarios solían enfrentarse a enemigos que, a excepción de las elites, no portaban protección corporal alguna (al menos en lo que sería la frontera Norte y NO del Imperio). Volviendo a la estructura del arma, la empuñadura se dividía en guarda, mango y pomo. La guarda marcaba la separación entre hoja y mango y ofrecía cierta protección a la mano durante la lucha cuerpo a cuerpo con espada. El mango solía ser de hueso, con asideros acanalados para los dedos que proporcionaban un control total sobre el arma. El pomo constituía la parte inferior de la empuñadura, solía ser de forma esférica y podía estar más o menos decorado. A partir de mediados del s. II d.C. aparecen los pomos de *gladius* en forma de anilla, sobre todo en la zona del Ilírico (lo que se ha interpretado como consecuencia de influencias transdanubianas) [BISHOP 1993: 111-2]. El pomo actuaba, esencialmente, como contrapeso, equilibrando y mejorando, por tanto, las prestaciones del arma. Otro elemento accesorio de la espada, pero fundamental, era la vaina, que poseía una estructura de madera con decoración metálica<sup>105</sup> y un recubrimiento de cuero, cuya finalidad era preservar la hoja de la humedad. Los legionarios suspendían el *gladius* del costado derecho<sup>106</sup>, a diferencia de los centuriones, que lo portaban a la izquierda, y se fijaba al cinturón (*cingulum*) mediante cuatro anillos que sujetaban la

101. Recordemos que su nombre completo era *Gladius Hispaniensis*. Para la polémica suscitada por esta denominación, *vid.* QUESADA 1997.

102. La “espada hispánica” parece que pudo haber sido introducida por Lucio Cornelio Escipión (futuro Africano) tras la toma de Cartago Nova (209 a.C.), por lo que las legiones romanas que desembarcaron en el Norte de África para enfrentarse a Cartago en la última fase de la segunda guerra púnica ya habrían contado con este arma. Escipión, además, se preocupó de entrenar a sus tropas concienzudamente en el empleo de esta nueva espada.

103. JUNKELMANN 1986: 180-4, con un desglose esquemático de las partes del arma en la pág. 181; BISHOP 1993: 71.

104. Destaca, como ejemplo de este modelo, un ejemplar hallado en Mainz, perteneciente según su inscripción a un legionario de la centuria de Cayo Valerio Primo [SCHOPPA 1974].

105. Para hacerse una idea de la variedad de motivos decorativos que podían presentar estas piezas, véase KÜNZL 1994 y KÜNZL 1996.

106. Esta práctica procedía de época republicana, tal como queda claramente reflejado en la obra de Polibio (6.23.6-7).



31. *Gladius* tipo Mainz hallado en el Rin

vaina por la parte superior (dos a cada lado). Según hallazgos de Herculano y Delos, el *gladius* se sujetaba al cinturón mediante tiras de cuero cruzadas entre sí unidas con dos pequeñas hebillas, con lo cual quedaban enlazados los cuatro anillos mencionados; esas hebillas se situaban en la parte interior, por lo que al exterior no se apreciaba la forma de sujeción de la espada [CONNOLLY 1991<sup>2</sup>]. A lo largo del s. II d.C. la sujeción por anillos fue dejando paso a la sujeción mediante pasador, típica de las espadas de la centuria siguiente, y el *gladius* ya no se fijaba al cinturón, sino a un estrecho tahalí (*balteus*) que colgaba desde el hombro izquierdo.

El *gladius* era un arma pensada para combatir principalmente con la punta<sup>107</sup>, si bien no de forma exclusiva, como muestran los fuertes filos paralelos del tipo Pompeya<sup>108</sup>. Su mayor efectividad, no obstante, se conseguía empleándolo junto al *pilum*, pues, como hemos visto, éste, si no eliminaba directamente al enemigo, se solía clavar en el escudo, haciéndolo ingobernable y obligando a su portador a soltarlo. Una vez que el enemigo se acercaba sin escudo, su posición era de completa inferioridad respecto al legionario, que se encontraba bien protegido detrás de su propio *scutum*, utilizando el *gladius* como arma de punta y dirigiendo sus estocadas al lugar más sensible y desprotegido del enemigo, el abdomen. Los legionarios estarían, además, bastante habituados a este sistema de combate gracias al riguroso entrenamiento al que eran sometidos. Además, ese tipo de ataques en punta con el *gladius* eran especialmente efectivos contra enemigos armados con espada larga, pues para atacar de filo estaban obligados a realizar un movimiento de arriba abajo con la espada en el que su lado derecho quedaría bastante desprotegido ante un rápido ataque de estoque del legionario.

El hecho de que los legionarios portaran el *gladius* en el costado derecho suponía que debían desenvainarlo con la mano de ese mismo lado. La técnica consistía en invertir la mano derecha agarrar la empuñadura y tirar hacia fuera para, una vez en posición, girarlo y disponerse al combate. Aunque en un primer momento pueda parecer una maniobra

107. Véase, por ejemplo, Vegetio 1.12; Tácito, *Ann.* 2.21, etc.

108. Vegetio (1.11) también refiere la variedad de golpes que, durante el entrenamiento, se les enseñaba a los reclutas.



32. *Gladius* tipo Pompeya

incómoda, el entrenamiento acabaría habituando al soldado. Por otra parte, al desenvainar desde el lado derecho, el arma no se vería estorbada por el escudo al salir de su vaina, ni el legionario desprotegido en ningún momento por tener que mover el amplio *scutum* para facilitar la maniobra de desenvainado. Además, al no tener que trazar el brazo un arco de izquierda a derecha, también se necesitaría menos espacio para desenvainar, algo muy importante, pues al producirse la descarga de *pila* con el enemigo relativamente cerca cualquier ventaja de la que dispusiera el soldado para extraer su arma de mano era bienvenida. Finalmente, permite un movimiento ofensivo de golpeo con el pomo hacia la cara del adversario en caso de que fuera necesario desenvainar con el enemigo ya encima; esto puede que se produjera en más de una ocasión, pues se recurría a las espadas, a veces, con el enemigo a punto de cerrar contra la línea romana, por lo que cualquier error o dificultad habrían sido todavía más peligrosos.

Por lo que respecta a la *spatha*, ésta había sido empleada durante los dos primeros siglos del Imperio tanto por las unidades de infantería pesada auxiliar como por la caballería; a partir de los últimos años del s. II comenzó también a extenderse su uso entre las unidades de infantería legionaria. Coexistió durante esos primeros años con el *gladius*, pero poco a poco fue ganando la supremacía, hasta convertirse en el tipo principal de espada legionaria. El *gladius*, no obstante, continuó en uso a lo largo del s. III, como muestran algunos hallazgos arqueológicos, si bien se rompió progresivamente con la tradición de los dos siglos anteriores. Aun así, el término *spatha* se convirtió, incluso, a partir de fines del s. II d.C., en vocablo genérico para designar el arma de filo que portaba el soldado en combate. Del mismo modo, el término *gladius*, en neutro *gladium*, se ha atestiguado como término genérico para designar la espada durante el s. I d.C., tal y como podemos observar, por ejemplo, en un documento procedente de Carlisle (Norte de Britania) y relativo a un Ala de caballería (*Ala Sebosiana*); en dicho documento, al arma de filo de los jinetes aparece denominada como *gladium* en lugar de emplear el término más específico de *spatha* [TOMLIN 1999: 132-3].

La *spatha* se caracterizaba por una longitud de hoja algo superior a la del *gladius* y una anchura variable. Como arma de la infantería legionaria la *spatha* comenzó a extenderse a partir de los últimos años del s. II y primeros del s. III, bajo el gobierno de Septimio Severo (193-211), hasta el punto que son pocos los hallazgos de este tipo de arma relacionados con los legionarios antes de esta fecha. La *spatha* testimonia, además, una ruptura importante en la evolución del armamento romano y sus características permanecieron relativamente estables a lo largo del tiempo [FEUGÈRE 1993: 148]. Estas *spathae* también reflejan una influencia bárbara considerable, si bien las mejores piezas se fabricaban dentro del Imperio, como muestran los hallazgos de Nydam, Illerup, Vimose y Ejsbol, en la Península de Jutlandia (ofrendas votivas fechadas en la primera mitad del s. III), donde se han recuperado un total de 480 espadas, entre ellas un centenar de *spathae* procedentes del mundo romano [RALD 1994].

Se han establecido dos subtipos para las *spathae* romanas del s. III; el primero de ellos, el Straubing/Nydam, se caracterizaba por una longitud de hoja de entre 65 y 80 cm, con una anchura máxima de 4'5 cm; el segundo subtipo, denominado Lauriacum/Hromowka, contaba con una longitud de hoja de entre 55 y 65 cm, una anchura de 6 a 7'5 cm<sup>109</sup>, punta triangular y filos paralelos. El método empleado para su fabricación era el conocido como damasco mecánico, según el cual la hoja se fabricaba en torno a un núcleo compuesto por varias barras de hierro con distintos niveles de carbono; las barras se retorcián para darles forma de tornillo y se martillaban y doblaban numerosas veces, dando lugar a un núcleo flexible pero resistente, al que se incorporaban los filos mediante soldadura. Al igual que el *gladius*, contaba con una empuñadura en tres piezas, que sólo se diferenciaba en los motivos decorativos de pomo y guarda, por lo que no nos detendremos a analizarla. La longitud total del arma solía oscilar entre 75 y algo más de 90 cm. La estructura de la vaina tampoco difería significativamente, aunque la decoración era bastante diferente a la de épocas anteriores.

Otro cambio significativo se produjo en la forma de llevar esta espada, pues el soldado portaba la *spatha* sobre el costado izquierdo (a diferencia del *gladius*, que se llevaba a la derecha), sujeta de un tahalí (*balteus*) y no de un cinturón, algo quizás motivado por el tamaño y peso superiores del arma, que habrían hecho más incómodo el sistema precedente. Se han conservado numerosos restos de este tipo de equipo, cuya tipología ha permitido diferenciar entre distintos modelos de tahalí y las diversas formas de sujetar la espada al mismo. Es posible que ese cambio de ubicación en el arma de filo se debiera a la fijación al tahalí, pues se ha demostrado que con esa espada más larga podía seguir empleándose el mismo sistema de desenvainado desde la derecha mencionado más arriba [MORGAN 1987].

La *spatha*, a pesar de ser un arma pensada para los ataques potentes de filo, no puede despreciarse tampoco como arma de estoque, que serían tan efectivos contra enemigos sin escudo como los del *gladius*. Las causas de la sustitución de un arma por la otra no parecen estar muy claras, por lo que intentaremos ofrecer una explicación a partir de las características de cada una de ellas y en relación con otras armas de la panoplia del legionario. En efecto, al adoptarse la *lancea* de forma progresiva, ésta poseía menor poder de penetración que el *pilum* y no quedaba lo suficientemente enganchada en el

---

109. Vid. FEUGÈRE 1993: 148, donde el autor ofrece las medidas de los distintos grupos de *spathae* del s. III fechados con seguridad.



33. Reproducción de *spatha* del s. III d.C. del tipo Straubing/Nydam

escudo como para obligar al enemigo a arrojarlo; así, éste podía conservarlo y dificultar los ataques de punta con el *gladius*. Además, para el combate contra un enemigo provisto de escudo puede ser más efectiva la *spatha* y sus fuertes golpes de filo; por otra parte, el *gladius*, al ser más corto, tenía un radio de acción más reducido, siendo algo limitado en los golpes de filo. Otro punto a tener en cuenta sería el propio equipamiento del enemigo; en las fronteras europeas los guerreros germanos estaban armados en buena medida con lanzas (diferenciándose así de los guerreros celtas, entre los que la espada larga era la predominante), por lo que se pretendería ampliar el radio de acción del arma de filo de la infantería romana y proporcionarle más potencia de golpeo en ese tipo de ataques. Con todo, no puede afirmarse nada con rotundidad, quedando estas posibles explicaciones en el terreno de las hipótesis.

Por último, hay que mencionar que la espada legionaria, además de su utilidad intrínseca como arma, poseía un importantísimo valor simbólico, pues los soldados la consideraban como el “genio” protector del juramento militar (Apuleyo, *Metamorfosis* 9.41); su extravío en combate o en cualquier otra situación era un hecho bastante grave. En este sentido, la pérdida de la espada se equiparaba a la desertión (*Dig.* 16.3.13 y 16.3.14.1; CAMPBELL 1984: 304), de ahí la preocupación del legionario que nos presenta Apuleyo, que se ha dejado arrebatar su espada por un simple jardinero (*Metamorfosis* 9.40).

#### d) *Pugio* (Daga)

La daga era una pieza de equipo muy extendida entre los legionarios del s. I d.C., sin embargo, su uso se fue haciendo cada vez más raro a lo largo del s. II. Durante el s. III, este arma conoció un resurgimiento, recuperándose como una pieza importante del equipamiento del soldado. Vegecio parece referirse a ella como *semispathium*, término del que no nos atrevemos a concretar más sobre el arma a la que hace referencia.



34. Reproducción de *spatha* de fines del s. III d.C. del tipo Lauriacum/Hromowka

El *pugio* del s. I d.C. medía unos 35 cm. de longitud total, con una hoja ancha pisliforme que terminaba en una larga punta<sup>110</sup>. Las hojas solían contar con acanaladuras que, además de una función decorativa más o menos obvia, tenían la misión de introducir aire en las heridas infligidas a un adversario [SÁNCHEZ 2004: 63]. Estas piezas se caracterizaban por su esmerada decoración tanto en la empuñadura como en la vaina<sup>111</sup>, lo que podría hacernos pensar más en un tipo de arma de prestigio, que no sería asiduamente empleada en combate. Del alto precio que podían alcanzar estas piezas nos da una idea el papiro *Vindob.* L 135, en el que un soldado se dispone a pagar la decoración en plata de la vaina de su daga [HARRAUER 1979]. También tenemos referencias de su empleo en el s. II, si bien mucho menos amplias que las existentes para la centuria anterior. En concreto, podemos ver una daga en la estela funeraria de C. Castricio Víctor, procedente de *Aquincum* (Budapest). Esta evidencia escultórica viene apoyada por una daga hallada en Biciumi (Rumanía), procedente de la en ese momento recientemente creada provincia de Dacia [BISHOP 1989: 43-4]. Otra daga de Gelligaer y una vaina procedente de Colchester (Britania) también se datarían a comienzos del s. II (reinado de Trajano) [SCOTT 1985: 175].

La prueba arqueológica del empleo de este arma durante el s. III proviene del hallazgo de un depósito en Künzing, donde se han descubierto en un taller militar 59 hojas y 29 fundas de daga. Por su parte, Herodiano nos presenta a los pretorianos de fines del s. II equipados con este arma; no obstante, estas dagas, debido a su decoración y riqueza, serían, como afirma este autor, empleadas sólo en determinadas ceremonias (Herodiano 2.13.10). Puede que el resurgimiento de la daga a principios del s. III obedeciera a la necesidad de contar con un arma corta para la *melée* cerrada, a la que se adaptaría con mayor dificultad la *spatha* que se estaba imponiendo en las legiones. La daga del s. I d.C.

110. Para una amplia revisión de las dagas del s. I d.C., con taxonomía y cronología tanto del arma en sí como de las vainas, véase SCOTT 1985.

111. Véase, por ejemplo, MOREL 1989: 182-188.

era una pieza muy decorada, como hemos mencionado, y poseería un carácter ornamental muy acusado (aunque llegado el caso podía ser muy útil); sin embargo, las piezas del s. III eran más funcionales y se llevaban al lado derecho (al igual que el antiguo *gladius*).

### Equipamiento de la caballería legionaria

Sólo mencionaremos aquí las piezas de equipo que los diferenciaban de la infantería, evitando así repeticiones. El tipo de túnicas empleadas sería similar para todas las tropas legionarias; lo mismo cabría decir para el resto de las prendas de vestir en general; en este sentido las *caligae* también eran empleadas por los jinetes legionarios, aunque en este caso solían ir acompañadas por espuelas simples [GÖPFRICH 1986: 16-8].



35. Espuela romana del s. III d.C.

En cuanto al equipamiento defensivo, los soldados de la caballería legionaria portaban casco, armadura y escudo. El casco de la caballería se caracterizaba por su forma redondeada, batido en una sola pieza, con protector frontal, amplias carrilleras y cubrenuca. Durante el s. I y primera mitad del s. II era muy habitual que los cascos de la caballería estuvieran decorados con una

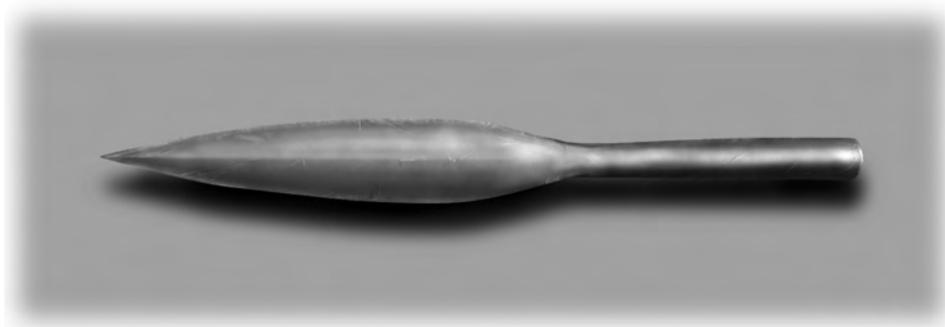
pieza superior en bronce dorado trabajada para dar la sensación de cabello. Por lo que respecta a las protecciones corporales, las armaduras propias de la caballería eran de malla o de escamas, que daban al jinete la mejor solución entre protección y movilidad sobre el caballo. Finalmente, el escudo era plano y construido en madera, pudiendo adoptar distintas formas: oval, hexagonal, etc.<sup>112</sup> Las armas ofensivas eran esencialmente lanzas y espadas (*spatha*). La lanza de caballería era más ligera que el *pilum*. Se caracterizaba por tener un asta de madera y una punta de metal en forma de hoja más o menos alargada. Podía ser empleada para blandirse o para arrojarse sobre el enemigo. La caballería pesada (*contarii*, *clibanarii*) estaba, no obstante, equipada con un tipo de lanza a dos manos denominado *contus*, que obligada al jinete a revestir protecciones bastante pesadas ante la imposibilidad de poder disponer de escudo. Durante el s. III, una parte de la caballería legionaria habría sido equipada como *contarii* o *catafractarii/clibanarii*.

La caballería romana se caracterizaba por protagonizar en ocasiones especiales entrenamientos en uniforme de parada y con armas simuladas, estos ejercicios eran conocidos con la denominación de *Hippika Gymnasia*. En estas ceremonias el jinete iba ataviado con toda una panoplia de armas especiales y equipo de parada compuesto por grebas, máscara, escudo, coraza y jabalinas modificadas, todos ellos ricamente decorados

112. Una clara muestra de este equipamiento procedente de una sepultura de un soldado de caballería del período ha sido analizada en VAN DAELE 2001-2002; concretamente, el soldado disponía de casco con penacho, que le habría cubierto por completo la cabeza, cota de escamas y escudo hexagonal.



36. Punta de *contus* (ss. III/IV) de procedencia desconocida hallada en la Bética

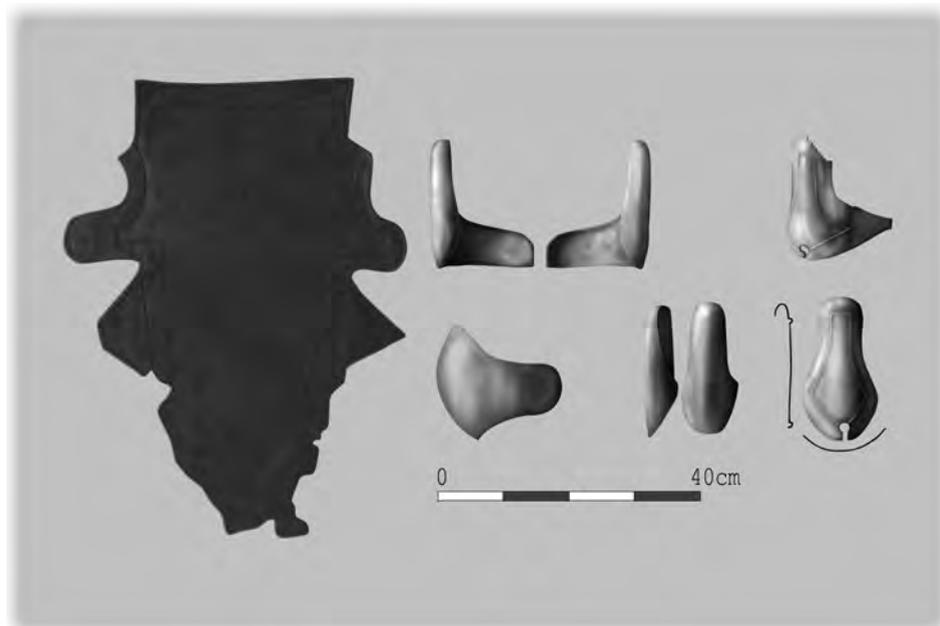


37. Punta de *contus* romano (s. II-III)

[GARBSCH 1978 y 1979]. Estas prácticas conocieron durante el s. III, debido a la creciente importancia de las tropas montadas, una gran difusión [HYLAND 1993: 78-88; DIXON 1997: 126-134].

Por último, habría que mencionar un elemento esencial que explica el gran éxito de las unidades de caballería romana, la silla de montar. La estructura era de madera, acolchada y forrada de cuero; se colocaba sobre una manta y se caracterizaba por presentar cuatro pomos metálicos, dos delante y dos detrás, que mantenían al jinete en posición. Los pomos delanteros permitían al jinete voltear su espada a un lado o a otro, mientras que sus piernas quedaban sujetas por éstos, o arrojar jabalinas sobre el enemigo; también podía soportar más o menos bien una carga con espada o lanza gracias a que las caderas estaban perfectamente fijadas en su posición por los pomos traseros<sup>113</sup>.

113. VAN DRIEL-MURRAY 1985; CONNOLLY 1986; CONNOLLY 1987; CONNOLLY 1991<sup>3</sup>; VAN DRIEL-MURRAY 2004; QUESADA 2008: 331-6.



38. Componentes de la silla de montar romana

Finalmente, los arneses de los caballos eran de cuero, con pendientes realizados en bronce en forma de tres hojas o de cuarto creciente; el bocado, por su parte, era metálico<sup>114</sup>. Los caballos del ejército romano no empleaban herraduras, lo que habría provocado un gran desgaste de sus cascos; para evitar éste, en la medida de lo posible, durante las marchas se empleaban una especie de “hiposandalias” metálicas (perfectamente atestiguadas en el registro arqueológico), que eran retiradas cuando jinete y montura se disponían a entrar en combate.

### Equipamiento de suboficiales y oficiales

Algunos suboficiales contaban con un tipo de lanza (*hasta*) muy característico que tenía sólo un valor simbólico, para denotar así el rango del portador de la misma. Entre estos destacan sobre todo los *beneficiarii* [FEUGÉRE 1993: 60-1]. Este *hasta* poseía una punta amplia con forma de hoja decorada y lobulada, algunas de las cuales podían alcanzar los 93 cm. de longitud. Esta lanza especial podían portarla también otros suboficiales, como los *cornicularii*, encargados de las oficinas de los altos mandos. Elementos propios de los portaestandartes eran las máscaras metálicas que podían representar el rostro de una amazona u otra figura de la mitología clásica; se trataba

114. Un resumen de los arreos y el equipo de caballería romanos puede consultarse en LAWSON 1978; véase, también, DIXON 1997: 61-75; HYLAND 1993: 37-65; QUESADA 2008: 337-341.

de piezas realizadas con un gran esmero y, a veces, en metal precioso (plata)<sup>115</sup>. Los portaestandartes y músicos también portaban como parte de su equipamiento pieles de animales, en concreto de león, oso y lobo, que colocaban sobre el casco y caían por la espalda.

Por lo que respecta al armamento específico de centuriones y oficiales, debido a los ingresos y la procedencia social de los mismos hay que pensar que no colocarían una carga excesiva sobre los canales de abastecimiento de la legión, sino que al incorporarse ya vendrían completamente equipados o realizarían encargos individuales. Elementos exclusivos de estos rangos eran las grebas [SANDER 1963: 155], desterradas de la infantería legionaria desde el s. I a.C., pero conservadas por centuriones y oficiales superiores durante los ss. I-III. El resto del equipo del centurión no difería mucho del de los demás legionarios, a excepción de la calidad y decoración que pudiera tener (a veces, según las disponibilidades económicas del centurión, éste podía disponer también de una coraza musculada) y al hecho de llevar sobre su casco una *crista transversa*<sup>116</sup>.



39. Reconstrucción de la silla de montar del ejército romano

Los oficiales superiores, tribunos, prefectos y legados, contaban con un equipamiento específico consistente en coraza de metal, a veces musculada (*lorica thorax*), decorada con *gorgoneium* (cabeza de Górgona)<sup>117</sup> y ceñida por una estrecha faja (*cinctorium*) propia de los altos oficiales, de color púrpura en el caso del emperador y escarlata para el resto; *parma equestris*, pequeño escudo redondo empleado por los *tribuni angusticlavii* y conservado únicamente como arma de parada [DEVIJVER 1990], sin ningún empleo en combate; *paludamentum*, capa de oficial de color llamativo, pero que sólo podía ser completamente roja en el caso del emperador, sujeta sobre el hombro izquierdo (este último, no obstante, también tenía reservado el uso del color púrpura para dicha prenda); *parazonium*, espada ceremonial [COUISSIN 1926: 385-6]; yelmo decorado de tipo neoático (otros tipos también eran posibles de acuerdo al gusto del portador); y *perones* o *calcei* cerrados en lugar de las *caligae* abiertas del resto de la tropa. Todo este equipo les diferenciaba claramente del común de los legionarios [SANDER 1963: 152-3; FEUGÈRE 1995].

115. Algunos de los últimos hallazgos de este tipo de máscaras junto a un estado de la cuestión en WILHELMI 1992 y WILLEMS 1992.

116. Vegecio 2.16.3; CONNOLLY 1981: 214; CONNOLLY 1986: 27 y 46-7; WARRY 1980: 173.

117. Según Harmand [1987: 196], este tipo de armadura fue llevada continuamente por el emperador y sus generales al menos, y le otorga un valor simbólico ligado al *numen* del *Imperium*.

## Armas de Apoyo

Ha sido algo tradicional otorgar una importancia menor de la que realmente tienen a las denominadas “armas de apoyo por el *fuego*”, cuya función primordial sería desgastar al enemigo antes de llegar al contacto directo con las tropas propias, que verían así facilitada su labor de romper la línea de batalla contraria. Armas como el arco han conocido a lo largo de la historia momentos de gloria, llegando a convertirse en el arma propia de todo un imperio (como el persa aqueménida o el parto), de los grandes pueblos conquistadores procedentes de las estepas de Eurasia (escitas, sármatas, alanos, hunos, mongoles, magiares) o en auténticas armas nacionales, como en el caso de los ingleses durante la Plena y Baja Edad Media con su arco largo (*longbow*)<sup>118</sup>. De hecho, incluso se ha llegado a considerar el alcance como el baremo principal para designar el arma dominante de una batalla, sin tener en cuenta su precisión; así, Fuller [1948] afirma que el arma de alcance superior debe ser considerada como la base de la táctica combinada. El arma dominante no sería necesariamente ni la más potente ni la más precisa, sino aquella que, por su propio alcance, puede entrar primero en acción y bajo cuya protección, según las posibilidades y limitaciones respectivas, pueden entrar en juego las restantes armas. En relación con esta apreciación, pueden mencionarse también las tácticas de caballería enunciadas en el *Strategikon* atribuido al emperador bizantino Mauricio I (582-602), donde se distingue entre *cursores* (arqueros a caballo actuando en ofensiva) y *defensores* (lanceros encargados de la protección de aquéllos en caso de sufrir algún ataque por parte de la caballería pesada enemiga); aquí se muestra, claramente, el papel táctico de cada uno de estos cuerpos de tropas y el arma dominante (el arco).

En relación con el ejército romano, podemos dividir estas armas de apoyo en dos grupos, las de carácter individual y las piezas de artillería (*tormenta*). Si bien su empleo más eficaz, así como el origen de su invención, estaba ligado a la guerra de asedio o defensa de ciudades y puntos fortificados (disciplina designada mediante el término genérico de “poliorcética” y que analizaremos con algo más de detalle en un capítulo posterior), la artillería romana también tuvo, en ocasiones, un papel destacado en campo abierto. Los cometidos, así como su empleo en combate, se analizarán en el siguiente capítulo, limitándonos aquí exclusivamente a la descripción de las armas mencionadas.

### a) *El Arco*

El tipo de arco más empleado por las unidades de arqueros a lo largo del siglo III era el denominado arco compuesto, originario de las estepas de Asia Central y ampliamente extendido en el Próximo Oriente. Este arco constaba de una pieza de madera, que proporcionaba el elemento principal de construcción, pero a la que se añadían partes de hueso y asta (generalmente de ciervo o búfalo) en el interior, y tendones en la parte externa; este último elemento era el responsable de su alto grado de flexibilidad [BIVAR 1972: 283]. La cuerda, por su parte, estaba realizada con tendones, cuero o crin de caballo y solían llevarse varias para su sustitución en campaña en caso de rotura. Cuando estaba destensado,

---

118. Protagonista clave en las victorias de Crécy (1346) y Agincourt (1415), donde la potencia de tiro de este arco inglés se impuso a la potencia de choque de la orgullosa caballería francesa fuertemente acorazada.

la forma característica de este tipo de arco era una amplia curva hacia fuera; al tensar la cuerda, el cuerno y el tendón ejercían fuerzas contrapuestas, pues el primero se comprimía y el segundo se estiraba; las propiedades mecánicas de estos elementos forzaban la vuelta del arco a su posición inicial, lo que permitía imprimir un impulso superior a la flecha. Además, tensar un arco compuesto, forzando su forma natural relajada, requería gran fuerza y destreza. Este proceso de tensar el arco debía realizarlo el arquero en no pocas ocasiones, pues para mantener el arma en su punto de máxima eficacia, fuera de los períodos de entrenamiento y combate, era obligado destensarla, de manera que retomase su figura natural, evitando con ello el sufrimiento innecesario de los materiales y una posible pérdida de tensión o rotura de la cuerda del arco. Los extremos del arco estaban, además, recurvados hacia delante, lo que imprimía aún más velocidad al proyectil. La potencia media solía ser de unos 75 kg, en comparación con los pocos kilos que daba un arco simple realizado a partir de una vara de madera más o menos elástica. Un punto que hay que tener en cuenta en relación con el arco compuesto es que se trataba de un arma especialmente útil en climas áridos o secos, de ahí su proliferación en el Próximo Oriente y las estepas euroasiáticas, pues una humedad excesiva podía acabar desagregando las diferentes partes del arco, encoladas mediante pegamentos naturales; estos adhesivos se solían obtener al hervir cuero o a partir del pescado, siendo el último especialmente apreciado, al ser muy elástico y resistente al agua [KARASULAS 2004: 20].

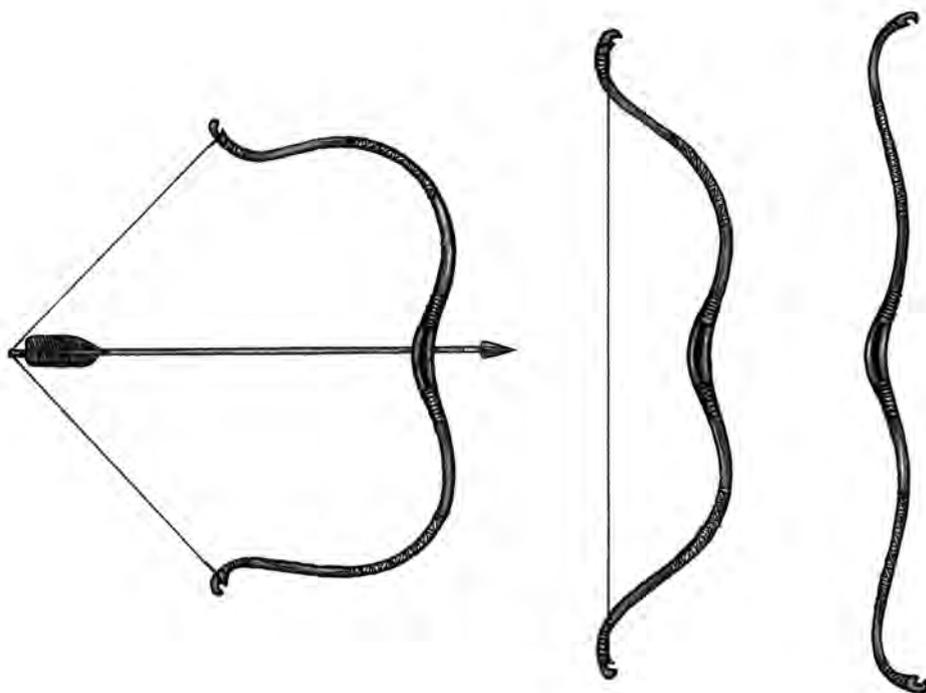
Las unidades de arqueros orientales fueron las que detentaron la supremacía en esta materia a lo largo de los tres primeros siglos del Imperio. Es en la vasta región que se extiende del Ponto a Egipto donde los romanos reclutaron sus unidades de arqueros: cretenses y tracios a pie, palmirenos, sirios, emesianos, itureos, osrhoenos e incluso partos y armenios, tanto a pie como a caballo [SARTRE 1994: 77-8]. Dentro de esta zona, fueron los sirios quienes constituyeron el mayor número de unidades de arqueros auxiliares<sup>119</sup>. Este tipo de tropas adquirió una gran importancia a lo largo del s. III, tanto en la frontera oriental como en el *limes* europeo (sobre todo danubiano). Vegecio nos informa de la creación de numerosas unidades de arqueros por parte de Claudio II (268-270) con las que hacer frente al enemigo (seguramente los godos) [MENÉNDEZ 2005: 47]; con anterioridad, el emperador se encontraba en inferioridad respecto a este tipo de tropas (Vegecio 1.15). Esta creciente importancia de las unidades de arqueros también se pone de manifiesto claramente en la *Historia Augusta*, pues, a excepción de una mención en la biografía de Avidio Casio, todas las demás referencias a arqueros tienen lugar durante el siglo III, a partir de Severo Alejandro<sup>120</sup>. Las unidades de arqueros acantonadas en la frontera del Rin no eran muy numerosas, siendo las provincias danubianas, Siria y Capadocia donde se concentraba el grueso de este tipo de tropas [ROSEAU 1996-7: 49-50].

Por lo que respecta a los legionarios, Vegecio (2.2.10) nos informa que un contingente en cada legión era también entrenado con el arco, haciendo hincapié, de nuevo, en esa cooperación entre infantería legionaria ligera y pesada (Vegecio 2.15) que habría que fechar en el s. III.

---

119. De las cuarenta y tres conocidas, veintiséis son con seguridad sirias y otras, sin denominación étnica, con gran probabilidad; *vid.* DAVIES 1977.

120. SHA, *Avidio Casio* 6.3; *Severo Alejandro* 61.8; *Dos Maximinos* 11.1-4 y 7-8; *Treinta Tiranos* 32.3; *Claudio* 16.2; *Aureliano* 11.3.

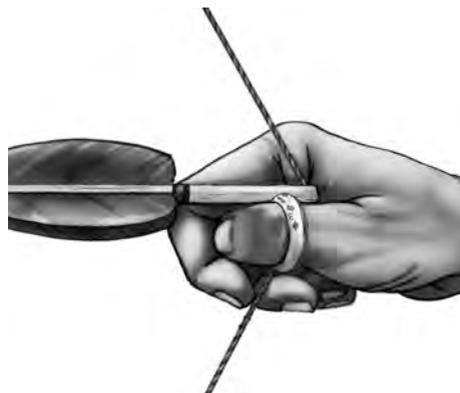


40. Arco compuesto en posición de disparo, tensado y destensado

En cuanto a la tipología de las flechas empleadas, su tamaño, peso y forma de la punta dependían del tamaño del arco, el uso a que se iban a destinar y el grado de protección del objetivo [COULSTON 1985]. Dos son fundamentalmente los modelos de punta que se emplearon a lo largo del s. III, el tipo trilobulado y el de forma de hoja alargada, de mayor longitud que el primero. Por lo que respecta al cuerpo de madera de la flecha, los ejemplares mejor conservados son los hallados en Dura Europos, si bien el estado incompleto de los proyectiles impide extraer conclusiones seguras sobre su peso, capacidad de penetración, tiempo de vuelo, etc. El alcance de estos arcos compuestos ha sido objeto de un amplio debate<sup>121</sup>, si bien podemos mencionar una distancia en torno a los 175 m como la más aceptable y realista. Con todo, las estimaciones propuestas en relación con el alcance han variado desde los 64 a los casi 600 metros. Lo primero que debemos tener claro es que no es lo mismo hablar de alcance eficaz que de alcance total; este último indicaría la distancia a la que el esfuerzo físico del brazo, unido a la potencia proporcionada por el arco, puede mandar la flecha, aunque no llegaría con la fuerza suficiente para producir daños sobre el enemigo. Por el contrario, el alcance eficaz sería la distancia máxima a la que puede ser arrojada una flecha y afectar a su objetivo en caso de impacto. El alcance máximo mencio-

121. Véase MENÉNDEZ 2000: 157-8; MCLEOD 1965; MCLEOD 1972; Vegecio 1.15 y 2.23.

nado para el arco compuesto en algunas fuentes se sitúa en torno a los 550 metros<sup>122</sup>, si bien se trataría de auténticos récords, dignos por ello de ser recordados, valga la redundancia, para las generaciones venideras. Por su parte, Vegecio nos informa que para entrenar a arqueros y honderos se situaban objetivos a unos 180 metros. Aun así, la mayor efectividad de este arco solía situarse hacia los cien metros, intervalo en el que un buen arco compuesto era capaz de atravesar una coraza [KEEGAN 1995: 205-6]; esa distancia se podía ampliar en caso de objetivos no acorazados o equipados a la ligera.



41. Tiro “mongol”

Por último, hemos de mencionar también las técnicas de disparo empleadas por la infantería romana. Durante el Alto Imperio, parece que la que más se usó era la de tipo “mediterráneo”, que consistía en sujetar la flecha por su extremo con tres dedos (índice por encima, corazón y anular por debajo del proyectil), tensar el arco y disparar. Por su parte, una técnica más novedosa era la de tipo “mongol”, que sólo empleaba el dedo pulgar, con el que se tiraba de la cuerda del arco sin sujetar la flecha, que permanecía apoyada sobre el dedo. Era necesario contar con un anillo protector para que la tensión de la cuerda del arco no produjera lesiones tras un uso continuado. Las ventajas que otorgaba esta nueva forma de disparar eran un menor desgaste y una mayor precisión en el tiro; además, este sistema estaba íntimamente ligado al arco compuesto y fue desarrollado por los arqueros a caballo de los pueblos de las estepas [KARASULAS 2004: 24]. Se pensaba que el estilo “mongol” sólo se introdujo en el Imperio Romano a mediados del s. IV bajo influencia persa sasánida; sin embargo, el hallazgo de un anillo protector de pulgar en Dura Europos demostraría que ese estilo era conocido en las fronteras entre ambos imperios a mediados del s. III d.C. [JAMES 1987], un siglo antes de lo que hasta ahora se había afirmado, aunque la extensión de su empleo en esta época es una cuestión que aún permanece sin respuesta.



42. Anillo protector de pulgar  
(mediados s. III d.C.)

122. Estas referencias van desde una estela hallada en Olbia (Mar Negro) y datada en 300 a.C. (c. 520 m) hasta una inscripción en honor de Genghis Khan (s. XIII) en la que se menciona que uno de sus arqueros alcanzó una distancia con su arco compuesto de 536 metros.

b) *La Honda (funda)*

A pesar de su aparente primitivismo, la honda es un arma bastante contundente y, empleada apropiadamente y en cantidades apreciables, podía causar estragos en las filas enemigas. Los materiales con los que esta arma se fabricaba no eran elásticos, sino que se empleaba cuero, lino, juncos, cáñamo o lana; constaba de una bolsa, saquillo o ensanchamiento central para colocar el proyectil y dos cuerdas trenzadas que se sujetaban con los dedos pulgar e índice. Solía dispararse tras un solo movimiento rotatorio por encima de la cabeza, soltando a continuación la cuerda del dedo índice hacia delante. Los soldados especializados en el empleo de esta arma solían llevar varias hondas de repuesto, atadas a la cintura o, incluso, a la cabeza.

No se han atestiguado unidades exclusivas de honderos durante los siglos I a III [WATSON 1969: 61], si bien el empleo de esta arma por el ejército romano durante dicho período queda fuera de toda duda<sup>123</sup>. La ausencia de unidades especializadas de *funditores* se ha intentado explicar haciendo referencia al fácil manejo de la honda (después de cierta práctica), a la sencillez de su elaboración y a su reducido coste de fabricación. Por otra parte, el paso progresivo de un ejército de campaña a una fuerza de fronteras habría favorecido también el abandono de unidades especializadas de honderos, pues éstos en una guarnición del *limes* sin entrenamiento en otro tipo de armas habrían sido rápidamente superados [GRIFFITHS 1989; VÖLLING 1990]. Esto no quiere decir que no se emplearan unidades de honderos en campaña, quizás reclutados *ex profeso* para las operaciones, como muestran, por ejemplo, las representaciones de éstos en la Columna Aureliana, en el ámbito de las guerras contra cuados y marcomanos<sup>124</sup>. Parece, además, que estas tropas eran especialmente apreciadas en el marco de las campañas orientales contra partos y persas. Por otra parte, gracias a Vegecio (*Epit.* 2.2), sabemos que los legionarios, al menos algunos contingentes por unidad, también recibían entrenamiento con la honda y el fustíbulo (arma parecida a la honda con un bastón como asidero para imprimir mayor potencia).

Los proyectiles empleados por las hondas durante los siglos II y III serían los de arcilla cocida o simples guijarros de río, pues los *glandes* (así denominados por presentar forma de bellota) de plomo sólo se han atestiguado para fechas posteriores al s. I d.C. en Britania<sup>125</sup>. No obstante, no puede descartarse tajantemente el empleo de proyectiles de plomo durante este período, pues su facilidad de fabricación permitía su elaboración vertiendo el plomo fundido en simples agujeros en el suelo realizados con el dedo, como ocurrió, por ejemplo, durante el asedio del fuerte romano de Velsen en 28 d.C. por los frisonos, donde se han hallado proyectiles de este tipo (e incluso las incisiones en el suelo) fabricados por los defensores<sup>126</sup>. Por lo que respecta a su alcance eficaz, éste, según

---

123. Vegecio 1.16; *ILS* 2487 (discurso de Hadriano en *Lambaesis*); 6.000 proyectiles de terracota hallados en la base de la legión III *Augusta* en *Lambaesis* [JOHNSON 1983: 108]; representaciones de la Columna Trajana.

124. Estos honderos aparecen vestidos con pantalones (*bracae*) y una capa sobre el torso desnudo, con los proyectiles almacenados en un pliegue frontal de la misma.

125. GRIFFITHS 1989: 271; VÖLLING 1990: 33-9.

126. Tácito, *Ann.* 4.72-4; THORNE 2007: 222.

Vegecio (2.23), es similar al del arco compuesto, es decir unos 180 m, siendo la ventaja de este último una mayor facilidad para apuntar y la menor destreza necesaria para su empleo. La honda sí que superaba ampliamente al arco simple y, en buenas manos, podía hacer fuego efectivo a una distancia de 200-300 metros [QUESADA 2008: 118]. Con todo, el alcance variaba según la longitud de las cuerdas, el ángulo de descarga y la energía cinética que el lanzador fuera capaz de concentrar [FIELDS 2008: 26]. Con la honda, no obstante, también se podía conseguir una gran precisión, como muestra el hecho de que fuera empleada para cazar.

Parece, incluso, que había varios diseños de honda, según la distancia a la que iban a ser empleadas; en este sentido, durante el período republicano, sabemos por las fuentes que los conocidos honderos baleares estaban equipados con tres hondas, cada una de ellas apta para una determinada distancia de ataque (Diodoro 5.18; Estrabón, *Geogr.* 3.5.1; Floro 3.8). Por otro lado, el daño producido por un proyectil de honda podía ser bastante importante, incluso contra objetivos fuertemente acorazados, como queda reflejado en las fuentes antiguas<sup>127</sup>. De hecho, no habría sido necesario, en ocasiones, que el proyectil atravesara las protecciones corporales del enemigo para provocarle lesiones<sup>128</sup>. En esta misma línea, Celso también nos informa que un impacto de glande de honda en el casco podía causar una fuerte conmoción cerebral a su portador (*De medic.* 5.26; 7.55)<sup>129</sup>.

### c) *Plumbata* (flecha lastrada)

A partir de las fuentes que mencionan este tipo de proyectil, además de las últimas investigaciones y hallazgos, se ha interpretado la *plumbata* como una especie de flecha lastrada mediante un abultamiento de plomo para aumentar su capacidad de penetración. Su uso se extendió en el ejército romano a partir del s. IV d.C., si bien los orígenes y los primeros estadios evolutivos del arma se remontan al siglo III. Vegecio (1.17) también denomina a estos proyectiles *mattiobarbuli* y nos informa que existieron dos legiones ilirias especialmente hábiles en el empleo de estas armas que, gracias a los servicios prestados en campaña, fueron muy estimadas por Diocleciano y Maximiano (284-305), hasta el punto de otorgarles los epítetos de *Iovia* y *Herculia*<sup>130</sup>, mostrando así su especial vinculación con el colegio imperial [BENNETT 1991]. Es probable, también, que ambos

---

127. “La honda es el arma más mortífera que emplean las tropas ligeras, pues el proyectil de plomo es del mismo color que el aire y, por tanto, invisible en su trayectoria, de forma que golpea de modo inesperado contra los cuerpos desprotegidos de los enemigos, y no sólo es violento el impacto en sí mismo, sino que, debido al calentamiento provocado por la fricción de su vuelo a través del aire, penetra en la carne muy profundamente” (Onasandro, *Strat.* 19.3).

128. Tal como refiere Vegecio: “A menudo, las piedras redondeadas lanzadas con la honda o el fustíbalo son más efectivas que las flechas contra todos aquellos soldados protegidos con yelmos metálicos, cotas de malla o corazas, pues aun dejando los miembros intactos, sin embargo, provocan una herida mortal y el enemigo, debido al golpe de la piedra, parece sin la ira que se produce ante la vista de la sangre” (*Epit.* 1.16).

129. Una posible solución para evitar este tipo de lesiones la menciona César, cuando refiere que los pompeyanos se colocaban protecciones de mimbre sobre los cascos para amortiguar el impacto de los proyectiles de honda (*B. C.* 3.62-3).

130. Quizás se tratara de las legiones I *Iovia Scythica* y II *Herculea* (véase el capítulo precedente).

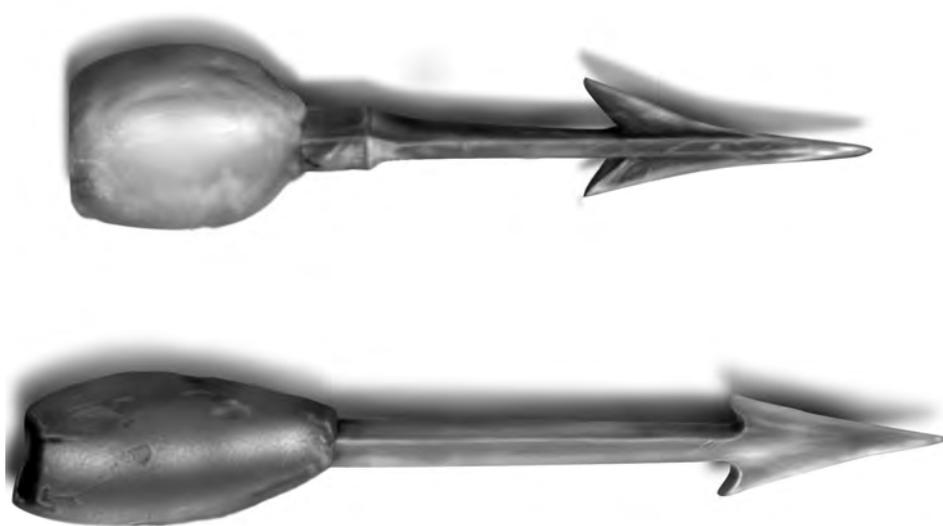
las incorporaran a sus respectivos *comitatus*, convirtiéndolas en fuerzas de elite altamente especializadas. De esta forma, este hecho presupone el empleo de la *plumbata* cierto tiempo antes no sólo para conseguir una amplia destreza a nivel legión, sino para forjarse esa fama en las campañas previas a la llegada de Diocleciano al poder (284).

Las fuentes escritas que nos describen a la *plumbata* son esencialmente dos, la *Epitoma* de Vegetio y el tratado anónimo *De Rebus Bellicis* (s. IV). Esta última obra denomina a la *plumbata* tradicional como *mamillata* (cap. XI), pero también hace referencia a un segundo tipo denominada como *tribolata* (cap. X); ésta se caracterizaba por contar con varias púas que se proyectarían desde el contrapeso hacia fuera para que, si no acertaban un objetivo, quedaran en el suelo como una especie de abrojos (*triboli*), constituyéndose en un obstáculo añadido para el avance de los soldados enemigos. El empleo de este último tipo de proyectil supondría, no obstante, su adecuación a un tipo de táctica más conservadora por parte de las tropas romanas con ellas equipadas, pues un avance propio podía verse estorbado por esos mismos obstáculos. Además de estas referencias, contamos con una serie de restos de *plumbatae* fechadas en contextos de los siglos III, IV y V. Con esta información puede describirse la *plumbata* como una especie de flecha de un metro de longitud con una punta de metal alargada en cuyo extremo inferior hay un ensanchamiento que actúa como contrapeso y favorece la penetración del proyectil [SHERLOCK 1979; SIM 1995]. Un ejemplo válido podría ser imaginar un *pilum* en miniatura, pues conserva las características que le dieron fama a este último, pero reducidas a la mitad; de hecho el *De Rebus Bellicis* afirma expresamente que estaban así diseñadas para que “pudiesen penetrar más fácilmente los escudos del adversario y obstáculos similares” [MENÉNDEZ 2009].



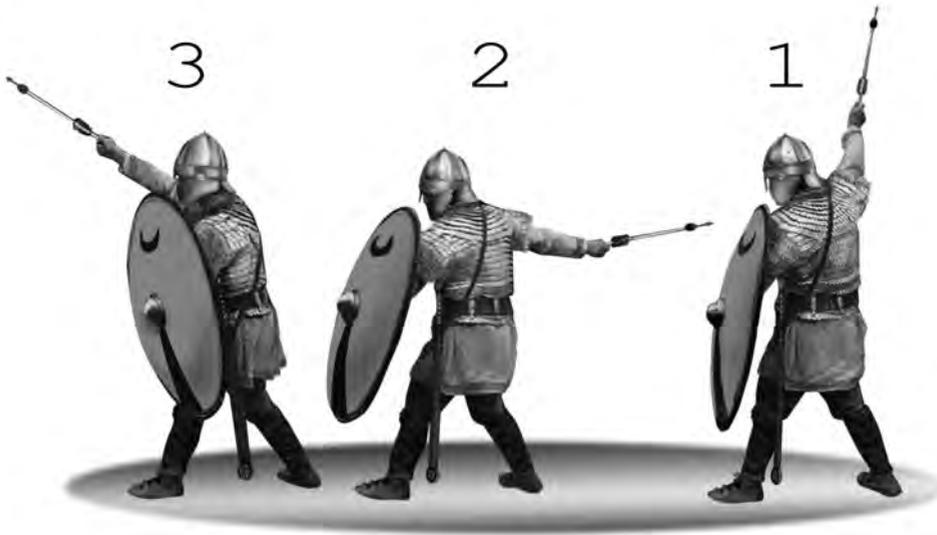
43. Punta de *plumbata* (s. III d.C.)

La dotación por soldado era de cinco de estos proyectiles (Vegetio 1.17), que se llevarían en el interior del escudo mediante algún tipo de soporte; esto proporcionaría un importante volumen de fuego concentrado a toda unidad equipada con estos dardos antes de llegar a la lucha cuerpo a cuerpo.

44. Puntas de *plumbatae* (s. IV d.C.)

Los experimentos realizados con réplicas han mostrado que el mejor método para arrojarlas y que alcanzaran una mayor distancia era por debajo del brazo, en un movimiento ascendente que le proporcionaría el impulso al proyectil y provocaría también una trayectoria más o menos curva con la intención de que cayera sobre el enemigo desde arriba; las distancias así alcanzadas eran de unos 60 metros con relativamente poco esfuerzo [EAGLE 1989; GRIFFITHS 1995]. Se ha demostrado, además, que son proyectiles ideales para ser arrojados sobre muros u otras protecciones, pues alcanzaban una altura de vuelo de más de diez metros al lanzamiento. Para distancias más cortas podían arrojarse tanto por encima como por debajo del brazo casi sin moverse de su posición, empleando sólo brazo y hombro y permaneciendo el soldado protegido tras el escudo o estructura defensiva. El problema que se plantearía, si se acepta el método de lanzamiento de la *plumbata* por debajo del brazo propuesto por J. Eagle, es que sólo permitiría su empleo sin obstáculos a la primera línea de soldados. En este sentido pueden plantearse dos soluciones, o bien que los soldados de la segunda fila en adelante lanzaran por encima del hombro, o bien que sólo la primera estuviera equipada con *plumbatae*, en una nueva evidencia de formación con líneas especializadas y armadas de forma diferente.

Por otra parte, como hemos mencionado más arriba, el ángulo de penetración podía ser muy acusado, llegando a herir a individuos agachados tras el escudo; de este modo, la mayor proporción de heridas infligidas al enemigo por esta arma se habrían concentrado sobre todo en cabeza y hombros.



45. Fases del lanzamiento de la plumbata, (según J. Eagle)

d) *Artillería (Tormenta):*

La artillería antigua ha sido calificada con el término de neurobalística, pues era accionada mediante la fuerza de torsión de un sistema de cables, que podía emplear diferentes tipos de material (aunque preferiblemente tendones), todos ellos caracterizados por su resistencia y elasticidad, para proporcionar una máxima fuerza de torsión (de ahí, también, el término *tormentum* empleado para definirla)<sup>131</sup>. Los orígenes de la artillería de torsión se remontan, sobre todo, a los inicios del período helenístico, si bien los primeros tipos ya estaban en uso a mediados del s. IV a.C. Estas nuevas máquinas parece que adquirieron especial relevancia en el tren de asedio de Filipo II de Macedonia hacia 340 a.C. (sitios de Perinto y Bizancio)<sup>132</sup>. La artillería antigua conoció un importante período de desarrollo durante el reinado de Alejandro Magno, que fue el primero en incluir máquinas lanza piedras en su tren de asedio (Halicarnaso, -334 a.C.; Tiro, -332 a.C.), y, más aún, tras su desaparición (323 a.C.), debido a las continuas luchas por la supremacía entre sus generales (Diádocos), y los sucesores de éstos (Epígonos). Puede afirmarse, así, que todos los grandes tipos empleados durante la época imperial romana fueron ya conocidos por los reinos del Oriente mediterráneo entre los siglos IV y I a.C. No obstante, los romanos no sólo se limitaron a aplicar mejoras de detalle en un campo ya muy avanzado gracias a

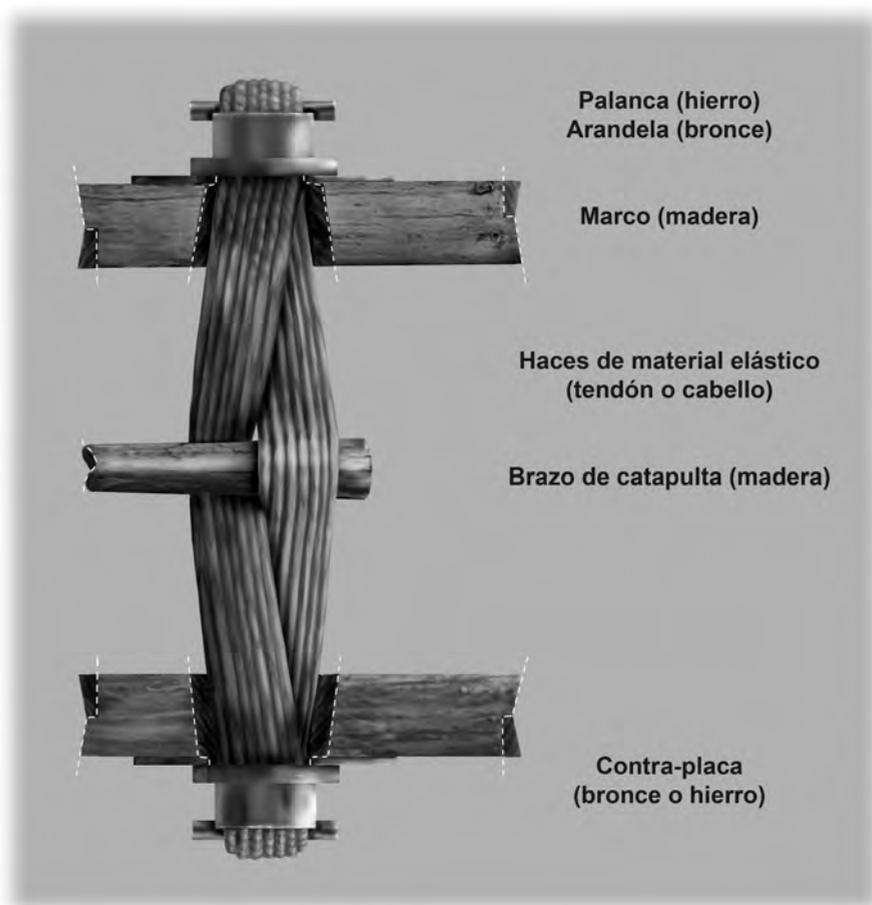
131. En este ámbito continúan siendo referencia obligada las obras de E.W. Marsden [1969 y 1971], que abarcan el origen y desarrollo de estos ingenios a lo largo de toda la época grecorromana.

132. Hay referencias a máquinas de torsión empleadas ya por Dionisio I de Siracusa a comienzos del s. IV a.C., pero su difusión fue muy limitada [CAMPBELL 2003<sup>2</sup>: 8; CAMPBELL 2009: 44]; en este sentido, parece que el grueso de las piezas de artillería de este tirano estaban propulsadas por sistemas de arcos compuestos.

los trabajos de ingenieros como Ctesibio (que, aunque referencia esencial para escritores posteriores, no dejó obra escrita), Bitón (*De la construcción de máquinas de guerra y catapultas*) o Filón de Bizancio (*Tratado de Mecánica, Poliorketika, Belopoeika, Pneumatika*), sino que continuaron evolucionando las piezas y dando lugar a tipos completamente nuevos como el onagro o la artillería de cuadro metálico (ver *infra*). Vitrubio (que sirvió como constructor y reparador de piezas de artillería bajo Julio César y Octaviano), por su parte, actúa en el libro X de su obra *De Architectura*, publicada hacia 25 a.C., como sistematizador de todo el conocimiento acumulado por más de tres siglos de experiencia griega en este ámbito. También destaca el papel jugado en este campo por las obras de Herón de Alejandría (*Belopoeiká*, c. 60 d.C.), la *Cheiroballistra* (mal atribuida a Herón, pues habría que datarla hacia el año 100 d.C.) y por Apolodoro de Damasco (arquitecto jefe de Trajano, a quien dedica una obra sobre la guerra de asedio fechada tras la primera campaña en la Dacia, y Adriano), ya durante el Alto Imperio.

Los términos empleados para definir este tipo de máquinas de guerra son principalmente tres: *ballista*, *catapulta* y *scorpio*. Las dos primeras tenían una estructura similar formada por un armazón (*capitulum*) de madera, generalmente reforzada con metal, del que sobresalían dos brazos rectos en los laterales y una corredera (*canaliculus*) donde se colocaba el proyectil; estaban, además, asentadas sobre una base que permitía la regulación del ángulo de tiro de la pieza. Su tamaño, no obstante, variaba de acuerdo con el calibre de los proyectiles que arrojaran. El *scorpio*, por su parte, se caracterizaba por su pequeño calibre y por disponer de brazos curvos (esta curvatura, no obstante, también podía aplicarse a otras piezas de artillería), para incrementar así la tensión y tomar más potencia. Tradicionalmente, las balistas eran máquinas diseñadas y empleadas para arrojar proyectiles de piedra, de mayor o menor calibre según las especificaciones de su construcción; la catapulta, por su parte, arrojaba dardos y flechas, y solían gozar de bastante precisión (Josefo, *B.J.* 3.167).

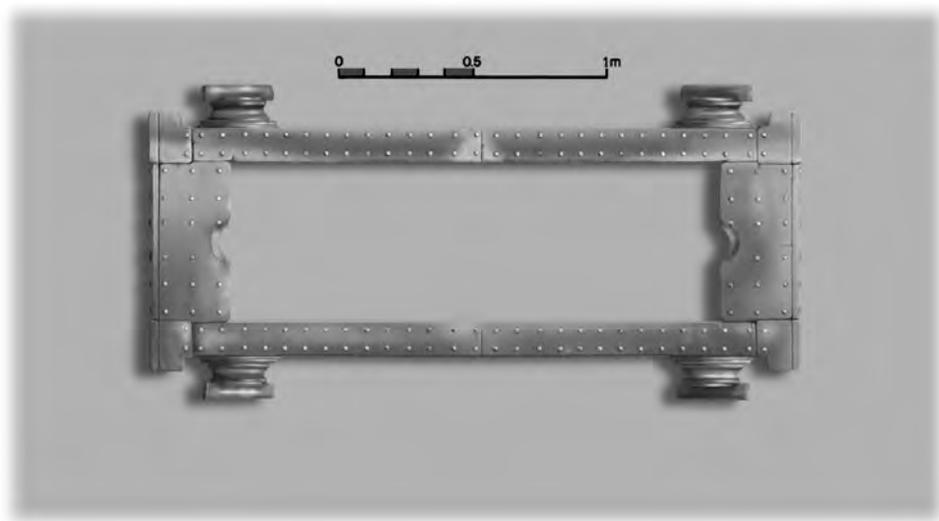
Sin embargo, durante los siglos II y III se produjo una inversión total en la nomenclatura de estos ingenios, pasando a denominarse ahora con el término catapulta a las máquinas encargadas de arrojar piedras y balistas a las que lanzaban dardos [MARSDEN 1969: 1-4]. Este cambio coincidió, también, con la aparición de las piezas de artillería de cuadro completamente metálico representadas ya en la Columna Trajana y basadas en el sistema de construcción de la *Cheiroballistra*. Esta pieza, tal como se menciona en la obra en la que se describe su fabricación, era un arma individual (una especie de ballesta), si bien parece que con tales especificaciones no llegó a entrar en servicio en el ejército romano; con todo, sus avances tanto en el sistema de torsión, dotado de mayor potencia, como en la elaboración del cuadro, totalmente en metal en algunos casos, y la aplicación de brazos curvados hacia el exterior dieron lugar a una nueva serie de máquinas bastante potentes y que, poco a poco, habrían acabado por sustituir a la anterior generación de piezas de artillería. Como hemos adelantado, estas nuevas piezas aparecen ya representadas en la Columna de Trajano (dedicada en 113 d.C.); el registro arqueológico también ha proporcionado importantes muestras de estas nuevas piezas, fechadas a partir de finales del s. II en zonas tan distantes como Lyon o Hatra, en este caso ambas conectadas probablemente con las operaciones llevadas a cabo por Septimio Severo en dichas zonas en 197 y 198/9 respectivamente.



46. Sistema de torsión de catapultas y balistas (según D. Baatz)

La balista de Hatra (c. 199 d.C.) parece ser una de las últimas lanza-piedras atestigüadas. Llama la atención el hecho de que, en este caso, las hendiduras para que los brazos no golpeen el armazón se encuentran ubicadas en el interior del cuadro, algo que, al parecer, habría que interpretar como que esta máquina disponía de brazos basculantes interiores [CAMPBELL 2009<sup>2</sup>: 33]. Éstos, en reposo, se proyectarían hacia delante y cuando se cargaba el arma se desplazaban hacia atrás a través del armazón; cuando el proyectil era disparado, los brazos volvían a su posición de reposo hasta que la cuerda los detenía; no llegaban al armazón de la máquina, pues el espacio libre creado por las hendiduras les servía para bascular antes de golpear los elementos verticales del mismo.

Por lo que respecta a los proyectiles, éstos se dividían esencialmente en dos grupos, virotes o dardos, por una parte, y proyectiles de piedra redondeados, por otra. Los dardos de catapulta estaban constituidos por un cuerpo de madera sobre el que se engarzaba una fuerte punta metálica; el sistema más empleado era el de inserción mediante casquillo.



47. Cuadro metálico de balista hallado en Hatra (finales s. II d.C.)

Por su parte, tanto los virotos como las piedras seguían un sistema de calibres más o menos potentes según el objetivo a batir y las máquinas desde los que se iban a arrojar. Un buen ejemplo de este tipo de proyectiles fechado a mediados del s. III d.C. procede de Dura Europos; el asta de madera mide 46 cm. y, al parecer, estaba diseñado para los nuevos tipos de *ballista* puestos en servicio desde el s. II; de hecho, las proporciones son bastante diferentes en relación a los proyectiles de períodos precedentes. La punta de esta pieza, por otra parte, parece estar diseñada especialmente para penetrar armaduras.

La artillería antigua exigía una gran especialización no sólo en su construcción, sino también a la hora de operar las piezas. Las catapultas no poseían elementos precisos de puntería, requiriendo gran pericia y una larga práctica antes de que un artillero pudiera estimar correctamente el ángulo de elevación en el que había que colocar el artillugio para conseguir con exactitud el alcance requerido. Las balistas y catapultas podían operar normalmente hasta los 360 m, aproximadamente, si bien máquinas particularmente potentes podían ser efectivas a una distancia de 450 m. La forma de modificar ese alcance era doble, por una parte, era posible tensar los brazos a distintas distancias para modificar su ángulo, o bien, se podían tensar los elementos de torsión en diversos grados, manteniendo siempre el mismo ángulo de proyección; por otra, se podía modificar el ángulo de elevación de la máquina, manteniendo la misma tensión; este segundo método sería, según Marsden, el más extendido. Para tomar puntería con balistas lanza-dardos se miraba por la ventanilla que quedaba sobre la corredera; sin embargo, este sistema no podía utilizarse con las catapultas lanza-piedras, cuyo ángulo de elevación excedía los 30 grados; estas últimas se alinearían sobre el objetivo y corregirían la trayectoria a partir de los primeros disparos, pudiendo contar también con una serie de marcas sobre la pieza relacionando ángulos de tiro y alcances estimados.

A comienzos del s. II (c. 100-117) apareció, también, la *carroballista*, máquina especialmente apta para la guerra de movimientos, cuya representación en la Columna Trajana montada en carros es síntoma de la eficacia de su empleo en combate abierto [WILKINS 1995]. Este tipo de catapulta se caracterizaba por la utilización del hierro en la elaboración de su armazón, a diferencia de los tipos en madera existentes hasta finales del s. I d.C. [BAATZ 1981]. Por último, a lo largo del s. III conoció un gran desarrollo el onagro (*onager*), pieza de artillería que, según Marsden, se encontraría ya en servicio a comienzos de esa centuria<sup>133</sup>. El onagro (véase lámina 17) era una catapulta de un solo brazo cuya descripción más clara nos ha llegado a través de Amiano Marcelino (23.4):

*Se modelan dos vigas de roble o de acebo y se les da una ligera curvatura de modo que parezcan combadas, luego se conectan como si se tratase del armazón de una sierra, con grandes agujeros practicados en cada lado. Entre estas vigas, a través de los agujeros, se tiende un poderoso haz de tendón, previniendo la estructura de caídas laterales. Desde la mitad del haz un brazo de madera se eleva en ángulo y, siendo colocado vertical, a modo de un poste de yunta, es así insertado en el entramado de tendón de modo que pueda ser elevado y descendido. En su extremo se fijan tres ganchos de hierro, de los que cuelgan hondas de estopa o de hierro. Un inmenso amortiguador se fija al frente de este brazo, un saco lleno de paja fina, asegurado por fuertes ataduras. El ingenio se coloca en pilas de césped o plataformas de ladrillo, pues, si se pone en un muro de piedra, una masa de este tipo rompe cualquier cosa que se encuentre debajo, debido no al peso, sino a su violento retroceso. Cuando va a combatir, se pone una piedra redonda en la honda y cuatro soldados fornidos en cada lado; para mover hacia atrás las palancas a las que está conectada la cuerda de retroceso, tiran del brazo hacia abajo hasta casi la horizontal. Finalmente, cuando se ha realizado todo esto, y sólo entonces, el maestro artillero, colocado junto a él, golpea con un pesado martillo, después de lo cual el brazo, liberando mediante el golpe al pasador y encontrando la suavidad del saco, proyecta la piedra, que romperá cualquier cosa que golpee.*

Esta pieza se caracterizaba por su falta de precisión y una cadencia de tiro bastante reducida; sin embargo, ambas deficiencias eran compensadas por la gran potencia y capacidad de penetración de sus disparos. De hecho, Peterson afirma que el onagro era inferior a las piezas de artillería de dos brazos y que la popularidad que alcanzó a lo largo del s. III habría que buscarla en su mayor facilidad de construcción y mantenimiento, y en que requería dotaciones menos experimentadas para operarla [PETERSON 1996: 59 y 63].

A lo largo del s. II d.C. parece asistirse a una sistematización de las piezas de artillería, quedando limitadas a un par de tipos fundamentales que son los que equiparon a las tropas legionarias durante toda esa centuria y la siguiente. De este modo, la artillería empleada por el ejército romano en campaña durante el siglo III se habría reducido a

---

133. La opinión está basada en una inscripción (RIB 1280) que refleja la construcción de una plataforma de artillería (*ballistarium*) lo suficientemente resistente como para soportar el retroceso de un onagro [vid. MARSDEN 1969: 191] (contra CAMPBELL 2003<sup>2</sup>: 47; que considera ese *ballistarium* como un arsenal para piezas de artillería).



48. *Carrobalista* de la Columna de Trajano

dos tipos básicos, la *carrobalista* (que también podía haberse empleado como pieza fija, independientemente de la plataforma móvil sobre la que se montaba) y el onagro. Esta unificación es importante por las ventajas que proporcionaba a la hora del mantenimiento, fabricación de repuestos, entrenamiento de los soldados en su uso, etc.<sup>134</sup>

Una última clasificación aplicable a este tipo de piezas de artillería romanas sería, según la parábola trazada por sus proyectiles, la de armas de tiro curvo o de tiro tenso. En el primer grupo puede colocarse, sin ningún género de duda, el onagro, cuyo único brazo permitía alcanzar una altura bastante importante desde cierta distancia, aprovechando así al máximo la energía cinética acumulada por el peso del proyectil y cayendo por detrás de las fortificaciones. Por lo que respecta a balistas y catapultas sus estructuras eran lo suficientemente móviles para permitir disparos con ángulos diversos. Hay que mencionar, con todo, ciertas diferencias entre balistas y catapultas provocadas por el proyectil empleado: las balistas lanza dardos emplearían un tipo de tiro tenso en el que el proyectil se habría dirigido hacia el enemigo sin describir una pronunciada elipse durante su vuelo. En este sentido, puede compararse su actuación con la de las ballestas de época pleno y bajomedieval, que sólo eran capaces de hacer fuego de forma efectiva mediante un tiro

134. De forma similar, los ejércitos modernos tienden siempre que pueden a una estandarización de tipos y componentes que faciliten la labor logística de los Estados Mayores y la centralización de la producción de municiones. Las situaciones de conflicto a gran escala suelen llevar esta estandarización hasta sus máximas consecuencias.

recto y frente al enemigo (a diferencia del arco, que permitía disparar por encima de las unidades de su propio ejército). Las máquinas lanza-piedras, por su parte, podían operar en un ángulo mucho más pronunciado (30-45°), para conseguir más alcance sin una pérdida apreciable de efectividad.

Una característica importante de la artillería en el ejército romano es que su empleo estaba restringido a las legiones. Las unidades auxiliares no contaban con una dotación permanente de este tipo de armas, si bien ello no excluye la posibilidad de que, circunstancialmente, se beneficiaran del apoyo proporcionado por estas máquinas<sup>135</sup>. La dotación de artillería por legión parece haberse mantenido bastante estable durante los siglos I-III. Así, Josefo da un total de ciento sesenta piezas de artillería para las tres legiones que, al mando de Vespasiano, se encontraban sitiando la plaza fuerte judía de Jotapata en 67 d.C. (Josefo, *B.J.* 3.166), lo que supone una media de cincuenta a cincuenta y cinco piezas por legión (aproximadamente, una por centuria). Por su parte, Vegetio (2.25) afirma que cada legión contaba con cincuenta y cinco carroballistas (una por centuria), cada una de las cuales tenía asignada una bestia de carga para su transporte y once hombres como dotación; además de éstas, cada cohorte poseía un onagro, lo que daría un total de sesenta y cinco piezas por legión. Algunos autores, como Baatz o Campbell, han propuesto sin embargo que esos *onagri* propios de la *antiqua legio* descrita por Vegetio no serían sino *ballistas* que arrojaban piedras; Vegetio habría traducido este último término por el de *onager*, pues era ésta la única máquina lanza piedras que él conocía [CAMPBELL<sup>2</sup> 1984]. Vemos, no obstante, cómo las cifras de dotación son significativamente similares, aunque se han hecho intentos de conciliarlas aún más; en este sentido, H.M.D. Parker se inclinaba por considerar que Vegetio cometió un error y malinterpretó el número de máquinas por legión; el total correcto sería de cincuenta y cinco, estando los *onagri* comprendidos dentro de este número, por lo que no se trataría de piezas adicionales [PARKER 1932]; según esta interpretación, cada cohorte tendría asignadas cuatro carroballistas y un onagro.

Los legionarios encargados de la operación de estas máquinas recibían el nombre de *ballistarii*, aunque orgánicamente estaban integrados en sus centurias respectivas, pues hasta bien entrado el s. IV la artillería no se constituyó en cuerpos autónomos (legiones de *ballistarii* de época constantiniana). Cada legión contaba con sus propios talleres para reparación y mantenimiento, si bien disponemos de algunas referencias que parecen probar la existencia de un arsenal central ubicado en Roma<sup>136</sup>. Ese arsenal de Roma habría estado bajo el mando directo del prefecto del pretorio y habría cubierto tanto las necesidades de las unidades acantonadas en la Urbe como una parte de las demandas de las tropas estacionadas en las fronteras<sup>137</sup>.

135. Campbell documenta cuatro casos, caracterizados por sus muy especiales circunstancias, en los que cabría la posibilidad de que guarniciones auxiliares contasen con este tipo de máquinas de guerra [CAMPBELL 1986; véase, también, BAATZ 1966].

136. Tácito, *Historiae* 1.38; Herodiano 2.11.9 y 7.11.7; *ILS* 2034=*CIL* 6.2725 (Roma, fines s. I d.C.); *CIL* 6.999 (Roma, 138 d.C.) = WALSER 1993: n°6.

137. Véase CORDENTE 1992: 277-8; ADAMS 1976: 247; SPEIDEL 1981<sup>2</sup>.

Estas máquinas, si bien habían estado relacionadas esencialmente con la poliorcética, podían también ser operadas en combates en campo abierto, algo a lo que hacen referencia las fuentes desde mediados del s. I d.C.

### Los estandartes

La legión disponía de toda una panoplia de estandartes entre los que podemos diferenciar aquéllos con una función táctica y los que poseían un cometido eminentemente representativo. Entre estos últimos el más destacado era el *aquila*, la enseña más importante de la legión y que la representaba en su conjunto. El águila legionaria, además de ser el animal propio de Júpiter<sup>138</sup>, era un símbolo de poder, de la victoria, del Imperio y de la prosperidad. El simbolismo de este emblema era tal que su captura por parte del enemigo constituía un auténtico desastre que podía llevar a la disolución de la unidad o a su no reconstitución si había sido destruida en combate; dependía directamente del primípilo y no abandonaba la base legionaria a menos que todas las tropas lo hicieran. Se la veneraba en un templo (*aedes signorum*), ubicado en el complejo de los edificios de mando (*principia*) junto al resto de las enseñas. Las águilas legionarias durante el s. III, al igual que en los dos siglos anteriores, estaban elaboradas en oro, a diferencia de sus precedentes republicanas (recordemos que este emblema como símbolo supremo de la legión fue introducido por Cayo Mario hacia 104/3 a.C.)<sup>139</sup>, manufacturadas en plata. Es probable que este estandarte sólo reflejara el numeral de la legión en la *tabula ansata* (cartela) situada bajo la representación del águila, sin nombre, pues los *cognomina* de las legiones podían cambiar, pero los numerales no [FARNUM 2005: 112]. Para evitar celos entre las diferentes unidades, es probable que todas contaran con águilas similares fabricadas en Roma y entregadas por el emperador en persona; de hecho, el *natalis Aquilae* era el día más importante de una legión y se conmemoraba todos los años. Cabe la posibilidad que la primera serie de águilas doradas proporcionadas a las legiones se debiese a Octaviano en 30 a.C. (tras su victoria en las guerras civiles), y que el resto de emperadores se limitaran a copiar el modelo, para mantener así la uniformidad en relación con los estandartes de las legiones precedentes y como señal de respeto a la figura del primero de los príncipes y fundador del ejército imperial romano. El *Aquila* legionaria estaba a cargo del *aquilifer*, el portaestandarte de más alto rango de toda la legión, asignado orgánicamente a la primera cohorte. Este portaestandarte se diferenciaba del resto de los legionarios en que llevaba un pequeño escudo circular (*parma*) en lugar del *scutum*, una máscara que podía ser de plata y sobre su casco lucía una piel de animal (león, oso o lobo) que caía sobre su espalda.

---

138. Cf. Isidoro de Sevilla, *Orig.* 17.3.2, donde el autor hace hincapié en la predilección, según la mitología, de este dios por el águila como presagio favorable en sus combates y símbolo de victoria, razón por la cual acabaría siendo adoptada por el ejército romano.

139. Plinio, *N.H.* 10.16; Salustio, *Catil.* 59.3; para la especial relación de C. Mario con esta rapaz, véase MONTERO 2003.



49. Portaestandartes de la Columna Trajana

Un cometido eminentemente representativo cumplía también el estandarte denominado *imago*, caracterizado por llevar un retrato del emperador para dejar así constancia del mando supremo del ejército y a quién debían obediencia en último extremo los soldados. Este estandarte era custodiado, también, por la primera cohorte y portado por el *imaginifer*.

Los estandartes con cometido táctico eran el *signum*, el *vexillum* y, a partir del s. II d.C., el *draco*. Cada unión de dos centurias de una misma cohorte, es decir, cada manípulo contaba con un *signum*, a cargo de un portaestandarte (*signifer*) (Vegecio 2.13)<sup>140</sup>. La forma del *signum* puede observarse a partir de representaciones iconográficas, entre las que destacan las de la Columna Trajana y algunas estelas renanas<sup>141</sup>; estaba formado por una mano extendida con la palma al frente y los dedos juntos colocada en el extremo de un asta de madera, rodeada por la representación de una corona de laurel. El *vexillum*, en principio, era un estandarte propio de la caballería; consistía en una pieza de tela cuadrada sujeta a un travesaño que se llevaba sobre un asta de madera. El encargado de esta enseña era el *vexillarius*. Sin embargo, el *vexillum* también se adoptó como estandarte para los

140. Cabe la posibilidad, no obstante, que durante los siglos I-III d.C. cada centuria dispusiera de su propia enseña.

141. Una buena representación de *signum*, pero de una cohorte auxiliar, puede observarse en la estela de *Pintaius*, procedente de Germania y datada a mediados del s. I d.C. [PEREA 1996]. Véase, también, para toda esta problemática QUESADA 2007.

cuerpos de tropas destacados de sus legiones de origen, las *vexillationes*, que podían estar compuestas sólo por infantería o constituir un contingente mixto (infantería/caballería).

Un último tipo de estandarte propio del ejército romano era el *draco*. En principio, el *draco* se introdujo en la caballería romana entre finales del s. I d.C. y comienzos del s. II [COULSTON 1991], siendo ya descrito por Arriano (*Tactica* 35.1-6), que le da un origen sármata; este tipo de estandarte habría sido empleado por los arqueros a caballo de los pueblos de las estepas de Asia Central con el fin de determinar la fuerza y dirección del viento [BRZEZINSKI 2002: 38], algo esencial para la efectividad de estas tropas; quizás en el ejército romano también se hubiera aprovechado esta característica para sus propias unidades de arqueros (tanto a pie como a caballo). La enseña consistía en una cabeza de bronce alargada, bien de lobo o bien de serpiente, representada con las fauces abiertas, con una manga de tela añadida por detrás. Durante el s. III los *dracones* que se impusieron fueron los de cabeza de serpiente, abandonándose los de cabeza de lobo de tradición danubiana a lo largo del s. II. En un principio, los *dracones* estuvieron confinados exclusivamente a la caballería, para la que se mostraría como un estandarte ideal, pues gracias a su velocidad llenaba más fácilmente la manga de tela añadida a la cabeza metálica, haciendo que flameara vistosamente. Sin embargo, a fines del s. III, y con seguridad durante el s. IV, este estandarte se extendió también a la infantería legionaria. De hecho, Vegetio (2.13) describe el *draco* como el estandarte propio de la cohorte, enseña que antes no existía.

Estos estandartes constituían una referencia visual para los soldados durante la batalla, pero para hacer actuar a estas enseñas situadas en la línea eran necesarias señales auditivas. En este sentido, Vegetio (3.5) nos informa de los instrumentos propios de la legión, cada uno de ellos con un cometido táctico concreto. Así, estarían el *cornu* (corneta), la *tuba* (trompeta) y la *buccina* (bocina); al toque de los *cornicines* sólo obedecían las enseñas, que a su vez serían seguidas por los soldados, mientras que cuando tocaban los *tubicines*, las órdenes debían cumplirlas los individuos (Vegetio 2.22). Los toques de *tuba* también marcaban a los soldados los diferentes servicios (Tácito, *Hist.* 2.29.2).

### Otros elementos empleados por los legionarios

Piezas necesarias para el buen funcionamiento de una legión eran las armas de entrenamiento fabricadas en madera o entramado de cañizo de las que nos hablan Vegetio (1.11) y Livio (26.51.4). Otra referencia a la elaboración de armas de entrenamiento, esta vez para la caballería, la proporciona un papiro procedente de Fayum, en Egipto, en el que los habitantes de la comunidad fabricaron astas de jabalina de madera de palmera; según Speidel [1981<sup>2</sup>: 405-9], la madera de palmera no es válida para auténticas lanzas, por lo que este documento puede referirse a armas de entrenamiento y parada sin punta de metal empleadas en los juegos de la caballería (*hippika Gymnasia*) (Arriano, *Tactica* 34.8). Estas armas eran fundamentales para la instrucción inicial de los reclutas y consistían en espadas, *pila* y *scuta* que llegaban a pesar el doble de sus homólogos auténticos. Al ser de madera, han dejado pocos vestigios en el registro arqueológico, si bien contamos con

algunos hallazgos que confirman la veracidad de las informaciones literarias<sup>142</sup>. La finalidad de estas armas de entrenamiento era acostumbrar al recluta a operar con instrumentos mucho más pesados y conseguir su familiarización y soltura en el manejo, para que, cuando se le proporcionaran las armas reales, éstas le parecieran mucho más livianas de lo que eran en realidad. Normalmente, estas armas simuladas se empleaban en el campamento, pero en ocasiones, cuando la premura de tiempo requería que los reclutas continuaran su entrenamiento con la campaña ya iniciada (algo que sería no poco frecuente durante los años más sombríos del s. III), podían incorporarse al tren de bagajes o ser transportados por sus principales usuarios.

Otro elemento esencial cuando una legión se disponía a entrar en campaña eran las tiendas, una para cada contubernio de ocho legionarios; en relación a estas piezas de equipo estamos relativamente bien informados a través de las fuentes tanto literarias<sup>143</sup> como iconográficas, entre las que destaca la Columna Trajana. A ello hay que unir los importantes hallazgos arqueológicos de partes de estas tiendas de campaña, entre los que cabría destacar los de Mainz, Valkenburg, Bonner Berg, *Vindonissa*, Castleford, Carlisle y *Vindolanda* (Chesterholm), gracias a lo cual se ha podido conocer su estructura aún mejor. Según C. Van Driel-Murray [1990 y 1990<sup>2</sup>], la tienda estándar del ejército romano mediría diez por diez pies romanos (unos tres por tres metros) y tendrían acceso por la parte frontal y trasera; el ángulo del techo oscilaría entre 130° y 120°, si bien la última cifra aparece como más probable. Las paredes de la tienda tendrían una altura de un metro y ésta carecería de estructura de madera interior, aunque su método de sujeción mediante vientos y palos exteriores está sujeto a discusión.

El material empleado era, casi invariablemente, el cuero de cabra; de hecho, existía un sistema de módulos estándar a partir de los cuales se elaboraba la tienda. Cada uno de estos módulos medía 76 x 52 cm, que no es ni más ni menos que la longitud máxima de cuero de buena calidad que puede obtenerse de una piel de cabra. La regularidad ocurre en esta unidad y pueden esperarse variaciones si se empleaba cuero diferente (por ejemplo, ternera) o estaban disponibles animales de menor tamaño. Una consecuencia de esa estandarización es que las formas de cuero disponibles para el artesano serían siempre bastante similares. La consistencia en los patrones de corte, tamaño y cosido sugiere que la manufactura de las tiendas era un procedimiento bien regulado. Los procesos simples y estandarizados serían altamente eficaces y en ellos un trabajador especializado podía contar con un gran número de hombres no especializados para las tareas básicas [VAN DRIEL-MURRAY 1985: 56-7]. No obstante, por lo que respecta al mantenimiento y reparaciones, las evidencias muestran que la mayor parte de las mismas eran llevadas a cabo por profesionales, de ahí la importancia de mantener en buenas condiciones de uso durante el mayor tiempo posible este tipo de equipo [VAN DRIEL-MURRAY 1990: 116]. En total se necesitaban para la elaboración de una tienda completa setenta pieles de cabra; el peso total sería de 18-20 kg [VAN DRIEL-MURRAY 1991], considerablemente menos que los 30 kg sugeridos para aquéllas que

142. Por ejemplo, CARUANA 1991; CROOM 1992; VON SCHNURBEIN 1979; POPESCU 1998: 235, pieza nº 109 del catálogo.

143. Hygino, *De Munit. Castrorum* 1 (“*Papilio unus occupat pedes X, accipit incrementum tensurae pedes II, tegit homines VIII*”).

empleaban pieles de ternera, de ahí la preferencia del ejército por esas pieles de caprino, como se pone de manifiesto en algunas cartas halladas en *Vindolanda* [BOWMAN 1990].

Los soldados también sufrían deducciones en sus pagas por la tienda; así, debían estar bastante concienciados por lo que respecta a su mantenimiento, para que no les cargaran los costes de una posible reparación (Tácito, *Annales* 1.17); en el papiro *P.Col. inv. 325*, aparece, asimismo, una entrada de 20 denarios con la denominación de “*papilio*”, lo que representaría un octavo del valor de la tienda, pues cada miembro del *contubernium* pagaría la misma cantidad; de esta forma, vemos que una tienda a mediados del s. II d.C. (el papiro se fecha en 143) se le proporcionaría a los soldados a un precio total de 160 denarios.

En cuanto a las herramientas necesarias para el buen funcionamiento de una unidad legionaria en campaña, éstas eran muy variadas<sup>144</sup>, si bien su distribución entre las distintas subunidades (centurias, *contubernia*) no podemos precisarla. Entre las herramientas empleadas podemos citar el *ligo*, especie de zapapico de mango ancho utilizado para la excavación de zanjas y con un modo de empleo muy similar a la *dolabra*, si bien menos manejable que ésta en campaña [FUENTES 1991: 71; WHITE 1967: 37-40]. El *rastrum*, rastrillo de cuatro o seis púas, era muy similar a los actuales empleados en jardinería; podía utilizarse para cavar y limpiar la superficie del suelo, así como para quebrar dicha superficie en sustitución del arado, especialmente en terrenos accidentados [FUENTES 1991: 72; WHITE 1967: 47-52]. La *pala* se caracterizaba por su variedad de formas y tamaños; podía ser de hierro con mango de madera, similar casi en todo a las actuales, o bien estar realizada completamente en madera con un refuerzo de metal sólo en los filos, que eran los que entraban en contacto con el suelo [FUENTES 1991: 72; WHITE 1967: 117-120]. La *dolabra* era el típico zapapico empleado por el ejército romano en campaña [FUENTES 1991: 73; WHITE 1967: 61-4; PIETSCH 1983: 15-7]; poseía una parte en forma de hacha y otra en forma de pico y existe incluso un pasaje en Frontino en el que Corbulón afirma que la *dolabra* era la mejor arma para vencer al enemigo (*Strategemata* 6.7.2). La *securis* se corresponde con el hacha actual, pero los tamaños variarían considerablemente [PIETSCH 1983: 8-15]. Otras herramientas importantes para trabajar la madera eran el *ascia* (azuela de carpintero) y la *serra* (sierra). Los legionarios también disponían de una hoz (*falx*), cuya utilidad esencial estaría ligada a la posible recolección de cosechas en territorio enemigo (o no) durante la campaña.

Los útiles de cocina (*vasa*) eran otro elemento necesario para la vida diaria de los soldados romanos en campaña, dependiendo la calidad y el número de éstos de la capacidad adquisitiva de cada uno, así como de las posibilidades de acceso a los mismos. No obstante, queda claro que el ejército se preocupaba por proporcionar a sus soldados unos mínimos (con ello, además, se aseguraba de que todos sus soldados poseyeran al menos un equipo básico), que, eso sí, luego podían ser o no mejorados. El equipo de cocina era de propiedad compartida (al margen de platos o vasos de carácter más personal), al igual que lo era la tienda. Así, en Usk (Britania), por ejemplo, se ha hallado un mortero con la

---

144. Vegecio 2.25; Josefo, *B.J.* 3.95. Para hacerse una idea del amplio elenco de herramientas atestigüadas arqueológicamente en contextos militares, véase, por ejemplo, PIETSCH 1985 y 1988.

inscripción “*Pe]lveis contubernio Messoris*”<sup>145</sup>; en un mortero de Colchester podemos observar la inscripción “*7 Iusti Superi*”, es decir, “perteneciente a la centuria de Justo Supro”<sup>146</sup>. Dentro de este apartado no podemos olvidarnos tampoco de las lucernas, pequeñas lamparillas de aceite que se utilizaban para el alumbrado nocturno de las tiendas y que se han hallado en gran número vinculadas con el ejército romano.

En este equipamiento habría que incluir también el molino de mano. Para campañas o maniobras de corta duración, no obstante, el ejército romano podía haber molido el grano antes de las mismas. A partir de inscripciones grabadas en algunas piedras de moler que se han conservado, sabemos que en el siglo III d.C. el molino de mano era parte del equipamiento de un *contubernium* (CIL 13.11954a), y que también era empleado por los soldados en los acantonamientos permanentes [VON PETRIKOVITS 1967: 244]. El abastecimiento de este tipo de molinos portátiles debió haber constituido un problema importante para las autoridades romanas, pues si calculamos uno de estos molinos para cada ocho hombres, el total necesario para una legión sería de 640, aproximadamente. Por su parte, la centuria poseía un tipo de molino más grande y de mayor capacidad, si bien éste sólo se emplearía en los campamentos permanentes<sup>147</sup>. Otros elementos importantes serían los calderos (*cortina*) y ollas (*olla*) de bronce [WHITE 1975: 134-6 y 176-9], empleados para hervir agua y efectuar cocciones. También habría que incluir a los asadores de metal<sup>148</sup>. Los soldados empleaban también sartenes de bronce, como muestran los hallazgos de Aalen y Krefeld-Gellep [JUNKELMANN 1997: 98].

Entre los elementos individuales cabe destacar el cacillo de metal (*patera*; *trulla*)<sup>149</sup> empleado para comer y beber (puede que incluso también para cocinar), sobre todo en las maniobras y períodos de campaña, pues en la base contarían con una amplia variedad de utensilios de cerámica, así como con vasos similares realizados en madera o cerámica (*acetabula*) [SCHLEIERMACHER 1959: 24]. Su forma era la de un pequeño cuenco de metal de fondo plano con un largo mango que presentaba un agujero en el extremo. El legionario también disponía de una cantimplora. Existe cierta discrepancia en cuanto a su forma y material de elaboración. Así, según Fuentes, ésta habría que identificarla con la pequeña bolsa con malla que aparece en el equipo personal de los legionarios representados en la Columna Trajana; sería, según este autor, una especie de bota en la que se podría llevar tanto vino como agua [FUENTES 1991: 78-9]. Junkelmann [1997: 214], por su parte, se inclina por un tipo de cantimplora metálica de forma redonda, de la que también se ha hallado evidencia arqueológica.

Las cuerdas eran otro elemento necesario para el buen funcionamiento de la legión en campaña, siendo especialmente útiles en caso de asedios. Existían distintos tipos de

145. *Britannia* 7 (1976), 391-2, n° 66.

146. *JRS* 34 (1944), 91, n° 23.

147. Un estado de la cuestión en MENÉNDEZ 2004: 234.

148. Como reflejan las referencias a las actuaciones llevadas a cabo por Escipión Emiliano en el sitio de Numancia (133 a.C.); éste sólo permitió conservar a los soldados un caldero, un asador y un vaso, obligándolos a desprenderse del resto de los enseres de cocina, a los que consideró como superfluos (Apiano, *Iberiké* 85; Frontino, *Strategemata* 4.1.1; Polieno, *Strategemata* 8.16.2).

149. WHITE 1975: 192-3. Este tipo de vaso aparece formando parte del equipo de los legionarios representados en la Columna Trajana.

cuerda y de materias primas para elaborarlas, que producían diferentes resultados en cuanto a resistencia, grosor, etc. [WHITE 1975: 29-38]. Asimismo, las **cestas** de mimbre eran también un instrumento valioso para la legión en campaña, pues en ellas se trasladaba la tierra extraída durante la excavación de las fortificaciones o las obras de asedio. En el campamento podían tener un uso alternativo como medio de transporte, para acarrear materiales de construcción, o bien podían ser almacenadas para emplearse durante las maniobras a las que periódicamente se sometía a las tropas [WHITE 1975: 56-87].

### *Impedimenta, animales de carga y sarcina*

El término *impedimenta* se refiere a los bagajes necesarios para el ejército en su conjunto, mientras que la *sarcina* se reduce a la carga personal del soldado. Entre ambas podemos establecer una ecuación clara: cuanto mayor es la carga que transporta el soldado, menor es la longitud de la columna de la impedimenta cuando la legión sale en campaña, al reducirse el número de bestias de carga necesarias; por contra, cuanto menos volumen de equipo lleva el soldado sobre sí mismo, mayor es el número de animales requeridos para transportar los bagajes del ejército. Este problema es de suma importancia, pues puede calificarse al tren de bagajes como el elemento más sensible de toda una columna militar en marcha; si éste va seguro, los soldados no se preocuparán lo más mínimo, pero un ataque contra el mismo puede suponer un contratiempo bastante considerable, ya que los soldados tenderán a evitar el saqueo de sus pertenencias, desorganizando la formación y poniendo en peligro todo el despliegue de la unidad [LE BOHEC 1989: 136; PEDDIE 1997: 47-8]. Además, cuanto menor era la longitud de la columna de bagajes, ésta podía ser protegida más fácilmente y, por tanto, habría quedado menos expuesta a los ataques del enemigo. Otras ventajas añadidas a la reducción de la columna serían el menor número de bestias de carga necesarias, así como el menor volumen de abastecimientos requeridos; a esto habría que añadir la mayor rapidez en la marcha que puede alcanzarse con una columna de bagajes más reducida.

Los argumentos expuestos más arriba hacen difícil la evaluación de los trenes de impedimenta de las legiones del siglo III d.C. así como la dotación de animales de carga requeridos. Aún así, se han realizado algunos intentos: Rice Holmes ha estimado el número de acémilas necesarias para una legión en quinientas o seiscientas mulas, a las que habría que unir numerosos carros de diferentes tipos; otros autores, como Veith, proponen cifras entre mil doscientas y mil quinientas mulas, con lo que este número supone de volumen de provisiones y forraje; además, estaría el problema planteado por el abastecimiento de agua en los desiertos y zonas semiáridas del Medio Oriente [ADAMS 1976: 224]; J. Peddie, por su parte, establece un número de 1.250 animales de carga por legión para llevar los elementos no comestibles; a éstos habría que sumar los animales y carros encargados de transportar el grueso de las provisiones [PEDDIE 1997: 50]. Junkelmann [1997: 64], por su parte, propone un número de 1.400 mulas por legión y de 300 monturas, necesarias para la caballería legionaria y los oficiales. Finalmente, A. Hyland [1990: 88-9] opta por una cifra en torno a los mil animales por legión, a los que habría que sumar las monturas necesarias para cubrir las otras necesidades de la unidad, dando un total de unas 1.300 bestias.

Por su parte, J. Roth distingue entre varios tipos de trenes de bagaje: un tren de tropas asignado a cada unidad individualmente que cargaba su equipo y suministros; un tren de ejército que contenía equipo y provisiones comunes a todas las fuerzas; un tren de oficiales, llevando su equipo personal; y, por último, un tren de sitio. Este autor asume dos mulas por *contubernium*, con un total de 1.200 por legión; si se añaden 60 mulas para la caballería y el mismo número para los centuriones, así como otras 70 de empleo general, el total alcanzaría unas 1.400 mulas. Según Roth, el tren de las tropas estaría compuesto exclusivamente de animales de carga y los carros sólo se emplearían entre campañas por el ejército en conjunto. Esto le habría proporcionado a las legiones una flexibilidad añadida en las operaciones, pues habrían sido capaces de moverse independientemente del tren del ejército y también de incrementar su velocidad de marcha por encima de la capacidad de los carros. La excepción a esta regla habrían sido los carros encargados de cargar la artillería legionaria [ROTH 1999: 79-83].

A partir de un pasaje de las *Metamorfosis* de Apuleyo (s. II d.C.) puede deducirse la existencia de unos usos propios para la carga de los animales pertenecientes al ámbito militar con el equipamiento de los soldados. Así, en 10.1, el autor nos cuenta que el legionario al que el Asno pertenecía circunstancialmente en esos momentos dispuso todo su equipo sobre el animal cuidadosamente “según los usos en campaña”, y que esa carga se acomodaba perfectamente a los reglamentos (*disciplina*). A partir de las evidencias iconográficas y literarias, se conoce que las cargas de estos animales se llevaban sobre sillas especiales (*clitellae* o *sagmae*), *bisaccii* o estructuras de madera. Frontino (*Strategemata* 3.2.8) hace referencia a sacos de grano (*sacci frumentarii*) cargados sobre mulas. Además, la distribución correcta de las cargas en los animales era vital, para evitar así la pérdida de demasiados animales por sobreesfuerzo o lesiones. Sería, por tanto, necesario un personal y unos usos especializados para facilitar un empleo eficiente de las bestias de carga. Aun así, hay que tener en cuenta que las cargas transportadas por los animales habrían sido, con seguridad, en la práctica, mucho mayores que las expresadas en los reglamentos, siendo más probable que los muleros o acemileros militares, a diferencia de los propietarios civiles, sobrecargaran a las bestias, pues se preocupaban menos del mantenimiento de los animales por períodos prolongados de tiempo. En tiempo de guerra, los animales eran a menudo explotados hasta la muerte por el ejército, que luego procedía a la requisa de otros para sustituirlos<sup>150</sup>.

Podemos hacernos una idea de la capacidad de carga total de los animales de la legión a partir de las siguientes cifras proporcionadas por Roth: según estudios modernos, un asno puede cargar entre 70 y 90 kg, mientras que el *Edicto de Precios* de Diocleciano fija la carga para un asno en 65'5 kg (200 libras romanas). Roth propone como media de carga para este animal los 100 kg. Las mulas eran caras y de gran temperamento, pero eran preferidas por el ejército a los burros; las estimaciones de carga modernas oscilan entre 72 y 135 kg, llegando incluso a los 180 kg. bajo ciertas circunstancias. El *Edicto de Precios* da una cifra de 98 kg como volumen de carga de una mula. La lentitud de marcha de la mula (7-8 km/h) es compensada por su capacidad para caminar sin interrupción durante diez a doce horas. La capacidad media de carga de una mula, por tanto, puede

---

150. Sobre la reglamentación al respecto puede consultarse CHIC 1997.

estimarse en unos 135 kg y la distancia media recorrida en un día estaría en torno a los 50 km, descendiendo a 20 km en terreno montañoso [ROTH 1999: 205-7]; además, las mulas pueden trabajar ocho horas al día, mientras que si un buey<sup>151</sup> trabaja más de cinco horas en un solo día requiere varios para recuperarse; por otra parte, los bueyes necesitan más tiempo para alimentarse (ocho horas) y digerir la comida (otras ocho horas) que las mulas, requiriendo además un descanso de dos horas al mediodía [BREEZE 1987: 18; JUNKELMANN 1997: 62; LE GALL 1994].

Con el término *sarcina* se designa, como hemos mencionado, la carga individual que cada soldado debía llevar consigo durante las marchas además de sus armas. Se han conservado incluso algunas plaquitas de plomo (30 por 40 mm) identificativas de *sarcinae*; éstas poseen un pequeño agujero en su parte izquierda y muestran el número del paquete, el peso en libras, el valor en denarios y, presumiblemente, los contenidos<sup>152</sup>. La práctica de que el soldado llevara grandes cantidades de equipo se remonta a la época de Cayo Mario, en un intento por parte de éste de reducir al máximo la longitud de las columnas de acémilas y carros del tren de bagajes (Plutarco, *Mario* 13). Desde entonces (últimos años del s. II a.C.) la capacidad de carga del soldado romano se hizo proverbial, llegando a conocerse a los legionarios como *muli mariani* (“las mulas de Mario”)<sup>153</sup>.

El volumen de la *sarcina* dependía, no obstante, de la actitud de los diferentes generales respecto a sus tropas y a las necesidades del momento. Puede decirse que cuanto más pesada era la *sarcina* mayor era la energía del mando y más importante el sacrificio del soldado. Según Josefo (*B.J.* 3.95), cada legionario debía llevar consigo, además de las armas, una sierra, una cesta, un zapapico, un hacha, una correa, una hoz, una cadena y provisiones para tres días, llegando a afirmar que la infantería iba casi tan cargada como los mulos. En época de Severo Alejandro (222-235) se produjo una reforma de la *sarcina*, según la cual el emperador disponía los aprovisionamientos de tal forma que los soldados los recibieran en los alojamientos y no tuvieran que cargar con ellos; incluso en territorio enemigo les permitió la utilización de mulos y camellos (en Oriente) (SHA, *Severo Alejandro* 47.1-2). Por otra parte, Vegecio (2.25) afirma que la legión en marcha llevaba consigo todo el material de atrincheramiento necesario: azadas de dos dientes, azadones, palas, rastrillos, cubetas, cestos, zapapicos, hachas y azuelas. Lo más probable es que todo este equipo mencionado se repartiera entre los *contubernia* para su transporte durante la marcha, pues llegado el momento sólo un determinado grupo de tropas se encargaba de la construcción del campamento y sus defensas.

En la Columna Trajana, los legionarios en orden de marcha aparecen representados cargando una serie de cinco elementos, que formarían parte de su equipo permanente: perola (*patera*), vaso, bolsa con red (interpretada como una cantimplora de cuero), “mochila” y un saco (donde parecen haber llevado las raciones en forma de cereal). Estas raciones, como ya mencionaba Josefo, solían ser para tres días, aunque en determinadas circunstancias el soldado podía cargar un volumen de provisiones mucho mayor. Todo

151. Animales tradicionalmente empleados por los romanos para tirar de los carros.

152. M. HASSALL y R. TOMLIN, *Britannia* 6 (1975), 291-3.

153. Frontino, *Strategemata* 4.1.7; Plutarco, *Mario* 13.1; un tratamiento de conjunto, si bien ya algo desfasado, sobre este tema puede consultarse en STOLL 1914.

este equipo se llevaba colgado de un palo culminado en un travesaño introducido en época de Mario (*furca*).

En cuanto al volumen de carga total que llevaba el legionario, se han ofrecido diferentes cifras, que suelen oscilar entre los treinta y cincuenta y cinco kilos de peso. Puede, no obstante, diferenciarse entre el peso total de marcha y el peso que los legionarios llevaban en combate, reducido a las armas exclusivamente. Pero hablar de pesos totales para el armamento es un poco arriesgado, pues éste dependía de numerosísimos factores como el tipo de coraza, el grosor de sus componentes, el tipo de escudo empleado, etc. Aun así, algunos autores han estimado su peso total en 18 kg [FUENTES 1991], 26'4 kg [JUNKELMANN 1986], 24'9 kg [ATKINSON 1987: 105], 28 kg [BIRLEY 1991: 20], etc.

Por lo que respecta a la *sarcina* en sí, es decir, el peso sin contar las armas, éste se ha evaluado entre los 18 kg. [JUNKELMANN 1986: 199], 21 kg [FUENTES 1991: 89] y los 26 kg [JUNKELMANN 1985: 26-38]; Vegecio, por su parte, afirma que cada soldado cargaba 60 libras romanas además de sus armas (*Epit.* 1.19), por lo que parece claro que ese volumen de carga superaba en campaña la veintena de kilos. Las diferencias entre las estimaciones más pesadas y más ligeras de la carga total del soldado romano varían significativamente cuando se suman armas, ropa, equipo personal y herramientas. Las estimaciones más altas oscilan entre 40 y 45 kg, sin raciones [ROTH 1999: 75], peso que Junkelmann ha demostrado que era perfectamente viable de transportar por cada legionario [1985 y 1986: 199]. De todo lo anterior, puede concluirse que, a veces, para el legionario romano lo más duro de una batalla era tener que llegar andando hasta ella.

No obstante, no hay que considerar tampoco el peso que el legionario pudo haber llevado como algo exagerado, pues la carga de los soldados de infantería de los ejércitos profesionales a lo largo de la Historia siempre ha sido impresionante. Hay que tener en cuenta que el infante es una unidad por sí mismo y debe llevar consigo todo lo necesario para mantenerse en situación de combatir en cualquier momento. Pesos que rondan los cincuenta kilos fueron normales entre la infantería del s. XIX e incluso hoy día algunos cuerpos llegan a transportar hasta sesenta kilos de equipo individual. De hecho, los infantes de algunos ejércitos han sido designados con el esclarecedor epíteto de “gruñones”, aplicado en épocas y situaciones tan dispares como la infantería francesa de las guerras napoleónicas (*grogards*) o los infantes americanos en Vietnam (*grunts*), reflejo del esfuerzo que debían realizar para acometer largas marchas cargados con un volumen de equipo bastante considerable. Es muy probable que la imagen del legionario romano gruñendo bajo el peso de su *furca* y sus armas no fuera demasiado diferente a la mostrada por estos soldados antes mencionados. La única salvedad sería la comodidad con la que esta carga se repartiría por el cuerpo del soldado, pues el legionario romano no contaba con mochila propiamente dicha, teniendo que transportar la *sarcina* en la mencionada *furca* que, al cabo de un determinado tiempo, debía molestar en los hombros de una forma bastante acusada.

*Este libro se terminó de imprimir el  
día 27 de abril de 2011, festividad de  
Nuestra Señora de Monserrat,  
en los talleres de Imprenta Kadmos,  
en Salamanca.*





Esta monografía pretende constituir una puesta al día del estudio sobre los métodos de combate del ejército romano durante el turbulento período que se extiende desde el comienzo del reinado de Septimio Severo (193 d. C.) hasta el final de la primera Tetrarquía (305 d. C.).

Durante esta extraordinariamente compleja etapa el ejército romano desempeñó un papel esencial para el mantenimiento de la propia estructura imperial. Las transformaciones que experimentaron las legiones, columna vertebral del ejército, fueron notables en este periodo, preparando así el terreno a las grandes reformas de comienzos del s. IV y al nacimiento del ejército tardoimperial. Se van desgranando así la organización de la estructura militar del Imperio, la disposición de las legiones (alrededor de las cuales giraba todo el sistema), el armamento empleado y las tácticas utilizadas, tanto en campo raso, como en los asedios, aspecto este último en el que los soldados romanos destacaron como auténticos especialistas ya desde época republicana.

